



*El dilema
de Sofía*

• Luz Hidalgo •

El dilema
de Sofía

• *Luz Hidalgo* •

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: El dilema de Sofía.

©Luz Hidalgo, 2020.

Imágenes de la cubierta: Adobe Stock, Unsplash.

Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (Adyma Design).

A mi marido y mis hijos, mi vida.

«Los libros son como los amigos, no siempre es el mejor el que más nos gusta».

Pío Baroja (1872-1956)

Índice

Capítulo uno. Un detalle que lo cambia todo	
Capítulo dos. Volver	
Capítulo tres. Castle combe	
Capítulo cuatro. James y Lena	
Capítulo cinco. Reencuentro	
Capítulo seis. Descubriendo a James.	
Capítulo siete. Papá, ¿regresamos?	
Capítulo ocho. Ilusionada	
Capítulo nueve. Descubrimiento.	
Capítulo diez. Sexo o amor.	
Capítulo once. Convivencia	
Capítulo doce. ¿Enhorabuena?	
Capítulo trece. Cobarde.	
Capítulo catorce. Mia	
Capítulo quince. Aprendiendo	
Capítulo dieciséis. Ley de vida	
Capítulo diecisiete. Lena	
Capítulo dieciocho. Vuelta de tuerca	
Capítulo diecinueve. Algo inesperado	
Capítulo veinte. Noche especial	
Epílogo	
Agradecimientos.....	351

SINOPSIS

Con cuarenta años, una vida resuelta y acomodada, Sofía se da cuenta de que no vale la pena luchar por un matrimonio basado en mentiras.

Nada más formalizar el divorcio, recibe noticias de su padre después de muchos años separados.

Esa carta, le da el empujón para dejar España y viajar a su país de origen, Londres.

Allí descubre que la amistad no tiene límites, que se puede volver a empezar. Lena, su amiga de la infancia, se vuelve imprescindible en esta historia, aportando frescura y recordando que la amistad no tiene fecha de caducidad.

Por otro lado, está James, un hombre frío, distante, sombrío.

Ahí empieza el gran dilema de Sofía. Descubrir el secreto de aquel hombre enigmático, o dejarlo correr y no arriesgar su seguridad emocional.

En esta entrega, la autora, rescata a Sofía de su primera novela y crea una historia que la traslada al pintoresco pueblo de Castle Combe, adentrándonos en sus preciosas calles, descubriendo así algunos de sus rincones más emblemáticos.

CAPÍTULO UNO

UN DETALLE QUE LO CAMBIA TODO

Noviembre de 2019

Me dejé caer al suelo, las piernas no me sostenían. No podía creer lo que estaba leyendo. Releí la carta coronada con el membrete de un prestigioso urólogo de la ciudad.

Las manos me temblaban mientras buscaba en el móvil el significado de la palabra *azoospermia*^[1]. Imaginaba su significado, pero quería estar segura antes de aceptar aquella realidad, que había descubierto por casualidad.

Me lo temía, Carlos era estéril. Había llegado a aquella conclusión después de leer el informe médico que había permanecido oculto en el caos de su escritorio.

Cuando me fijé en la fecha monté en cólera. Hacía tres años que Carlos había recibido el diagnóstico. ¡Tres! Me tapé la boca y contuve la ira y las ganas de gritar. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas. No fue por la noticia, sino por la mentira que habíamos estado viviendo durante tanto tiempo. Mi marido había intentado evitar que descubriera la verdad a toda costa. Qué cobarde...

Carlos me encontró sentada en el suelo, llorando. La carta destacaba en el cálido suelo del parque.

—¡Sofi! ¡Cariño!, ¿qué te ocurre? ¿Te has mareado? —susurró, cariñoso, mientras se agachaba a mi lado. Su mirada denotaba preocupación.

Cuando intentó cogerme las manos, reparó en la nota que había en el suelo, justo a mi lado. Se distinguía claramente el sello de la clínica privada que había visitado tiempo atrás. El mundo se le vino encima en aquel instante.

Se sentó junto a mí con gesto abatido. Su querida esposa había descubierto el engaño que durante tanto tiempo había intentado enterrar.

—Sofía...—Por fin levanté la cabeza. Lo miré directamente a los ojos.

—Cómo has podido...

—Pretendía decírtelo, en serio, pero no encontraba el momento. Sofi, cariño, no me atrevía. Prefería que creyeras que algún día lo conseguiríamos. Mientras tanto, tenía que pensar en la posibilidad de adoptar.

—Pero ¿qué estás diciendo, Carlos? No tienes ni idea de lo que dices. La mentira es injustificable. ¡Me has hecho creer que no podía tener hijos! Qué cruel has sido... ¡Me has mentido durante todo este tiempo!

Carlos no sabía qué decir. No insistió en su inocencia. No me suplicó. Era consciente de que su comportamiento no tenía justificación. Sabía que aquello sería demasiado para mí. No hacía ni un mes que había descubierto que se había acostado con Lucía, la mujer de su amigo, y ahora esto. Nuestro matrimonio ya no tenía sentido. Se había convertido en una carga demasiado pesada para mí. El sabor amargo que invadió mi boca me supo a ruptura definitiva.

Me levanté lentamente y lo dejé allí sentado. Abandoné el salón sin mirar atrás.

No podía.

Ya no.

...

1 de diciembre de 2019

Un día leí esto en alguna parte: Volver a resurgir. Como si nada. Como si a mi vida no le hubieran abierto una herida con bisturí, dejándola sangrar sin contemplaciones. Sin puntos, sin anestesia. Cuando tu mundo se resquebraja de tal manera no hay forma humana de reconstruirlo.

No hay mejor manera de explicar lo que sentía en esos momentos.

La infidelidad fue el primer golpe que causó la pequeña grieta. La mentira sobre su esterilidad, el golpe final que hizo añicos mi confianza.

Sentía que el tiempo se me acababa. Con cuarenta años, no podía esperar mucho más para ver convertido mi sueño en realidad. Sin embargo, en aquellos momentos no podía pensar en rehacer mi vida de nuevo. Antes tenía que sobrevivir a la soledad.

No tenía ninguna amiga especial a la que recurrir en busca de consuelo. Las pocas que tenía lo eran también de Carlos y no tenía ni las ganas ni el ánimo de recuperar una relación que había dejado de ser sincera.

Durante el ejercicio de mi profesión como directora de un hotel nunca me faltaron enemigos. Me costaba entablar amistad con mis compañeras de trabajo. Había ido escalando puestos sin remordimiento alguno, realizando más de un despido injusto. Mi fama de mano dura me había dejado más sola que la una, pero aquello jamás me preocupó. Para mí, lo más importante era la familia. Y, ahora, de aquella familia añorada solo quedaba yo.

Un día, al regresar del trabajo, no me molesté en aparcar en el garaje. Ataviada con mi traje chaqueta y mis altos salones, encaré el caminito de piedra que conducía a la entrada principal de mi casa. Aquella noche de principios de diciembre mis pasos resonaban en la calle. Dirigí una rápida mirada al buzón; a través de la rendija se veía un sobre. Extrañada, abrí la carta. La letra del remitente me resultaba familiar y mis sospechas se confirmaron cuando reconocí la caligrafía del remitente.

—Papá —susurré—. Cerré los ojos y la imagen de mis padres apareció ante mí. En aquellos momentos, ignoraba cuánto tiempo hacía que habíamos perdido el contacto. Decidí entrar en casa; el frío de diciembre se mezcló con la temperatura de mi corazón. Recordar el día en que me despedí de mis padres dolía y mucho.

Nací en Inglaterra, en un pueblecito llamado Castle Combe, situado al sudoeste del Reino Unido, a dos horas de Londres. Tenía siete añitos cuando a mi padre le ofrecieron trabajo en el Consulado británico, en Barcelona. Por supuesto, no pudo rechazar aquella oferta, así que los tres emigramos a España con las maletas llenas de ilusión y también de incertidumbre.

Sophie, que era mi nombre real, se convirtió en poco tiempo en Sofía; resultaba más sencillo de pronunciar en la Barcelona de entonces. Me amoldé de maravilla a mi nuevo hogar. Aprendí pronto el idioma e hice amigos. Tuve una infancia feliz abrigada por el amor de mis padres, que me sobreprotegían porque era hija única.

Crecí feliz y despreocupada; era el ojito derecho de papá. En el consulado acostumbraban a llamarle Sir Henry Jones. Teníamos una conexión especial. Cada noche, cuando llegaba de trabajar sin importar lo cansado que estuviera, jugábamos juntos. Con mi madre mantenía una relación más fría. No desempeñaban ese papel a propósito, pero así lo establecieron. Alguien tenía que llevar por el buen camino a la niña y aquella ingrata tarea le correspondió a mi madre. O eso era lo que yo creía hasta que todo estalló.

Desde bien pequeña, despunté en las clases de *ballet*. Nunca me cansaba de ensayar. Me

matricularon en el conservatorio de la Ciudad Condal y me formé hasta el último curso. Conseguí destacar a base de esfuerzo. Mi sueño en aquel entonces era convertirme en bailarina profesional y viajar por el mundo deleitando a los espectadores con aquellas piruetas imposibles.

No me importaba la dureza del entrenamiento. Hasta que no conseguía ejecutar un perfecto *foueté* no salía de la clase. Practicaba durante horas para perfeccionar mis movimientos.

Mi estricta vida como bailarina me marcó para siempre. Compaginé el amor por la danza con la carrera de publicidad y relaciones públicas, pero, cuando acabé la carrera y comencé a trabajar, a mi padre lo destinaron de nuevo a Londres.

Teníamos que regresar a nuestro país, pero yo no estaba dispuesta a acompañarlos. No quería sacrificar todo lo que había conseguido. Tenía diecinueve años cuando me enfrenté a mis padres y les dije que me quedaba en España.

Aquello provocó un distanciamiento que se acentuó con los años. Mis padres se sintieron muy dolidos por mi decisión irrevocable. Mi madre no encajó bien que la desobedeciera y nunca me lo perdonó. Aquel hecho me marcó para siempre. Viví años de penurias, ya que mis padres se negaron a mantenerme y me busqué la vida como pude.

Aquellos recuerdos me abrumaron. Estuve a punto de tirar la carta al cubo de la basura, pero sentí una añoranza repentina y me senté en el cómodo sofá, apenas iluminado por la lámpara de pie que había junto a él. Abrí el sobre con sumo cuidado, tomé aire lentamente y me dispuse a leer la carta que cambiaría el rumbo de mi vida.

«Querida hija mía. Siento ser el portador de tan malas noticias después de tanto tiempo sin saber los unos de los otros, pero hay algo que debo comunicarte: tu querida madre falleció el 20 de octubre. No sé lo que tardará en llegarte esta carta, aunque espero que no sea demasiado tarde. Solo le pido a Dios que mi corazón resista hasta que pueda acariciar tu rostro por última vez».

No pude seguir leyendo. Mi madre se había ido sin despedirse de mí. Nunca hubiera imaginado que aquella noticia me dolería tanto. El vínculo que nos unía se fue apagando con el paso de los años. La frialdad de mi madre hizo que el amor que sentía por ellos se fuera diluyendo.

Aquella carta me hizo recordar mi niñez. Por un momento sentí el olor a cítrico de mi padre, sentí sus cálidas manos agarrando las mías, escuché su voz ronca, tan personal, susurrándome palabras llenas de ternura. ¡Qué solo tenía que sentirse en aquel momento! Confieso que me dolía más la soledad de mi padre, el dolor que yo imaginaba que estaría experimentando, que el hecho de que mi madre hubiera fallecido. Él tendría que lidiar con aquella soledad. En mi boca se dibujó un rictus amargo. Qué caprichoso era el destino. Estábamos casi en la misma situación; la soledad nos envolvía como un manto negro, aunque nos separasen cientos de kilómetros.

«Debo comunicarte que ya no vivo en nuestra antigua casa. Nuestra delicada salud no nos permitía encargarnos de las tareas de mantenimiento que tenían que realizarse para mantenerla confortable, así que solicitamos una plaza en un centro de mayores que hay justo a la salida del pueblo. Se llama River Health y hemos vivido aquí durante los últimos años en paz y sosiego, al cuidado de estas personas, que tanto cariño nos han dispensado.

También quiero comunicarte que te nombramos heredera de la casa donde naciste, que ahí estará esperándote hasta que decidas regresar y que

eres libre de hacer con ella lo que quieras. Sin embargo, te confieso que nuestro mayor deseo era que regresaras y que te sintieras tan feliz como lo habías sido cuando eras pequeña. Me tengo que despedir, porque la escritura me fatiga la vista.

Te envió un cálido abrazo desde tu tierra natal.

Te quiero mucho. Perdóname por haber tardado tanto en escribirte.»

Dejé la carta en mi regazo. Cerré los ojos. El conflicto interno que sentía me hacía experimentar sentimientos contradictorios; la tensión hervía como un volcán en mi corazón, que luchaba por no experimentar ninguna emoción. Pero no podía ignorar aquellas palabras, olvidarlas como si no se hubieran pronunciado.

De repente sentí el deseo de cobijarme en los brazos de mi padre como hacía cuando no levantaba un palmo del suelo. Sentimientos contradictorios iban y venían como fogueos que chocaban entre ellos.

Tenía que meditarlo bien antes de tomar una decisión, aunque mi subconsciente me decía que sabía lo que tenía que hacer. Subí lentamente los escalones que separaban mi dormitorio del salón, me desvestí y me puse cómoda. Me acosté sin cenar, necesitaba tomar una decisión. O me quedaba en Barcelona o iba al encuentro de mi padre.

Cuando mi cabeza tocó la almohada supe que no pegaría ojo. Era consciente de que no podría ignorar su petición, de que me resultaría imposible seguir con mi vida como si nada hubiera sucedido. Mis pensamientos volaban, ya, hacia mi tierra natal.

En el momento en que decidí regresar a Inglaterra, empezó a ilusionarme la idea de iniciar un nuevo proyecto de vida. Tuve que contenerme para no levantarme de la cama y contratar un vuelo de inmediato. Primero cerraría la casa en condiciones. No la vendería, por supuesto. No quería precipitarme.

Como la casa estaba a nombre de mi marido y mío, solo tuve que abonarle a Carlos su parte y todo resultó más sencillo; el divorcio se resolvió enseguida. Decidí que, antes de contemplar la posibilidad de venderla, comprobaría que podía adaptarme a vivir en un clima tan diferente al mediterráneo.

Además, no sabía cómo afectaría a mi estado de ánimo el hecho de volver a ver a mi padre. Supondría, sin duda, un cataclismo emocional. Tenía que prepararme para el impacto que me causaría volver verlo, constatar el efecto del paso del tiempo, volver a escuchar su voz... Me sorprendió sentir que lo añoraba con tanta intensidad.

Las conversaciones que mantuvimos me marcaron para siempre. Recordarlas, me dolía. Con mi padre, persona culta donde las haya, conversaba sobre temas muy diversos. Él me inculcaba sabiduría y disciplina, no me juzgaba por mi edad. Manteníamos conversaciones que no resultaban adecuadas considerando que yo era una niña, pero yo me quedaba embelesada escuchándole. Lo admiraba.

Cuando cumplí diecinueve años llegó a mi vida el desastre. El distanciamiento, la ruptura, el vacío. Mis padres decidieron regresar a Londres y yo decidí quedarme. Mi madre me retiró la palabra: no quería escucharme. No entendía que su hijita quisiera quedarse en España y renunciar a sus raíces, sin embargo, me sentía mucho más española que inglesa y, aunque todavía no gozaba del carácter fuerte que con los años forjé, tenía claro que no me doblegaría a la voluntad de mis padres.

Mi padre intentó hacerme cambiar de opinión en diversas ocasiones, pero yo estaba convencida de que quería quedarme. Había conseguido un empleo que me permitía dar rienda

suelta a mi pasión por el baile y, cuando se lo expliqué, se enfadaron. Pero desatendí sus recomendaciones y bailé para un puñado de espectadores en un teatrillo alternativo donde, cada semana, varios bailarines se reunían para expresar su arte.

Cuando se marchó, mi madre ni siquiera me miró. Me dolía que estuvieran enfadados y empecé a fantasear con la idea de la reconciliación. Imaginaba que me despedía, asegurándoles que pronto los visitaría y que, juntos, afrontaríamos aquella situación. No quería decirles adiós sin que nos reconciliásemos. Deseaba que mis padres partieran pensando que no tardaría en visitarlos como tantas familias hacen cuando los hijos emprenden el vuelo y abandonan el nido.

Pero mi madre, egoísta, no consideraba esa opción. Me quería cerca, controlada. Y mi padre, dominado por su mujer, no pudo ni supo enfrentarse a su querida esposa. Se vio arrastrado por ella.

En aquel momento, tendida en la cama mirando al techo, comprendí que me urgía encontrarme con mi padre. Necesitaba que me explicara por qué me había abandonado.

Ellos nunca llegaron a conocer las penurias que tuve que pasar al quedarme sola, las noches de insomnio y dolor a las que tuve que sobrevivir día tras día. No entendía el comportamiento de mis padres, que pretendían modelarme a su voluntad. Me sentía agraviada. Mi alma sentía un gran vacío. Durante muchos años tuve que vivir con aquel lastre. Y es posible que aquel fuera el precio que tuve que pagar: forjarme a fuego, a base de sufrimiento, sobrevivir. Aquellas experiencias cincelaron mi carácter. Me convertí en una mujer agria, seca. Las personas que estaban a mi alrededor no lograban entenderme, porque no me conocían verdadera-mente. Aquellas personas, que se hacían llamar amigos, ignoraban que pasé tres años de mi vida sumida en una espiral de angustia que me marcaría para siempre. Ignoraban que las vivencias que experimenté durante aquellos años quedaron sumergidas en lo más hondo de mi memoria, de manera que, por momentos, llegué a creer que nunca sucedieron.

Recordé aquellas noches en las que realicé actividades de las que no me siento orgullosa para conseguir dinero fácil y estudiar el máster que, posteriormente, me permitiría lograr mis propósitos. Mi meta estaba ahí arriba. Y ahí quería llegar costara lo que costase. Prefería morir a regresar a casa con mis padres. Nadie supo de aquellas oscuras vivencias mías. Nadie, ni siquiera mi marido. La verdad sobre aquella etapa de mi vida, me la llevaría a la tumba. Pero aquellos recuerdos florecían ahora, en la oscuridad de la noche, cuando estaba sola en mi cama, cuando, sin quererlo, los recuerdos me visitaban oscuros y tenebrosos como las habitaciones en las que utilizaba mi cuerpo para alcanzar un futuro mejor.

Cuando mis padres se marcharon, me abandonaron a mi suerte. Estaba claro que su intención era forzar mi regreso al precio que fuese. Pero mi carácter perseverante no se doblegó, al contrario, encontró la fuerza que necesitaba para sobrevivir.

Cuando llegué, lo primero que hice fue buscar una habitación compartida para ahorrar gastos. Trabajar los fines de semana no daba para mucho. Cuando los ahorros que tenía se esfumaron, Marta, mi compañera de piso, que además trabajaba conmigo, me sugirió de forma delicada que podía ganar mucho más dinero si me lo proponía. Yo la escuché, por supuesto; la situación que atravesaba en aquellos momentos era muy complicada, así que no podía permitirme el lujo de rechazar opciones.

CAPÍTULO DOS

VOLVER

Barcelona, primavera de 1999

—Sofía, lo que voy a proponerte, que quede entre tú y yo. No te conozco bien, pero creo que te puede interesar...

—Me das un poco de miedo, Marta —le dije con cara de circunstancias.

—Pues no temas, querida, solo quiero ayudarte.

—Bueno, dispara...

—Hay un trabajo que te permitirá vivir sin estrecheces hasta que decidas dejarlo. Y siempre serás libre de hacerlo.

—No irás a proponerme que trafique con drogas, ¿verdad? —dije, abriendo mucho los ojos.

—Venga, Sofía, nos conocemos poco, pero lo suficiente como para que sepas que no voy de ese palo, ¿no?

Estaba deseando que soltara la bomba. Quería que se explicara de una vez.

—Sé de una persona que te puede introducir en un universo de lujo y excesos. Solo tienes que dejar a un lado el pudor y dejarte llevar.

—¡Joder, Marta! ¡Suéltalo ya! —le grité, impaciente, aunque sospechaba lo que trataba de proponerme.

—Bueno, bueno, no te pongas así... —Hizo una pausa y respiró hondo—. Nada, que puedes pasar alguna noche divertida con más de un ricachón que viene de viaje de negocios y, a la vez, ganar más dinero del que hayas soñado nunca.

—¿Me estás proponiendo que me prostituya? —Mi expresión lo decía todo.

—Si lo quieres llamar así...

—¿Cómo lo llamarías tú? —No daba crédito a lo que estaba escuchando, pero en el fondo de mi corazón sabía que la idea no era descabellada; había chicas que lo hacían y nunca las había criticado por ello. Si emocionalmente no les afectaba... cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera.

Ese pensamiento tan liberal, me facilitó tomar una decisión: los fines de semana vendería mi cuerpo.

Marta, que estaba metida en aquel mundo, se encargó de presentarme a la mujer que dirigía el floreciente negocio de la prostitución de lujo. Era una dama de edad avanzada, muy dulce en sus gestos. Una señora que transmitía paz al hablar. Me explicó todo lo que tenía que saber sobre aquel mundo tan complejo y poblado de secretos. La información que me proporcionaba aquella dama elegante me sorprendía. A mis diecinueve años, no tenía experiencia suficiente en las artes amatorias. Cuando me preguntó si era virgen, me puse roja como la grana.

—No, señora —contesté con timidez.

—Bueno, tenía que preguntártelo.

Con aquel comentario terminó la conversación y, cuando aquella dama se convenció de que lo tenía todo claro, me dijo que empezaría de inmediato. Los cuatro días posteriores a la entrevista apenas dormí, pero me animaba pensar que, por fin, llenaría la nevera.

El primer día se quedaría grabado en mi memoria para siempre.

La cita tuvo lugar en un restaurante de lujo en el centro de Barcelona. Cuando la señora me

facilitó el nombre del hotel, me sorprendió; sabía que no era un establecimiento de segunda. La educación que había recibido me permitía distinguir entre lo mundano y lo exclusivo. Por más que ahora me viera sumida en la miseria, mi pasado estaba ahí: había practicado lo suficiente el arte del saber estar.

Cuando llegó el gran día, mi amiga me ayudó a prepararme. No paraba de dar vueltas a la habitación con la toalla enrollada en la cabeza. Me estrujaba las manos para tranquilizarme.

—Marta, no sé si voy a poder superar la primera prueba. Creo que me va a dar algo...—Mi amiga me miró comprensivamente.

—Te entiendo perfectamente, pero ya verás. Cuando menos te lo esperes estarás en casa contándome cómo te ha ido. Venga, ¡ánimate! Piensa que disfrutarás de una cena exclusiva en un hotel exclusivo y que, de postre, echarás un polvo con un hombre que te recordará a los actores que aparecen por la tele, un caballero que difícilmente conocerías en otras circunstancias. Supongo, por tu edad, que no habrás tenido muchos amantes, pero seguro que has disfrutado del sexo más de una vez. Pues piensa que esta solo es una más. No te martirices pensando en el dinero. Eso no te ayudará... —Hizo una pausa para que yo pudiera asimilar lo que me estaba diciendo.

—A ver si esto te convence... Me miró, cómplice, y sacó de su armario una caja con el logotipo de Armani.

La señora ya me había dicho que me dejarían un vestido para la primera noche y que, después, con las ganancias, tendría que ir llenando mi armario con prendas adecuadas, considerando el estatus de mis clientes. De la caja sacó un vestido negro, sencillo, largo hasta la rodilla, de corte impecable.

—Pruébatelo. Seguro que te queda como un guante.

Me desenrollé la toalla y mi larga melena rubia cayó hasta la cintura. En un rápido movimiento me la recogí con un lápiz que había en el escritorio. También me deshice del albornoz que cubría mi desnudez.

—Madre mía, Sofía, volverás locos a todos los ejecutivos habidos y por haber. ¡Espero que no me dejes sin trabajo! —exclamó Marta, sonriente.

—No seas tonta. Seguro que ninguno de tus clientes se resiste a tus curvas imposibles.

—Bueno, no te voy a negar que mi culo vuelve loco a ciertos ejecutivos...

Las dos reímos a pesar del nerviosismo que reinaba en la habitación.

Marta también era nueva en el oficio. Tan solo llevaba un mes ejerciendo y quizá por eso mismo me lo había recomendado. La novedad no le permitía tomar conciencia de los claroscuros de la profesión. Éramos como el yin y el yang. Ella era morena, de rasgos marcados y curvas de vértigo. Su silueta hacía que los hombres se girasen cuando ella pasaba por delante.

Cuando me metí el vestido por la cabeza, éste se adaptó a las curvas de mi cuerpo. Era una prenda fina, que realzaba mi estatura. Mi metro ochenta desentonaba al lado de Marta, que era mucho más bajita. A pesar de haber vestido con prendas de calidad, aquella sensación era nueva para mí. No estaba acostumbrada a vestir para seducir.

El vestido de punto *interlok*, sin mangas, con corte A y contraste de raso en la cintura con lazo, me hacía parecer elegante. A continuación, Marta sacó unos zapatos de salón de tacones imposibles. En cuanto me los calcé, comprobé que eran sorprendentemente cómodos.

—Estás espectacular, incluso sin maquillaje. Estoy deseando ver el acabado final —dijo mi amiga, aplaudiendo.

—¡Qué exagerada eres! La verdad es que el vestido es impresionante. Corro el riesgo de acostumbrarme a esto —dije mirándome al espejo, pensativa.

Cuando mi compañera de piso, que era maquilladora profesional, termino, volví a mirarme en el espejo: la imagen que me devolvió me dejó sin palabras. La joven bailarina que se sujetaba el moño con un bolígrafo se había transformado. No parecía yo; aparentaba diez años más de los que tenía en realidad.

—Bueno, ya estás lista para tu primera cita —exclamó con solemnidad—. Procura estar tranquila, recuerda: tu cliente es un hombre maduro, muy educado y dulce.

Marta percibió mi nerviosismo e intentó consolarme.

—Ven, abramos la botella de vino que compré con mi primer sueldo extra. Necesitas relajarte antes de irte...

Nos bebimos dos copas de un vino delicioso y pronto recuperé el aplomo. Marta me despidió en el rellano, dándome un abrazo largo y cálido, que me llenó y que todavía recuerdo como si hubiera ocurrido ayer.

Cuando bajé al portal, me sentí como la cenicienta del cuento; aquella ropa cara no iba acorde con el entorno en el que vivía.

Nada más ver el primer taxi, lo paré. Le dicté al taxista la dirección que me había aprendido de memoria, mientras intentaba que no me temblara la voz, pues aquello me delataría mostrando la edad que escondía aquel vestido elegante, pero descarado. Cuando bajé del automóvil, noté las piernas más flojas de lo normal, pero pude controlar los nervios y, con paso titubeante, entré en el lujoso hotel donde me había citado con mi primer cliente.

Pregunté en la recepción por él, como me habían indicado que hiciera. El empleado me informó de que *el señor* estaba en el bar esperándome. Así que allí me dirigí. Lo busqué con la mirada. En aquel lugar solo había un hombre realmente atractivo apoyado en la barra, con un vaso con hielo en la mano. Él, como si tuviera ojos en la nuca, se volvió despacio y me contempló de arriba abajo con los ojos entrecerrados. Me pregunté si aquello era buena o mala señal.

Me invitó a acercarme y obedecí. No estaba segura de que se tratara de mi cliente, pero, como no había nadie que encajara en su perfil, decidí confiar en mi instinto. Cuando estuve a su lado, me llamó por mi nombre.

Mi corazón amenazaba con escaparse por mi boca. Por un momento temí que aquel hombre escuchara los latidos acelerados de mi corazón, pero, poco a poco, sus palabras dulces me proporcionaron la seguridad que necesitaba. Lo que más me impresionó aquella noche, por extraño que pueda parecer, fue el primer contacto de su mano sujetando mi brazo. El hecho de que un desconocido me tocara como si no lo fuera, se me quedó grabado en la memoria para siempre.

Aquel hombre olía de maravilla, un aroma dulzón y a la vez suave me envolvió. Llevaba un elegante traje entallado, que parecía hecho a medida. Lo cierto es que no aparentaba ser tan mayor como me había confesado la señora. Aunque tuviera más de cuarenta años, no aparentaba más de treinta y cinco. Su cuerpo atlético lo hacía parecer más joven.

—Sofía, eres preciosa y muy, muy alta. No te preocupes, estaremos bien. Estás en buenas manos. Tu querida señora, como la llamáis, sabía de sobra que conmigo estarías bien.

—Gracias por tranquilizarme, Joan. La verdad es que estoy un poco nerviosa.

—Ven, cenaremos algo ligero. Así conseguiremos que te relajés completamente.

Me agarró de la mano y, juntos, nos dirigimos al restaurante del hotel. Sentir su mano agarrando la mía, me perturbó tanto que empecé a dudar de que, entre nosotros, pudiera suceder algo más allá de aquel leve contacto.

Agradecí la luz tenue que iluminaba la mesa que había elegido, y que estaba apartada de las demás. Una vez sentados, admiré la decoración del comedor del hotel. Habían pintado de color rojo sangre una de las paredes laterales. Varias fotografías artísticas de gran tamaño cubrían la

pared de enfrente. Dos columnas imponentes sostenían el piso superior desde el centro del salón. Estaba claro que formaban parte de la primera edificación, pues mostraban la pintura original.

Joan me observaba sonriendo. Me permitió absorber cada detalle de aquel lugar sin interrumpirme. Cuando volví los ojos hacia él, reanudó la conversación.

—Preciosa, ¿quieres echarle un vistazo a la carta? O prefieres que pida por ti...

—Si no te importa, prefiero elegir yo. Soy un poco rara para la comida...

Aquel comentario le hizo mucha gracia; rio a carcajadas y no supe cómo reaccionar. Ante la duda, me mostré discreta y callada.

Como tenía más nervios que hambre pedí un entrante, porque dudaba de que mi estómago, revuelto a causa de la ansiedad, admitiera un plato principal.

—Me gustaría probar el ceviche de pez espada, gamba roja y aguacate.

—Es un entrante...

—Sí, lo sé. Es que no tengo mucho apetito...

—Bueno, como quieras. Tengo que reconocer que has elegido bien. Deduzco que tienes buen gusto. Mira, pediré también el tartar de atún rojo sobre tuétano. Así cenamos algo ligero los dos —dijo, mirándome seductor.

Llamó al camarero y le pidió un vino que me sonaba haber visto por casa cuando vivía con mis padres.

Aunque el hotel estaba en plena rambla de Barcelona, cenamos en un ambiente tranquilo, lejos del bullicio propio de aquella calle tan concurrida. Apenas podía saborear mi pescado, pensando en lo que me esperaba después de aquella cena deliciosa. Él se dio cuenta y amenizó como pudo la velada con su animada conversación sobre temas banales, que no se prestaban a respuestas rebuscadas.

Cuando llegamos a los postres, por fin conseguí relajarme; en gran parte, gracias al vino afrutado que entraba sin demasiado esfuerzo.

Se acercaba la hora de subir a la habitación y lo cierto es que me sentía mejor de lo que esperaba. Por supuesto, pagó él; ya me habían dicho que todos mis gastos estarían cubiertos, así que me relajé.

Entramos en el ascensor y nos miramos. Él con deseo, yo con recelo. Subimos al quinto piso, donde se encontraban las *suites* de lujo. Me cogió de la mano con seguridad hasta la puerta de la lujosa habitación. Mientras sacaba la tarjeta, lo observé y me convencí de que aquello no era una locura. Solo se trataba de una transacción de mutuo acuerdo, donde yo cobraría un dinero a cambio de dar placer. Aquel pensamiento me tranquilizó por enésima vez.

La decoración del interior me sorprendió gratamente. Joan dejó las llaves y su cartera sobre la cómoda que había en el recibidor. La suite constaba de un saloncito que precedía al dormitorio. Al entrar en ella me quedé perpleja contemplando la cama que presidía la habitación, enorme, de un blanco impoluto.

En la pared de al lado se abrían dos grandes puertas de cristal, que daban a lo que parecía un balcón. Joan recorrió las cortinas y pude contemplar la vista. Aquello me dejó boquiabierto. Tantos años viviendo en Barcelona y no se me había ocurrido mirar hacia arriba para averiguar qué escondían los pisos altos de aquel hotel de lujo. No era un balcón, como yo creía, era una gran terraza, revestida con madera de teca. Todo decorado con gusto refinado. Salí detrás de él y, con asombro, comprobé que en aquella misma terraza había una pequeña piscina privada; los clientes solo tenían que bajar cuatro escalones para disfrutar de ella. Nosotros no lo haríamos, pues la primavera había llegado más fría de lo normal, así que decidimos disfrutar del calor de la habitación. Él accionó el interruptor de la luz y el dormitorio quedó en penumbra. La iluminación

tenue acentuaba la sensación de intimidad.

—Sofía, quítate la ropa.

Aquella petición repentina me bloqueó. Me quedé parada junto a la esquina de la cama, pero reaccioné y dejé el bolsito sobre la suave colcha blanca.

Lentamente, me desabroché el coqueto abrigo que llevaba encima del elegante vestido. Mientras miraba los botones, el pelo cayó delante de mi cara en suaves ondas, en un intento de ocultar el rubor que sentía y que resultaba cada vez más visible. No le oí acercarse y, cuando sus manos me apartaron el cabello de la cara, di un respingo sin querer. Me levantó el mentón con suavidad y me miró a los ojos.

—Sofía, no temas nada, por favor. Pretendo que disfrutemos los dos, te lo aseguro.

No respondí. Lo miré a los ojos y le creí. En aquel momento supe que aquello resultaría agradable.

Nos situamos frente a frente. Me bajó la cremallera del ajustado vestido y me dejó hacer. Cuando el traje cayó al suelo, el deseo oscureció sus ojos azul celeste. Me rodeó con sus brazos y se pegó a mi espalda. Deslizó su lengua por mi cuello, raspándome el hombro con la barba incipiente que lucía. Aquella sensación me erizó la piel.

Me acarició los brazos descendiendo poco a poco. Cuando llegó a la altura de la cintura, me rodeó con sus brazos y agarró mis pechos con fuerza. Con maestría me los sacó del sujetador para poder deleitarse con mis pezones erectos. Cuando se cansó de apretar y pellizcar, deslizó una mano entre mis braguitas. En aquel momento, las piernas ya no me sostenían. Joan había conseguido excitarme despertando sensaciones que desconocía.

La estancia en penumbra, el aroma del perfume maravillosamente masculino que me envolvía, las caricias tan delicadas y a la vez tan apasionadas lograron enredarme en una espiral de placer. Confiada, me dejé llevar. Intuía que en aquel remolino de sensaciones no habría espacio para el dolor, solo habría placer.

Poco a poco me fue acercando a la cama, me empujó suavemente hasta que no tuve más remedio que tumbarme boca arriba. Se recostó sobre mí y, en aquel momento, fui consciente de su erección. Me dejé llevar por el deseo y, paralizada por la sorpresa, gemí cosa que me sorprendió. Joan se quitó la camisa sin desabrocharla siquiera y lo miré sin disimular el deseo que me embargaba.

Lucía unos pectorales duros y bien definidos y, sin querer evitarlo, los acaricié. Aquello agradó a Joan y me lo demostró presionando su entrepierna contra la mía. Como respuesta, abrí las piernas, hecho que interpretó como una invitación. A ese punto quería llegar Joan precisamente. Quería sentir que me entregaba de forma incondicional.

Ahora que recuerdo aquella primera vivencia intercambiando sexo por dinero, mentiría si dijera que resultó traumática para mí. En realidad, no fue así. Joan se portó con una exquisitez y una delicadeza que procuré devolverle en los muchos encuentros que posteriormente mantuvimos.

Al principio, practicar el sexo con un hombre veinte años mayor que yo me impresionó. Pero con el tiempo comprendí que, a los hombres maduros, mi belleza juvenil les resultaba especialmente tentadora.

Así fue mi primera incursión en la prostitución de lujo. Fueron tres años en los que disfruté del sexo unas veces más, otras menos. Con la perspectiva de los años, comprendí que la experiencia se cobró un precio muy alto, teniendo en cuenta lo que de mí misma dejé, noche tras noche, bajo las sábanas de lujo de cualquier hotel.

...

10 de diciembre 2019

Me giré para mirar el reloj de la mesilla de noche. Las tres de la madrugada y no había pegado ojo. Di media vuelta y me obligué a dejar el pasado para otra ocasión. Tenía que descansar, ya que me esperaba una mañana frenética. Anunciar en mi trabajo que iba a solicitar una excedencia no sería fácil.

Mis labios dibujaron una sonrisa, al imaginar la expresión de mi superior cuando le comunicara la inesperada noticia. Yo, que jamás había pedido un día libre, ni para asuntos personales ni por enfermedad.

Por fin logré relajarme y el cansancio venció al insomnio. Cuando sonó el despertador, parecía que no hacía ni una hora que me había dormido. Me levanté de un salto y corrí a la ducha para empezar el día con energía. Mientras me duchaba sentía que el agua que se colaba por el sumidero se llevaba mi vieja vida para darme la oportunidad de entrar en un tiempo nuevo lleno de incertidumbre y esperanza.

Cuando me puse al volante apenas había amanecido. Me maldije por no haberlo aparcado en el garaje la noche anterior, pues una capa de hielo cubría el cristal frontal. Tuve que entrar otra vez en casa para llenar una botella con agua caliente y, así, ver la carretera en condiciones. Mientras conducía experimenté cierto nerviosismo en la boca del estómago pero me obligué a tranquilizarme; tenía que permanecer serena, pedir una excedencia no era cometer un crimen, me dije a mí misma, frunciendo el entrecejo.

Cuando entré en el despacho del director general mi apariencia era la de siempre pero, en mi interior, hervía como una olla a presión. Le expuse las razones por las que pedía aquel *impasse* en mi carrera profesional, por supuesto debidamente aderezadas con verdades a medias. Nadie tenía por qué conocer los claroscuros de mi vida personal. Todo resultó sorprendentemente fácil. Obtuve los permisos que necesitaba y, al día siguiente, firmé los papeles dispuesta a comenzar una nueva vida.

CAPÍTULO TRES

CASTLE COMBE

12 de diciembre 2019

Compré un billete para coger el primer vuelo que saliera hacia Londres. Fue lo primero que hice aquel doce de diciembre, mientras saboreaba una taza de humeante café. Me encontraba un poco rara, en batín, una mañana laboral, cuando todo el mundo se sumergía en sus obligaciones diarias. En aquellos momentos, me hallaba sentada en la mesa de la gran cocina con vistas al jardín, desayunando tranquila y sin prisas.

Sonreí, al pensar en el giro que en poco tiempo le daría a mi vida. Sola y a punto de coger un avión que me llevaría hasta mi padre. Era algo difícil de digerir, pero también algo que tenía que hacer, por lo menos, para cerrar aquella herida que no cicatrizaba bien.

Aterrizaría en el aeropuerto de Bristol, que estaba a treinta y cinco kilómetros, más o menos, de Castle Combe. Logré encontrar un vuelo para el día siguiente; el billete era caro, pero no me importó. Sentía una urgencia que no quería ignorar.

Cuando tuve la certeza de que volaba, me dediqué a guardar ropa en una maleta. No quería cargar demasiado, ya volvería a por mis pertenencias con el tiempo. El futuro era incierto, así que viajaría con lo justo. Antes de cerrar la maleta, se me ocurrió comprobar qué tiempo podría hacer allí y vi que se anunciaban lluvias. Como una tonta, caí demasiado tarde en que aquella ropa de ejecutiva me serviría de poco en aquel pueblo de calles frías y húmedas al que me dirigía. Así que con más pereza que ilusión, volví a sacar las prendas que acababa de guardar, a excepción de un vestido más elegante con sus zapatos a conjunto, por si se presentaba alguna ocasión extraordinaria.

No tuve más remedio que acercarme a unos grandes almacenes para comprar algo de ropa de abrigo y calzado adecuado considerando la meteorología de aquel país. Tendría que decir adiós al clima mediterráneo, que tantos años me había acompañado y por el que me había sentido siempre tan agradecida.

Era ya tarde cuando entré en casa cargada con dos grandes bolsas y satisfecha de la compra realizada. Una chaqueta impermeable y cálida, y botas impermeables, también. Las escogí prácticas, pero con un diseño bonito para utilizarlas en caso de que hiciera frío. Eran de color *beige* con cordones cruzados y una cinta de pelo al final de la caña. Cuando las vi en el escaparate no me pude resistir a comprarlas. En mi imaginación, las botas de agua solían ser feas y bastas. Compré también camisetas y mallas térmicas para los días más fríos. Sonreí al pensar que, si algún conocido me hubiera visto comprar todo aquello, habría pensado que viajaba al Polo Norte en lugar de al sur de Inglaterra. El problema era que mi armario, en su mayoría, estaba compuesto por trajes chaqueta, camisas y zapatos tipo salón de todos los colores. En aquel país sería otra persona. De momento, sería una turista más. Ya vería lo que el futuro me depararía.

Intuía que iba a sufrir otra noche de insomnio cuando busqué refugio en las cálidas sábanas. Intenté relajarme planeando los pasos que daría al día siguiente, pero no tardé en darme cuenta de que aquello sería misión imposible. Así que, de un manotazo, aparté el edredón y salí de la cama como alma que lleva el diablo. Abrí el armario en busca de mi bata más caliente. A aquellas horas de la noche, la casa ya estaba fría. Volví a encender el portátil y escribí en *Google* la dirección de algún hotel cercano a la casa donde crecí. Mi padre me había asegurado que tenía las puertas de

su casa abiertas, pero no quería ni pensar en qué condiciones estaría al llegar. Sería como entrar en un iglú debido a los años que tenía que llevar cerrada, así que pensé que lo mejor sería registrarme en un hotel hasta poner en orden la casa y acondicionarla un poco antes de habitarla. De todas formas, tampoco sabía lo que me iba a encontrar allí. Ni cómo sería el reencuentro con mi padre. Aquel pensamiento me dejó bloqueada con las manos estáticas en el teclado, mirando sin ver nada. Había tantos recuerdos enterrados que pugnaban por ver la luz, que no conseguía hilar un pensamiento ordenado: aquella carta me había robado la paz. La disciplina británica de la que siempre había presumido se había esfumado.

Tras encender el ordenador busqué el nombre de mi calle en *Google*. El corazón, sin saber muy bien por qué, empezó a latir más rápido de lo normal. Allí estaba mi calle, aquella por la que había corrido y jugado con mi amiga de la infancia día tras día. ¿Qué habría sido de ella? Mantuvimos el contacto durante un tiempo. Al principio nos carteábamos una vez al año, pero, después, perdimos el contacto. No me importaría volver a verla. Cuando me estableciera, intentaría encontrarla. Sería bonito volver a vernos.

Desplacé el cursor hacia arriba, en la pantalla, y, virtualmente, recorrí la calle reconociendo cada casa, cada rincón hasta que apareció la mía. Allí estaba, igual que años atrás, pero la hiedra se había diseminado por el muro confiriéndole un aspecto descuidado. La imagen que me devolvía la pantalla me hablaba de soledad. Se trataba de construcciones adosadas excepto la mía, que era una edificación independiente situada junto a la iglesia del pueblo. Eran todas de estilo *Cotswold*; construidas en piedra con muros gruesos y techos de teja de piedra natural. Eran monumentos históricos, que contaban cientos de años de antigüedad. La mía era parecida al resto, pero tenía un aire diferente, debido a los grandes ventanales enrejados que sobresalían y que le daban ese aire eclesiástico característico de la zona.

Cambié el rumbo; decidí que ya la vería tranquilamente en persona. Salí de *Google maps* y busqué el hotel que estaba más cerca de mi domicilio. Cuatro referencias aparecieron en pantalla. Me sorprendió ver que, justo enfrente, lo que antes era una casa particular, ahora se anunciaba como un hotel acogedor. Entré en su web para realizar la reserva y pensé que estaba de suerte, pues solo quedaba una habitación libre para la fecha que había escogido. La reservé una semana; una vez allí, cuando comprobara las condiciones en las que se encontraba mi hogar ampliaría, de ser necesario, mi estancia.

Cuando terminé de organizarlo todo me acosté. Mi vuelo no salía demasiado temprano, pero tenía muchas cosas que hacer antes de partir.

A la mañana siguiente, cerré ventanas y persianas como cuando nos íbamos de vacaciones. Llamé a Carlos para informarle de mi viaje. No me apetecía en absoluto, pero sentía que tenía que hacerlo. Aquella casa nos había pertenecido a los dos hasta el momento de la separación. Él todavía tenía llaves, así que me pareció conveniente avisarlo por si surgía algún imprevisto. Me sorprendió que conversáramos como si fuéramos buenos amigos. Tal vez pensara que no era el momento de conversar sobre los términos de nuestra relación. En aquel momento, lo más importante era conseguir un taxi que me llevara directa al aeropuerto de Alicante. Cuando tuviera tiempo para pensar analizaría nuestra situación. Tenía que ser práctica. No podía pensar en otra cosa que no fuera asegurarme de que no perdería el avión, que despegaría en pocas horas. Cuando llegó el momento, cargué mi maleta en el taxi y, con determinación, le indiqué el destino al taxista.

Me felicité por haber decidido viajar cómoda. Si en Alcoy hacía semejante frío, no quería ni pensar en el que haría en Londres. Mis trajes elegantes se habían quedado en el armario, como si de espíritus de mi antigua vida se trataran.

Una vez acomodada en el asiento asignado, como tenía por costumbre, me puse los auriculares

para escuchar alguna entrevista de las que había descargado en el móvil. Eran mi salvación a la hora de evadirme durante el vuelo, ya que por mucho que viajase no me acostumbraba al despegue, a las sacudidas que ocasionaban las inclemencias del tiempo ni al aterrizaje.

Me sumergí en el debate que mantenían los tertulianos invisibles. Pero, a pesar de que resultaba interesante, no conseguía concentrarme en la conversación que mantenían. Mi mente viajaba a varios lugares a la vez, con lo que me resultaba imposible prestar atención. Un tardío pasajero entrado en años se sentó a mi lado, saludándome con un escueto buenos días. Le contesté con el mismo talante. Mejor, pensé. No tenía intención de hacer amigos en el corto trayecto que nos esperaba.

Inevitablemente, pensé en Carlos. Durante algunos años fuimos felices, no podía negarlo. Pero tardé en comprender que él no era hombre de una sola mujer. Aguanté deslices, miradas, piropos hacia otras, porque lo quería, pero todo tiene un límite. Y la mentira que me ocultó no merecía perdón. En lo más profundo de mi corazón fue lo que más me dolió.

Guardé los auriculares en el bolsillo; no tenía sentido usarlos con la voz silenciada: entre los recuerdos y aquel inesperado adiós, me resultaba imposible concentrarme en la conversación.

¿Qué había quedado de mi matrimonio? No quería analizarlo, me resultaba doloroso, pero mi mente traicionera no lo podía evitar. Repasé los años vividos con Carlos. ¿Fiestas? ¿Viajes? ¿Dinero? Pero amor, amor... del verdadero, del que creía que yo merecía... Sí, Carlos aparecía infinidad de veces con un gran ramo de rosas para sorprenderme. Era su manera de demostrarme que sentía algo, aunque no sabía bien el qué. Pero cuando una persona miente a su pareja en un tema tan importante es que la quiere bien poco. Aquella confirmación me dejó una nota de sabor amargo.

Pero no era tiempo de culpar a nadie. Ambos nos habíamos dejado llevar por la vida, por nuestros intereses, por nuestros trabajos respectivos.

Ya estaba hecho...

Cuando decidí que mi etapa junto a Carlos había terminado definitivamente cerré la cortina imaginaria, que hacía años que nos separaba. Había llegado el momento de darle un nuevo rumbo a mi vida.

El arranque de los motores me distrajo momentáneamente. Oí la señal que indicaba que el avión se disponía a despegar y miré por la ventanilla. El avión se deslizó suavemente por la pista. Cuando el piloto fijó la potencia de despegue en los motores, me agarré de forma instintiva al asiento. La velocidad que adquiriría el avión durante el despegue me ponía más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir.

Casi sin darme cuenta, contuve la respiración para, de forma ilusa, colaborar con el avión en el momento en que levantaba el vuelo. En pocos segundos volábamos suavemente, sin complicaciones. Por fin dejé las manos relajadas sobre mi regazo. Volví a mirar por la ventanilla y, mientras la orilla del mar se empequeñecía ante mis ojos, mayor seguridad sentía: allí ya no me quedaba nada.

En realidad, ¿quién me echaría de menos? No me venía nadie a la mente. Aquello me dejó derrotada. Cuán sola estaba, qué poco había cultivado la amistad y el apego hacia otras personas que no fueran Carlos. En aquellos momentos me preguntaba si me añoraría o, por el contrario, experimentaría alivio al haber cortado la atadura que nos mantenía unidos.

Admitir que estaba sola me hizo tomar conciencia de la realidad. Del terreno económico no tenía que preocuparme, aunque, en aquellos momentos, era algo en lo que ya no pensaba, cosa que no dejaba de sorprenderme. Seis meses atrás mi preocupación se centraba en mi matrimonio y en mi carrera profesional. ¡Cómo había cambiado mi vida en cuestión de días!, pensé amargamente.

No era la separación lo que más me dolía, sino el hecho de haber tomado conciencia de la profunda soledad que sentía.

¿Qué me había proporcionado la relación que había mantenido con Carlos durante dieciocho años? ¿Qué había obtenido escalando puestos hasta llegar a lo más alto? ¿Qué había ganado queriendo aparentar una vida perfecta? Una vida falsa, de mentira. Sentía que había vivido algo parecido a un corto de aquellos que se construyen con figuritas de plastilina. Mi vida me recordaba, también, a una de esas películas donde todos los habitantes de la ciudad son actores y yo era la única que ignoraba que aquello no era real... me pareció patético.

Aquellos pensamientos me llevaron a confirmar mi teoría: siempre defendí que el amor no desaparece de un día para otro, no se pasa del amor al odio en un instante. Aquello tenía que ser como un guiso cocinado a fuego lento. Así se desmadejaba lentamente la madeja del amor.

Mientras mis pensamientos despleaban mi pasado, me pregunté cómo podía ser posible que no hubiera derramado ni una sola lágrima en los días posteriores a la separación. Cómo podía ser que no hubiera derramado ni una puñetera lágrima, que no hubiera extrañado la calidez de Carlos. Cómo había logrado acostarme cada día en nuestra cama sin sollozar. Nada. ¿Me habría quedado sin lágrimas? ¿Se habría muerto mi ser sensible? Pensándolo bien, no recordaba haber llorado durante los últimos años de nuestro matrimonio. Qué curioso... aquella reflexión me sorprendió.

Antes de lo que esperaba, se encendieron las luces que indicaban a los pasajeros que se abrocharan los cinturones, lo que significaba que estábamos a punto de aterrizar. De nuevo sentí esa sensación de angustia en la boca del estómago, pero mi rostro no manifestó ningún signo de debilidad. Llevaba años adiestrando mi mente y mi cuerpo para mostrar aplomo delante de desconocidos y no tenía intención de tirar por la borda el fruto de tan duro entrenamiento.

El hombre mayor me miró para asegurarse de que obedecía las órdenes del dispositivo luminoso. Me hizo gracia aquel gesto: una comunicación muda entre dos personas poco habladoras, cosa que agradecí muchísimo.

Miré por la ventanilla; el cielo se veía denso, gris. Llevaba tantos años en la soleada España, que ya no recordaba la humedad y el frío característicos del paisaje inglés. En aquel momento, me sentí como si viajara en el tiempo y regresara, de nuevo, a mi niñez.

Aterrizamos sin problemas. Cuando el avión se detuvo, la mayoría de los pasajeros se levantó con ganas de abandonar la aeronave. Yo me quedé sentada; sabía que podían transcurrir algunos minutos desde el momento en que se detenían los motores hasta que se permitía la salida de los pasajeros, en general, impacientes.

Cuando la práctica totalidad del pasaje hubo abandonado el avión, me levanté y cogí mi equipaje. Me desenvolvía perfectamente en el aeropuerto; tenía esa suerte. Se trataba de un aprendizaje adquirido gracias a mi *profesión* que, por decirlo de alguna manera, tenía sus ventajas. Tendría que apuntar las cosas buenas de la vida que había llevado, pensé reprendiéndome por los pensamientos negativos anteriores. No todo lo vivido había sido negativo por más que en aquellos momentos así lo sintiera.

Recogí mi maleta y me dirigí al exterior del aeropuerto en busca de un taxi. Me felicité por haber decidido viajar cómoda. Caminar sin los altos tacones me resultaba extraño, pero a la vez gratificante. Mi nueva vida incluía combinar seguridad y comodidad. Soltarme el cabello... eso sí que no. Cuando practicaba *ballet* me recogía el pelo en un moño. Era algo que pasó a formar parte de mi rutina diaria como lo era vestirme y asearme por las mañanas. Todavía no estaba preparada para ir por la vida con la rubia melena suelta.

Todavía no...

No me fue difícil encontrar un taxi que me llevara a Castle Combe. Mientras enfilábamos la

A38 agradecí haber viajado de día, porque podía admirar el trayecto que separaba el aeropuerto del pueblo en el que había crecido. Tenía que tranquilizarme o los nervios me acabarían jugando una mala pasada y caería la máscara detrás de la que escondía mis sentimientos. Ese antifaz invisible, que hacía que mi semblante, a la vista de todos, pareciera impertérrito.

El vehículo rodaba por el amplio paseo que conducía hasta el adosado donde crecí. Estaba a escasos minutos del lugar en el que había vivido durante la infancia. Y lo más impactante, estaba a escasos minutos de reencontrarme con mi padre. Teníamos tanto de qué hablar, tanto que perdonar...

Recorrimos el camino en silencio. El conductor intentó entablar conversación en dos ocasiones, pero mis respuestas incisivas, cortantes, tan secas, sofocaron su curiosidad natural y decidió conducir en silencio.

El desprecio en su semblante no tardó en aparecer, pues ya se había hecho una idea de mi carácter esquivo. Me percaté de aquel cambio en su actitud, pero aquella reacción me resultaba tan familiar que no me afectó, no me incomodó.

Cuando vi el indicador que flanqueaba la entrada al precioso pueblo en el que me crie, dándome la bienvenida, me sentí feliz. Le susurré la dirección al malhumorado taxista. Pronunciar *The Market Cross* resultó evocador. Su nombre pobló mi mente de callejuelas, de olores afrutados, del sabor intenso del chocolate caliente que Finita, la abuela de todos, servía a todo aquel que se animara un domingo a llamar a su puerta al salir el sol. Le indiqué al taxista aquella dirección porque estaba muy cerca de mi casa y quería admirarla desde otra perspectiva.

Llegamos a la plaza del pueblo donde se encuentra *The Market Cross*: el emblemático monumento que, supuestamente, databa del siglo XIV, momento en que se le concedió al pueblo el permiso para celebrar un mercado semanal. Está sustentado por cuatro pilares de piedra en cada una de sus esquinas y coronado por un pedestal central decorado con escudos y rosas talladas en piedra. Justo delante se veía una estructura de piedra conocida como *buttercross*; un artefacto que se utilizaba para montar en los caballos y subir a los carros.

El conductor rodeó la plaza. Fue aminorando la velocidad hasta detenerse delante del monumento. Antes de estacionar encaró el automóvil en dirección sudeste para emprender, cuanto antes, el camino de regreso.

Pagué el importe que indicaba el taxímetro, le di las gracias al hosco conductor y bajé del taxi con la correa del bolso en mi hombro. Pronto me di cuenta de que el taxista no saldría del vehículo para entregarme mi equipaje, así que yo misma lo saqué. Abrí el maletero y cogí la pequeña maleta con incredulidad por el castigo que aquel hombre le había infligido a mi hermetismo.

Cerré los ojos, sonreí y aspiré. Me sumergí en el olor a humedad que emanaba del riachuelo que atravesaba el pueblo. El olor a leña de las chimeneas encendidas me envolvió y me vi de pequeña, correteando por el campo, recogiendo margaritas y dientes de león para hacer un lindo ramillete que le arrancaría una sonrisa a mi mamá. Tenía seis o siete años en aquel entonces. No pude resistirme y me giré y, por fin, después de tantos años, me encontré ante la casa en la que había vivido cuando era niña.

El impacto que aquella imagen me provocó hizo que mis rodillas temblaran como gelatina. Momentáneamente, dejé la maleta en el suelo y me apoyé con disimulo en uno de los pilares del *buttercross*.

En aquel instante pasó por mi mente la niña que fui, la vi saliendo por la puerta de madera, saltando por el caminito que separaba la vivienda de la carretera: cinco pasos largos, mil veces contados hasta la verja pequeña que separaba nuestro jardín del muro de piedra de medio metro,

que daba a la carretera.

Nunca imaginé que regresar al lugar donde nací me causaría tal cúmulo de emociones. Respiré hondo e intenté aparentar serenidad antes de entrar en el hotel. Hice acopio de aire durante algunos segundos y me aseguré de que no hubiera ni un solo pelo fuera de su sitio. Ahora sí, estaba bien. Estaba preparada para comerme aquel mundo de nuevo. Y en esta ocasión, no se me atragantaría.

CAPÍTULO CUATRO

JAMES Y LENA

13 de diciembre de 2019

Entré en el *vestíbulo*. El fuego crepitaba en la gran chimenea de piedra dándome la bienvenida con su calor. A su derecha vi la coqueta recepción, que en aquellos momentos estaba desatendida. A la izquierda de la chimenea, un gran salón decorado en castaño acogía a varios huéspedes mientras dialogaban tranquilamente ajenos a lo que bullía en mi interior. Volver a escuchar conversaciones en mi idioma natal resultó extraño y, a la vez, gratificante. En aquellos momentos me alegré infinitamente de haber utilizado con frecuencia el inglés; de aquella manera, nadie notaría que llevaba veinte años alejada del país.

La barra del bar también era austera, toda de madera, a conjunto con las mesas y sillas del comedor. Todo rezumaba Navidad. Aquello me deprimió más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Me hallaba lejos de mi hogar, con mi vida pendiente de un hilo y a pocos minutos de reencontrarme con mi padre.

Hice sonar la campanilla, esperando ser atendida. Sonreí cuando recordé a una de las últimas chicas que contraté, aquella niña tan estirada que me recomendó anularla. En su opinión, llamar al recepcionista de aquel modo le parecía una falta de respeto, como si de un perrillo se tratara. A mí me parecía una tradición que merecía la pena conservar. En el hotel en que trabajaba, no hacía falta llamar a nadie de aquella manera, pues, por norma, nunca dejábamos la recepción sin atención. Pero mi antiguo puesto de trabajo no tenía nada que ver con el lugar en que estaba a punto de registrarme. Este era un pequeño hotel familiar, por lo que pude leer en la descripción, a diferencia del que yo presidía, que pertenecía a una cadena muy conocida en España.

Mientras esperaba que alguien me atendiera, contemplé la decoración, muy bien lograda, por cierto. De las paredes de piedra colgaban varios cuadros típicos de lugar. Por lo que pude observar, el edificio parecía una casa reformada y acondicionada para dar cobijo a los turistas fieles, que veraneaban cada año en el pueblo.

Cuando tuve delante a la recepcionista me quedé sin palabras.

—Hola, ¡querida! —La chica se adelantó.

—¿Lena? —pregunté.

—¡Qué alegría volver a verte! —respondió Lena mientras daba la vuelta al mostrador con los brazos abiertos. ¿Qué se te ha perdido por aquí? Nos echabas de menos... ¡a que sí!

Su abrazo me dejó sin palabras. Nunca hubiera imaginado que volvería a encontrarme con mi compañera de juegos. Comprobé que Lena mantenía la misma fuerza que antaño. Me apretó tanto que me cortó, por un momento, la respiración. Cuando al fin recuperé el aliento, Lena me hizo mil preguntas mirándome con curiosidad. La sorpresa me dejó sin palabras, así que, ante sus preguntas, asentía y negaba con la cabeza sin conseguir eliminar la amplia sonrisa que dibujaron mis labios ante tamaña muestra de afecto. Lo cierto es que no me lo esperaba, pero su cálida bienvenida me

desarmó.

—Yo preguntaré primero, después, tú, como cuando éramos pequeñas, ¿recuerdas? Venga, dime qué haces aquí...—Me adelanté intentando eludir sus preguntas indiscretas.

—Mis padres heredaron esta pensión y la reformaron para que su querida hija se matase trabajando. Ahora la regentamos los tres.

—Sospecho que tú ya sabías de mi llegada —dije con una sonrisa forzada.

—Acostumbro a revisar el nombre de mis huéspedes cuando efectúan su reserva y después de lo que le ocurrió a tu madre, supuse que Sofia Jones Moore serías tú. Por cierto, ¿cómo estás? De aquella pregunta deduje que en el pueblo todo el mundo ignoraba que no tenía una buena relación con mis padres.

—Bien, más tranquila, gracias —respondí sin proporcionar más explicaciones.

—He visto que te quedas una semana, espero que puedas reservarme algún día para charlar. De verdad, ¡me alegro muchísimo de verte!

Tanto amor me desbordaba, me incomodaba, me abrumaba. Me hacía parecer aún más fría, más distante. Me resultaba difícil corresponder de forma creíble a una manifestación de cariño tan efusiva. Era algo que no sentía, me parecía desproporcionado, una farsa, un engaño, así que me mantuve en silencio. Tras una pausa incómoda, Lena me acompañó hasta la habitación que me correspondía. Hice ademán de coger mi maleta, pero Lena se adelantó y me invitó a seguirla escaleras arriba.

Lo hice en silencio. Evaluándola con la mirada, me di cuenta de que los años se habían portado bien con ella. Éramos casi de la misma estatura, aunque la silueta de Lena lucía más desgarrada. Su melena continuaba presidida por sus grandes rizos avellana. Aquellos canutillos rojizos, indomables, imposibles. Las gafas color caramelo con brillantitos incrustados en la montura, intentaban suavizar sus negros ojos saltones, la mirada inquisitiva de un padre que, como única herencia, le había dejado ese aire español, que a mí me hubiera sentado mejor. Sus gestos, quizá un poco exagerados, constituían su sello de identidad. Siempre habíamos reído juntas de lo distintas que éramos. No nos parecíamos en nada... Aun así, la amistad que fraguamos fue verdadera. En aquel momento me arrepentí de haber ignorado sus cartas cada vez que las recibía. Me remordía la conciencia por haber permitido que los lazos que nos unían se desataran. Por haber permitido que mi antigua vida se disipara como si todo lo hubiera soñado, como si aquel pasado no hubiera existido.

Casi sin darme cuenta, llegamos a la habitación que había reservado para mí: la seis.

—Me hubiera gustado reservarte alguna más exclusiva, pero los clientes que se hospedan en estas fechas suelen ser los mismos todos los años, y saben bien lo que quieren. Esta es la doble estándar... —Parloteaba mientras introducía la llave en la cerradura.

—Por favor, no te preocupes, en absoluto. Solo faltaría eso...

Entramos y evalué la estancia con mirada crítica: deformación profesional. Lo que vi me gustó. No era muy grande, pero sí acogedora. Constaba de una cama de matrimonio con dos sillones a un lado, tapizados con loneta blanca salpicada de lunares grises. Al otro lado de la cama, una viga de madera de cerezo bajaba desde el techo y descansaba sobre un murete a setenta u ochenta centímetros del suelo. Dos mesitas de noche con sendas lamparillas le daban un aire cálido al conjunto. Agradecí mentalmente que se hubieran abstenido de llenar las habitaciones de guirnaldas, bolas y nieve artificial como habían hecho en la sala principal.

Me acerqué en silencio a la ventana, que estaba frente a la cama. Sospechaba que desde allí vería mi casa, pero no imaginaba que la tuviera tan cerca. Mis ojos, abiertos de par en par, me delataron. La sorpresa que experimente me dejó sin habla. Mi silencio constituía una

manifestación clara de la melancolía que me invadía.

—Qué bonita se ve desde aquí, ¿verdad? —susurró Lena.

—Sí —respondí.

—Bueno, querida. Instálate... aquí te dejo los horarios del comedor.

Me dejó el papelito sobre una de las mesitas. Agradecida, pensé que no quería apartarme del universo en el que andaba perdida.

—Si quieres comer conmigo en privado puedes hacerlo, no hace falta que te lo diga... —El tono usualmente alto de Lena se suavizó al tiempo que ponía su mano sobre la mía—. Aquí estoy para lo que necesites.

—Muchas gracias, Lena, pero prefiero hacerlo en el comedor si no te importa. Es que no sé cómo acabará el día y no quiero aburrirte con mis historias. Mañana temprano visitaré a mi padre.

—Claro, querida, como tú quieras, pero que sepas que no molestas en absoluto, al contrario, me alegra mucho tenerte aquí. —Volvió a su tono, veinte decibelios más alto de lo normal—. Mis padres están deseando verte, espero que no te atosiguen—dijo poniendo los ojos en blanco—. Bienvenida a Castle Combe.

Lena se despidió guiñándome un ojo. Me dejó allí, mirando por la ventana que daba justo a mi pasado.

...

Cuando por fin se marchó, comprendí que, durante aquellos días, no disfrutaría de la soledad que necesitaba. Me alegró reencontrarme con mi amiga de la infancia, pero no me apetecía que salieran a la luz algunos episodios oscuros de mi pasado.

Decidí deshacer la maleta y ordené de forma meticulosa cada una de las prendas.

Justo cuando acabé, mis tripas empezaron a sonar estrepitosamente y eché un vistazo a la carta que Lena había dejado sobre la mesita para comprobar la hora de la cena. Hacía tanto que no viajaba por aquella región, que no recordaba las costumbres de la población en lo que respectaba a los horarios de las comidas.

Lo cierto es que no me apetecía encontrarme con los padres de Lena, que eran curiosos y preguntones. No me apetecía dar explicaciones, pero, a aquellas alturas de la vida, había aprendido a proporcionar, solamente, aquella información que me interesaba que conocieran.

Así que, suspiré y me dirigí al comedor recorriendo un galimatías de escaleras imposibles. Al entrar en el comedor, me envolvió el aroma exquisito de un guiso especiado y una voz chillona pronunció mi nombre. Por supuesto, sabía a quién pertenecían aquellas voces, así que me giré componiendo mi mejor sonrisa, que se quedó congelada en mis labios cuando comprobé el efecto del paso del tiempo en los padres de Lena. Habían encogido tanto que parecían personajes de una historia de ficción. Cuando la pareja llegó a mi lado, la diferencia de altura se hizo más evidente.

—Sofía, pero ¡qué preciosa estás, por favor! —exclamó Emily abrazándome con el mismo entusiasmo que su hija. Aquel abrazo me causó tanta emoción que me dejó sin palabras.

El perfume de Emily me transportó directamente a los diez años: una combinación arriesgada de jazmín y algunas notas de lejía.

Ahora le tocó el turno al padre de Lena, Thomas.

—¿Cómo estás, querida? Nos alegra tanto verte... —Me abrazó con menos intensidad que su esposa—. Ahora no es el momento, pues debes estar hambrienta, pero espero que podamos charlar tranquilamente y ponernos al día. A este par de nostálgicos ancianos les vendría bien rememorar viejos tiempos...

—Emily, Thomas, a mí también me alegra mucho veros después de tantos años. Prometo sentarme con tranquilidad con vosotros para ponernos al día.

Sofía me guiñó un ojo y asintió satisfecha.

—Mañana, nada más levantarme, visitaré a mi padre. Tengo muchísimas ganas de verlo...— Esto último lo dije entre dientes, pues aquellas palabras eran solo verdad a medias. Quizá lo que sentía era miedo, incertidumbre.

Los padres de Lena se marcharon a regañadientes cuando Lena salió de la cocina y les invitó a marcharse, asegurándoles que al día siguiente tendríamos tiempo para conversar.

Entré en el comedor, que hacía las veces de cafetería. Cuando no se servían comidas o cenas, podías tomar el té o, por la noche, alguna bebida. Las paredes de piedra natural le daban ese aire rústico tan habitual en los *Cotswolds*. Los candelabros sobre la pared iluminaban tenuemente la estancia, así que, a la hora de comer, se encendían las lámparas del techo, que proporcionaban a la estancia una luz blanca y brillante. Tuve que pasar entre las mesas ya ocupadas, y, de forma educada, fui saludando a todos los comensales. En aquellos hoteles tan acogedores se acostumbraba a crear un ambiente familiar, íntimo y cordial, poco corriente en las grandes cadenas hoteleras.

Todos me contestaron con educación, menos una de las mesas que estaba ocupada por un único comensal. Aquello me molestó más de lo que quería reconocer.

Me senté en la mesa 6 y pedí que me sirvieran el menú del día. No tardé en comprobar lo que mi olfato me había anticipado: la carne estaba exquisita. Mientras masticaba despacio, tal como tenía por costumbre, conté y observé a las personas que estaban en el comedor. En total, había cinco mesas ocupadas, de las diez que componían el saloncito. En las dos primeras, dos parejas parloteaban animadamente. La de la izquierda, la componían una familia de cuatro, un matrimonio y dos hijos adolescentes. La última a evaluar, la ocupaba un único comensal, el maleducado, tal como lo bauticé en el momento en que no contestó a mi saludo. Parecía un hombre austero de mediana edad. La pose, con la cabeza gacha y más encorvado de lo normal, me llamó la atención.

Lo examiné descaradamente, entre otras cosas, por la ventaja que me proporcionaba el hecho de que estuviera de espaldas a mí. Su forma de moverse le daba un aire un tanto peculiar, melancólico, por decirlo de alguna manera. Solo levantaba la cabeza del plato para meterse el tenedor en la boca y masticar despacio y con desgana. Su pelo rubio claro, necesitaba un corte urgente.

Después de varios minutos, pensé que no valía la pena perder el tiempo ni la energía en evaluar a semejante personaje. Atribuí el interés excesivo e inusitado que sentí a la rabia que experimenté cuando me negó el saludo.

Mientras disfrutaba de mi cena me di cuenta de que Lena se acercaba. Tendría que acostumbrarme a la presencia de mi amiga, pensé. Me sorprendió que se detuviera en la mesa de aquel hombre solitario. Lena le puso la mano sobre el hombro, en ademán cordial. Él, prácticamente, no levantó la mirada, cosa que me desagradó nuevamente. Lena, lejos de sentirse ofendida, arrastró despacio la silla de enfrente y se sentó lentamente, como para no asustarlo. Intercambiaron algunas palabras y en aquel momento sentí curiosidad por saber qué confidencias estarían compartiendo.

Inmediatamente decidí que ya estaba bien. ¿Qué más me daba aquel desconocido? Tenía que reunir fuerzas para enfrentarme a mi padre. Tenía que dejarme de tonterías. Con aquella idea en la mente di por terminada mi cena y, dejando con sumo cuidado la servilleta sobre la mesa, me levanté intentando no llamar la atención de Lena, cosa que resultó imposible como temía. Cuando Lena vio que me disponía a marcharme, me llamó con un gesto. Maldije para mis adentros; tenía

que haber esperado a que Lena se fuera para volver a mi habitación. Me dirigí a ella despacio, como si pudiera evitar que llegara el momento de acercarme a la mesa que compartía con aquel individuo. Con pasos cortos, como si así pudiera aplazar el momento de acercarme a la mesa de ambos.

—Sofía, deja que te presente a mi primo. Bueno, podría llamarlo hermano, pero él prefiere que me atenga a las definiciones reales. —En aquel instante, el desconocido se sintió obligado a levantarse y saludar. «Vaya, parece que sabe algo de modales», pensé con sorna.

En cuanto el hombre levantó la mirada, me quedé atónita. Sus ojos, de un verde cristalino que recordaba el mar parecían tener luz propia. El flequillo le caía sobre la frente, dándole un aspecto descuidado a la vez que interesante. Dos grandes surcos separaban aquella mirada triste que antes había intuido. Esos ojos tristes que adiviné antes de verlo cara a cara.

—Te presento a James —dijo Lena—. Pasará una larga temporada con nosotros. Estamos muy contentos de tenerlo cerca... se hace de rogar, pero creo que en esta ocasión disfrutaremos de su presencia durante un periodo de tiempo inusual. Esta vez, nos deleitará con su presencia más de lo que acostumbra a hacerlo.

El hombre me tendió la mano sin sonreír. Contuve la tentación de negársela. Intuía que solo me saludaba para contentar a su prima. Negarle la mano. Algo me frenaba, no podía definir bien el qué. Pero en milésimas de segundo pensé que debía devolverle el saludo, suponía que aquel gesto, al hombre, le había costado más de lo que quería aparentar, pues se había visto obligado por culpa de su prima a tenderme la mano.

—Encantada, James —susurré, a la vez que nuestras manos se unían.

Aquel contacto me produjo un desagradable hormigueo, como una descarga eléctrica que me provocó cierta debilidad. Como James no contestó se hizo un silencio espeso, así que miré a mi amiga y me despedí.

—Lena, creo que me voy a descansar, mañana quiero madrugar para visitar a mi padre. Buenas noches.

Pronuncié aquellas palabras, me di media vuelta y me encaminé con dignidad hacia las escaleras que conducían a mi habitación. Una vez en ella, aquella sensación de extrañeza me perseguía. Qué situación más surrealista acababa de vivir. Habían pasado apenas unos días y ya añoraba la vida tranquila que había llevado en España. En aquel momento me sentí triste, al tomar conciencia de que adaptarme a mi nueva realidad me iba a resultar más difícil de lo que había planeado. Llevaba demasiado tiempo instalada en mi zona de confort. Todo a partir de ahora sería nuevo para mí. Lejos de mi calculada rutina me enfrentaba a un destino incierto, a una situación complicada, una especie de agujero negro del que no tenía más remedio que salir indemne. No debía flaquear. Había viajado para encontrar respuestas y para cerrar una herida que todavía permanecía abierta, así que no me apetecía involucrarme en problemas ajenos.

Con determinación, me desmaquillé en el pequeño cuarto de aseo que había junto mi habitación. Me infundía tranquilidad aquella ceremonia de pasar por el rostro el disco impregnado de crema desmaquillante con suavidad. Aquel gesto pertenecía a mi antigua vida, por lo tanto, me serenaba deliciosamente.

Cuando acabé el ritual, levanté los brazos y, con parsimonia, sin apartar la mirada del espejo, empecé a sacar horquillas para deshacer el moño que continuaba tirante hasta que mi larga melena cayó, por fin, en suaves ondas sobre mis hombros. Con el cabello suelto sobre mi cara, me apoyé en el pequeño lavabo con ambas manos y giré la cabeza hacia la derecha para contemplar la bañera. Necesitaba un baño caliente, un bálsamo para mi cuerpo dolorido. Sentía cada músculo en tensión. Mantener una posición erguida durante tantas horas me había dejado extenuada.

Inspeccioné el cuarto de baño buscando la cestita de cortesía para no entretenerme en buscar el gel en el neceser. Con gran asombro descubrí que, junto al espejo, había una pequeña repisa en la que había una gran variedad de botellitas de gel, champú y dos frasquitos de sales para baño. Los cogí y, volviendo la mirada hacia el espejo, me dirigí a la versión de mí misma que este me devolvía.

—Sofi, cariño, creo que te mereces un baño relajante después de la avalancha de acontecimientos inesperados que has experimentado estos días.

Abrí los grifos para llenar la bañera y me desnudé con lentitud, dejé la ropa bien doblada sobre una silla que había justo al lado del lavabo y metí la ropa interior sucia en una bolsita que había metido en la maleta con este fin. Cuando estuve completamente sumergida en el agua caliente, suspiré, cerré los ojos y dejé que mis pensamientos se ordenaran. Así conseguí planear las actividades que realizaría durante el día siguiente. Al hacerlo, experimenté aquella sensación de seguridad que necesitaba y conseguí, por fin, relajarme y descansar.

CAPÍTULO CINCO

REENCUENTRO

14 de diciembre de 2019

Al día siguiente, me levanté como nueva. A pesar de que la ansiedad me oprimía el estómago, sentía que había descansado mejor de lo que esperaba.

Elegí unos vaqueros y un jersey sencillos. Me calcé las botas y contemplé mi casa desde la ventana.

La niebla la abrazaba dándole un aspecto fantasmagórico, aunque estaba segura de que tras algunas reparaciones recuperaría su aspecto habitual. De nuevo tuve la impresión de haber viajado en el tiempo treinta años atrás. Cerré los ojos y suspiré; «venga, tú puedes con esto y con más», me dije para animarme. Descolgué el anorak y salí de la habitación.

Mientras bajaba por las escaleras para entrar en el comedor, rezaba para no encontrarme con aquel huésped siniestro. Bueno, debería llamarlo por su nombre, ahora que ya lo sabía. Aquellos pensamientos me hicieron sonreír y, aquel gesto, a mi amiga no le pasó desapercibido.

Lena se encontraba detrás del mostrador de la recepción revisando papeles. Decididamente, no lucía el mismo aspecto que la noche anterior. Aquella mañana unas ojeras profundas sombreaban sus grandes ojos verdes. En cuanto me vio, se acercó para saludarme.

—Buenos días querida, tu sonrisa me dice que has descansado bien. ¿Me equivoco?

Noté cierta preocupación, le importaba más de lo que quería reconocer.

—Buenos días, Lena, reconozco que sí, he descansado bien —contesté escuetamente.

—Me alegro mucho. ¡Que disfrutes de tu desayuno, querida!

—Muchas gracias, Lena. En cuanto acabe iré a ver a mi padre. Pasaré la mañana con él, pero regresaré a la hora de la comida.

—Muy bien, contamos contigo para el almuerzo. Que vaya bien y dale recuerdos de nuestra parte, por favor.

—Se los daré, gracias. —Me dirigí al comedor y sentí una especie de cosquilleo en el estómago, estaba deseando salir corriendo, huir. Tan solo hablar del encuentro que estaba a punto de mantener con mi padre, me ponía frenética.

Lena se me quedó mirando con ganas de hablar más, pero supongo que decidió que ya tendríamos tiempo. Descubrí en su mirada algo especial; una sensación cálida, mezcla de añoranza, mezcla de curiosidad. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien con nadie. Llevaba demasiado tiempo envuelta en rencor y desconfianza. Me había esforzado en practicar el desapego para evitar que la gente se me acercase. Pero aquella soledad, que mi actitud había propiciado, no había hecho que me sintiera mejor. Más bien al contrario.

Desayuné algo ligero; tenía el estómago revuelto a causa de los nervios, así que no podía ingerir ningún alimento consistente. Saqué el móvil y escribí en *Google* la dirección del centro de mayores más cercano a Castle Combe. Según la carta de mi padre estaba a la salida del pueblo. Era una edificación nueva, pues no recordaba que en aquella zona hubiera ninguna residencia cuando vivía allí. Mientras calculaba lo que tardaría caminando hasta allí, unos chicos de entre seis y doce años bajaron por las escaleras, corriendo y discutiendo entre ellos, intentando escapar de Lena.

Lena los llamó de forma que me hizo sonreír. Era un grito controlado pero contundente, así que

los dos niños se detuvieron en seco antes de entrar en el comedor.

Su actitud hacia los niños me sorprendió. Era demasiado íntima. Estaba convencida de que no se trataba de clientes del hotel. Cuando consiguió que la obedecieran, los agarró de la mano y, con una mirada cargada de significado, se acercó a mí.

—Te presento a mis diablillos. ¡Evie y Jack son los culpables del aspecto con el que amanezco en días como hoy!

Me quedé sin palabras. No me había planteado que mi amiga pudiera tener familia propia. Tengo que reconocer que sentí una pizca de envidia, me alegré por ella.

—Hola, chicos, me alegro de conocerlos...

Me incliné y alargué la mano para saludarlos. Ellos me miraron con recelo, pero reaccionaron al sentir el empujoncito que les propinó su madre. Sus manos de dedos largos quedaron flojas entre las mías. Aquel gesto me hizo sonreír.

—Vaya, no sabía que tuvieras familia. Bueno, en realidad hace tiempo que no sabíamos la una de la otra. Supongo que tenemos una charla pendiente...

—Así es, Sofía... —Se acercó a mí y me agarró la mano—. Espero que encuentres algo de tiempo libre y que podamos charlar tranquila-mente algún día. Esta tarde te presentaré a Austin, mi paciente marido. Sale a trabajar antes de que salga el sol, pero suele llegar a casa a la hora del almuerzo.

—Veo que la vida te ha tratado bien, Lena. Me alegro sinceramente.

Nos miramos a los ojos buscando la complicidad que habíamos compartido cuando éramos pequeñas.

—Sí, uno de estos días reservaremos una tarde para charlar. Además, estoy bajo tu techo, así que no podré escabullirme.

Sonreí, solté suavemente la mano de Lena y le dije que tenía que marcharme.

Salí con tanta premura que los dos grados de temperatura me golpearon en la cara como una bofetada, cosa que me hizo retroceder por instinto de protección. Volví a entrar en el zaguán medio refunfuñando para mis adentros. Saqué del bolso una bufanda y un gorro beige con una gruesa borla en lo alto y me los puse con más enfado que gracia. Me obligué a tranquilizarme y, antes de ponerme los guantes, volví a sacar el móvil y consulté la dirección en *Google*.

Me sorprendió averiguar que River Health, como decía mi padre en su carta, estaba a dos kilómetros escasos del hotel. Empecé el ascenso por The Street, la calle principal del pueblo. El río Bybrook, que cruzaba el pueblo, bajaba alegre con buen caudal. Me deleité con el suave sonido del agua, que no conseguía atenuar mis nervios.

Volver al lugar donde habíamos jugado interminables tardes Lena y yo, me hizo sonreír, disipando un poco la ansiedad. Al alejarme del centro del pueblo, la vegetación se tornó más densa. El sonido de mis pasos quedaba amortiguado por la niebla espesa de aquella mañana de diciembre.

Caminaba despacio con las manos enguantadas en los bolsillos de mi anorak verde militar. Pensaba en el aspecto que tendría mi padre. ¿Sería un anciano avejentado? O, por el contrario, ¿conservaría el aspecto elegante y distinguido que mostraba cuando era joven?

Pensaba en estas cosas mientras caminaba y, casi sin darme cuenta, llegué a la residencia de mayores. Aquel mastodonte desentonaba con la arquitectura de un pueblo en el que abundaban las casas pintorescas. Me detuve en seco. Suspiré y exhalé una gran cantidad de aire y me dejé envolver por el blanco vaho. Estaba a escasos pasos de mi padre, no me lo podía creer.

Al entrar en el zaguán del centro, una sensación de paz y sosiego me envolvió. Reinaba un silencio perturbador, pero agradable. Sentí una oleada de calor y me quité guantes, gorro y

bufanda a la vez. En la sala, había algunos ancianos. Unos charlaban en parejas, otros formaban grupos de tres o cuatro personas. Todos se esforzaban en pasar el tiempo de la mejor manera posible. Estaba claro que el día no invitaba a disfrutar del precioso jardín que había traspasado antes de entrar. En la estancia, no demasiado ordenada, se veían andadores, muletas, sillas de ruedas... Por lo que pude observar, el zaguán se utilizaba como recibidor y sala de reuniones.

Entre todos aquellos residentes, observé que no estaba mi padre. Un asistente vestido de uniforme azul celeste se me acercó y me ofreció ayuda. Le pregunté por mi padre y me pidió que lo acompañara. Me explicó que el Sr. Jones no acostumbraba a bajar hasta pasadas las once de la mañana.

La sola mención de su nombre aceleró mi pulso, hasta el punto de que me costaba respirar. El asistente me indicó que lo acompañara y nos dirigimos a los ascensores del vestíbulo. Mientras subíamos el joven rompió el silencio preguntándome si era familiar o amiga. Sin pensarlo, contesté la verdad. El chico abrió los ojos y me regaló una sonrisa que no se borró de su rostro hasta que me dejó ante la puerta de la habitación.

Cuando estuve sola, respiré hondo por segunda vez y llamé antes de entrar.

—¿Papá?

—¿Sofí? Entra, por favor, entra —dijo con celeridad.

Allí estaba, sentado en un sillón anatómico, intentando doblar el periódico con dificultad. Las manos, muy arrugadas, le temblaban.

Ver a mi padre tan cambiado me paralizó. Se le veía tan vulnerable, que se me encogió el corazón. Mi padre, aquel que todo lo podía, aquel que todo lo solucionaba, aquel que había sido mi particular príncipe encantador. Su atractivo rostro, ahora, delataba su debilidad. Se veía tan desmejorado, tan pálido...

Levantó los brazos invitándome a acercarme para poder tocarme. Recorrí el espacio que nos separaba y llegué hasta él. Nos abrazamos. Noté el dulce aroma a cítrico de su colonia, que me resultaba tan familiar. En aquel momento, el rencor acumulado se desvaneció y disfruté de aquel abrazo como si no hubieran transcurrido aquellos veinte años. Justo antes de la separación definitiva.

—Papá...

—Cariño... ¡Qué alegría tenerte cerca! Pero, qué preciosa estás...

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin pudor. Yo nunca había visto llorar a mi padre, aquello me conmovió.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado, hablemos. ¿Cuándo has llegado?, ¿dónde te alojas? ¿Te doy las llaves de la casa y te instalas allí? —Las preguntas salían de su garganta ronca sin censura y atropelladas.

—Papá...

No sabía qué decir. Ninguna palabra me venía a la mente. Mientras me quitaba la chaqueta, me senté en la silla que había junto al sillón. Levanté la vista para inspeccionar el lugar donde dormía mi padre desde hacía poco tiempo. Era grande teniendo en cuenta que se trataba de una habitación individual y así se lo comenté.

—Antes había otra cama, la que ocupó tu madre hasta que nos dejó. Por eso esta habitación es tan grande. Sigo leyendo tus pensamientos —dijo sonriendo a su pesar.

—¿Cómo te encuentras, papá? Tenemos tanto de qué hablar...

—Mientras nadie me reclame ahí arriba —dijo apuntando hacia el cielo—. Aquí estaré para responder a todas tus preguntas. Necesito explicártelo todo antes de irme, pero también necesito respuestas...

—Llegué ayer, estoy alojada en el Hotel Castle Combe Inn, y no, no quiero dormir en casa.

—Pero...

—Papá, de momento he reservado la habitación para una semana, después ya veremos lo que hago.

—Hija, ¿tienes hijos? ¿Marido? Qué es de tu vida, cuéntame.

Ya no pude más. No entendía que fuera yo quien tuviera que explicarse. Por el amor de Dios, ¡habían pasado veinte años! Y lo peor de todo, ¡sin saber nada uno del otro! La que tenía que hacer las preguntas era yo. Después, ya decidiría si había algo que pudiera compartir con él.

—No puedo hablar con sinceridad contigo si no aclaramos algo que es muy importante para mí...

Él permaneció en silencio. Era consciente de lo que yo necesitaba saber, pero le resultaba muy difícil hablar de aquellos tiempos tan dolorosos. Como lo miraba expectante, no tuvo salida. Empezó a relatar.

—Sofía, permitir que te marcharas fue el error más grande que he cometido en mi vida. No he tenido paz desde que te fuiste. Incluso en aquellos momentos en los que tu madre y yo disfrutábamos de algo de felicidad, siempre había una nube negra que ensombrecía cualquier atisbo de alegría.

Tuvo que parar. Hablar de su esposa le dolía.

—Sabes que tu madre fue mi vida. Los dos sabemos que vuestra relación no fue cordial y amorosa como corresponde a la relación existente entre cualquier madre e hija. Yo era consciente del carácter egoísta y dominante de tu madre y de la forma como te presionaba para someterte a sus deseos. Tú lo llevabas más o menos bien, porque te habías criado en aquel ambiente, pero yo sabía que su obsesión por protegerte te asfixiaba. Ella quería tenerte cerca, controlarte y se tomó como un ataque personal tu negativa a obedecer. Dijo que, a partir de aquel momento, dejabas de existir para ella. Y así fue. Lo cumplió. No quiso escuchar mis súplicas. Miles de veces te quise ir a buscar, pero llegó a decirme que, si me iba, que no volviera.

Su mirada se centró en sus manos, no podía mirarme. Aquello era demasiado vergonzoso para él.

—Fui débil, Sofía. Fui cobarde. Elegí. Me quedé con ella. Tú tenías las ideas bien claras, no querías regresar al pueblo. Querías demostrarte a ti misma y al mundo que podías arreglártelas sola. Tenías la edad perfecta para levantar el vuelo y vivir tu vida. En tu empeño, yo solo te estorbaría, así que, para no volverme loco, intenté convencerme de que estarías mejor sin mí, de que eras una mujer adulta con más agallas que cualquier hombre.

En la estancia, se hizo un silencio espeso. Tenía que asimilar aquellas palabras.

—Papá, puedo llegar a entender tus palabras, pero mamá...

—Mamá se ha ido sin volver a verte, Sofía. Sin volver a tocarte. Yo creo que no existe un castigo peor. Tu madre se infligió el peor de los castigos. Nunca reconoció su dolor ni me pidió que contactara contigo para despedirse. Ella sabía que se acercaba el final. Su enfermedad la fue apagando poco a poco. Sabía perfectamente que se iba para siempre.

¿Eran aquellas palabras ciertas? ¿Eran aquellas excusas suficientes como para borrar todo el dolor que había sentido al verme sola de repente sin unos padres a los que acudir en caso de necesitar ayuda? Un hervidero de pensamientos se agolpaba en mi mente.

Mientras asimilaba sus palabras, lo observé. Continuaba siendo atractivo a pesar de sus ochenta años. Se peinaba hacia atrás el escaso cabello blanco que le quedaba, dejando que las puntas se le rizaran en la nuca. Sus grandes ojos azules no habían cambiado, pero su mirada se había suavizado. Las arrugas que se arracimaban en el contorno le daban un aire simpático al

conjunto. Se había dejado crecer la barba, ahora blanca y bien recortada.

Ahí estaba, no me lo podía creer. De repente, sentí la necesidad de recuperar el tiempo perdido. Ahora me tocaba a mí. Tenía que hablarle de la situación en la que me encontraba. El desastre de mi corazón helado. Tenía que confesarle que no había conseguido lo que más quería en el mundo, tener un hijo. Que Carlos y yo habíamos construido nuestro matrimonio sobre cimientos de papel, que se acabaron derrumbando sin posibilidad de reconstrucción.

Tras mi confesión, nos quedamos en silencio durante un tiempo. El largo silencio que inundó la estancia se prolongó un buen rato. Mi padre esperó pacientemente a que yo reflexionara sobre sus palabras. Nos miramos durante algunos minutos sin decirnos nada. Y, entonces, le pregunté:

—Papá, ¿de qué murió mi madre?

—La mató el cáncer. De colon. Cuando se lo detectaron ya era tarde para tratarlo.

—¿Sufrió?

—No, cariño. Nunca lo hubiera consentido. Contraté a una enfermera que cuidaba de ella las veinticuatro horas del día. No me moví de su lado hasta el último de sus días.

—Y tú, ¿cómo estás ahora?

—Tranquilo. Siento que hice todo lo que estaba en mi mano para que tuviera una muerte digna y serena.

Otra pausa...

—Ahora mismo, contigo frente a mí, me siento eufórico... ¡como si me hubieran quitado veinte años de encima! Pero, cuéntame, hija. Dime, ¿cómo estás tú? ¿Qué es de tu vida?

Me cogió las manos. Con la cabeza gacha, las observé. Me impresionaron sobremanera, porque ellas sí que delataban su edad. Quizá su cara y su cuerpo no, pero sus manos evidenciaban el paso de los años. Las dilatadas venas azules se entrecruzaban marcando el camino de la vida. Varias manchas, quizá demasiado grandes, constituían el reflejo de sus ochenta años recién cumplidos. Fui una niña muy deseada que tardó mucho en llegar.

Ahora venía lo difícil. ¿Qué es de mi vida? ¿Por dónde empezar? Decidí simplificar.

—A ver, por donde empiezo...

Levanté los ojos al cielo pidiendo al universo que me indicara el camino a seguir.

—Mi situación ahora mismo es: recién divorciada, sin hijos, de excedencia en mi trabajo y sumida en un conflicto emocional incalificable.

Mi padre no dijo nada. Me miró animándome a seguir. No le había aclarado prácticamente nada. Es que era todo tan complicado...

—Papá, comprende que esto es muy difícil para mí.

Solté sus manos, me levanté y anduve por la habitación.

—Los últimos años los he pasado junto a un hombre que creía que me quería tanto como yo a él. Pero no he podido perdonarle su última mentira. Pero de eso te hablaré más adelante... Nos hemos separado porque no hemos podido ser padres. Y respecto a mi trabajo, me ha hecho feliz, aunque resultaba arduo, me dejaba la piel cada día. Lo hacía con gusto, pero creo que ahora lo que necesito es esto. Volver a mis inicios, reconectar contigo y reconciliarme con mi pasado.

Mi padre me miró de nuevo. Sus ojos continuaban húmedos.

—Aquí estoy, hija. Me has hecho el hombre más feliz de la Tierra. Ahora ya puedo morir tranquilo. Te he visto, te he tocado y he vuelto a sentir tu calor.

—Ni se te ocurra irte ahora, papá. Todavía tenemos mucho de qué hablar. —Le dije esto mientras sonreía junto a la ventana, mirando al exterior.

Él se levantó muy despacio y se acercó a mí. Me giré hacia él y puso sus manos sobre mis hombros. Me miró a los ojos. Nuestra altura era parecida, así que quedamos frente a frente. Como

vio que no lo rechazaba, me abrazó y se lo permití. Lo necesitaba tanto...

CAPÍTULO SEIS

DESCUBRIENDO

A JAMES

14 de diciembre de 2019

Nos despedimos y quedamos en que lo visitaría todas las mañanas para que pudiéramos ponernos al día. La felicidad se reflejaba en el rostro de mi padre. Aquella imagen me acompañó durante el camino que conducía hasta el hotel. No me podía creer la manera como le había abierto mi corazón. Aquello era nuevo para mí. ¿Estaba ante una nueva Sofia? Sentía que había representado el papel de mujer inflexible durante muchos años y que el regreso a mi país me había devuelto en pocos días a la niña que fui.

De repente me sentía más relajada, como si el peso que llevaba encima se hubiera aligerado a la mitad. Cuando entré en el pequeño hotel una sonrisa se dibujaba en mi rostro.

Lena estaba como siempre detrás del mostrador.

—Sofia, ¡ya estás de vuelta! ¿Cómo ha ido? —me preguntó, expectante.

—Muy bien, Lena, mejor de lo que esperaba. Me he reencontrado con mi padre y me he sentido muy feliz.

—Te esperaba para el almuerzo.

—Sí, lo sé. Lo siento, pero el tiempo ha volado sin darnos cuenta.

—Es normal, ¿quieres que te prepare algo en un momento?

—No, por favor, no te preocupes. La verdad es que no tengo apetito. Tomaré una infusión en mi habitación y descansaré un rato.

—Está bien, lo que quieras, querida. ¿Te apetece que, cuando descanses, nos veamos y charlemos un rato? Seguro que, a media tarde, te apetecerá comer algo.

—Seguro —contesté, riendo.

Subí a mi habitación. Hacía tiempo que no me sentía tan feliz. Se avecinaban días esperanzadores.

Aunque estaba nerviosa, logré descansar un rato. Cuando abrí los ojos, mi estómago protestaba ruidosamente, así que decidí bajar en busca de Lena. De camino al comedor, un aroma dulzón acentuó mi apetito.

Cuando llegué a la recepción me quedé allí parada, no sabía a dónde dirigirme, no era hora de comer ni de cenar; sin embargo, un aroma a bollería recién horneada inundaba la estancia. Eché un vistazo a la cafetería, allí no estaba Lena. Solo había tres personas tomando el té de las cinco.

Decidí regresar a mi habitación, pero, en aquel momento, me topé con los padres de mi amiga.

—¡Hombre, Sofia! —exclamó Emily—. ¡Qué alegría verte por aquí! Lena me comentó esta mañana que habías ido a visitar a tu padre. ¿Como está Sir Jones?

—Bien, cosa que me alegra muchísimo. Hablamos durante horas y tengo la intención de visitarlo cada mañana para recuperar el tiempo perdido.

—Nos alegra muchísimo que volváis a estar juntos, Sofia —dijo el padre de Lena.

—Sí, yo también, se lo puedo asegurar. —No quise dar explicaciones que fomentaran la curiosidad de aquellos ancianos, así que atajé preguntando por su hija.

—Está en su cocina particular, detrás de la casa. Ven, te acompañaré.

—Emily me agarró del brazo y me condujo por un pasillo que me había pasado desapercibido

el día de mi llegada.

—Hoy es su tarde libre, como dice ella. En realidad, libra dos tardes a la semana, deja el hotel a nuestro cargo y al cuidado de los camareros los días en que hay menos movimiento.

—Eso está muy bien —dije un tanto sorprendida.

Accedimos a la vivienda anexa por una puerta que parecía conducir al exterior. Emily llamó con suavidad y Lena, alegre, le indicó que entrara. Pasé con cierto reparo, pues era consciente de que aquella estancia formaba parte de las habitaciones privadas de mi amiga. Sin embargo, lejos de incomodarse, se alegró.

Me pareció que formaban una familia feliz. Los niños estaban, uno frente al televisor jugando con la consola y, la otra, chateando concentrada en la pantalla de su teléfono. Al mismo tiempo, balanceaba las piernas acostada boca abajo sobre la alfombra. Me quedé parada sin saber qué hacer. Me sentía como una intrusa en aquel escenario íntimo y familiar.

—Pasa, Sofía, no te quedes ahí parada. ¡Chicos, salud a Sofía! —gritó—. Mamá, gracias por acompañarla, después nos vemos... —Le habló realizando un aspaviento con la mano. Un gesto que sugería que la estaba invitando a marcharse.

Aquella despedida contundente me incomodó, aunque parecía que madre e hija respetaban la intimidad de cada una. Vivir bajo el mismo techo podía constituir una gran ventaja o resultar una pesadilla si no se establecían ciertas normas de convivencia.

—Bueno, aquí os dejo. Voy a buscar a mi anciano marido antes de que escoja a algún huésped despistado y le dé conversación, algo que resulta inadecuado cuando se acerca la hora de la cena. Adiós nietos míos, aunque no os hayáis dado cuenta, vuestra abuela ha entrado en vuestra casa. — La anciana abandonó la sala canturreando.

El excelente humor de la señora Smith me sorprendió.

—¡Chicos!

Los hijos de mi amiga me saludaron levantando una mano cada uno. Estaba claro que con un saludo al día ya tenían bastante.

—Ven, siéntate en aquel taburete. Acabo de hornear unos *croissants* que puedes mojar en este chocolate recién hecho.

Me volví hacia Lena. Me había quedado mirando la puerta por donde había salido su madre. Reparé en la ropa que llevaba puesta, ya que, desde que la vi por primera vez detrás de la recepción, siempre la había visto ataviada con su negro uniforme: traje chaqueta y pantalón ajustados y una placa con su nombre colgando del pecho. En esta ocasión, sus pantalones anchos y de mil colores contrastaban con su camiseta color azul petróleo. Los grandes pendientes color granate oscilaban mientras gesticulaba con cada frase y movimiento de las manos. El conjunto era cuanto menos curioso. Me sorprendió verla así vestida, pues se la veía muy distinta con el uniforme que solía llevar para trabajar. Aquel atuendo concordaba con su carácter abierto y divertido.

—Madre mía, Lena, huele de maravilla.

—Sí, como te has saltado una comida te sabrán a gloria.

Nos sentamos frente a frente. Ella sirvió dos tazas de humeante chocolate, las dejó sobre la mesa con un plato repleto de *croissants* recién horneados.

—Los niños ya han merendado. Intento que lo hagan temprano para que cenén pronto y se acuesten antes... ¡de que me pegue un tiro! —dijo, apuntando con el dedo índice su sien.

—¡No será para tanto! —exclamé mientras sonreía y la miraba por encima de la taza humeante.

—No sabes lo que cuesta compaginar el trabajo, la casa, el cuidado de los niños y el marido

—dijo levantando los dedos índice y corazón—. Hay días en que la situación me sobrepasa.

—No, no lo sé —dije bajando la mirada.

—Perdóname, Sofía, desconozco tu situación. No sé si tienes hijos o si los tienes y no vienen contigo, he hablado sin saber...

—No te preocupes, Lena. Sé que no lo has dicho con mala intención. —Exhalé un largo suspiro—. Hace menos de un mes que me he divorciado. Llevaba con Carlos, mi exmarido, dieciocho años.

—Lo siento mucho, Sofía.

—No te preocupes, era un matrimonio abocado al fracaso. Miré la taza como si allí fuera a encontrar las respuestas que necesitaba. Cuando descubres que lo has dado todo por un matrimonio que se sostenía sobre mentiras, sientes que el amor que sentías era, también, falso. No me dolió tanto dejarlo todo.

De repente aquella confesión me sorprendió.

—¿Hijos?

Levanté la mirada de la taza.

—No. No conseguimos tener hijos. Lo intentamos en muchas ocasiones, pero fue imposible.

No me atreví a confesarle que mi ex era estéril, que me lo había ocultado deliberadamente. Era demasiado doloroso para mí. Todavía no estaba preparada para expresarlo en voz alta.

—Bueno, dadas las circunstancias, casi mejor, ¿no?

—Sí, claro. Siempre es mejor romper con alguien a quien ya no te une nada. Sobre todo, cuando no hay hijos de por medio.

—¿A qué te dedicabas?

—Dirigía hoteles de lujo. Estudié duro para ello. De todas maneras, tengo que decirte que, si hubiera tenido la suerte de tener hijos, no hubiera dudado en pedir una excedencia para pasar más tiempo con ellos. El hotel me absorbía tantas horas, que no hubiera podido estar con ellos apenas.

—Cariño, no sabes cómo entiendo esto que me dices. Yo tengo la suerte de tener a mis padres cerca todos los días y así puedo compaginar mi papel de madre con el de dirigente de este pequeño hotel y, aun así, hay días que siento que no puedo más. Eso, sumado al trabajo extra que supone para mí pertenecer al *ampa*, hace que de vez en cuando parezca una olla a presión a punto de estallar.

—Explícame esto del *ampa*.

—Es muy sencillo. Te lo explico por encima...

—Sí, por supuesto. Suéltalo —dije apoyando mi barbilla sobre mis manos entrelazadas.

—Mira, en el colegio donde estudian mis hijos creo que son un poco pijos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues porque cada dos por tres nos están citando para reuniones soporíferas donde abordan temas tediosos como la alimentación de los hijos, que no deben comer ningún tipo de dulce, ni de chucherías, etcétera... no hablamos de temas importantes, como las extraescolares más recomendables para crear niños superdotados, o... no sé —dijo mirando hacia el techo—. Para repetirnos una y otra vez que no deben jugar con aparatos electrónicos más de una hora al día... Nos dicen cómo debemos criar a nuestros hijos. Que yo sé que lo hacen con buena intención, pero ahí llega mi pregunta: ¿cómo cojones se hace eso si me paso más de ocho horas al frente de un hotel? En muchas ocasiones delego en mi madre su alimentación, su educación... ¡todo!

Puse mi mano sobre la suya. La veía muy estresada.

—Si mis hijos se portan mejor delante de la tablet durante media hora más de lo establecido, pues bienvenidas sean las nuevas tecnologías —dijo levantando las manos—. Luego están las

madres perfectas. Esas que siempre van de punta en blanco. Las que no les dan una magdalena a sus hijos, aunque se mueran de hambre, y que te miran mal si no te ha dado tiempo de hacerles una merienda sana y les has llevado un par de donuts, que han recibido con una satisfacción que me alegra el día.

Su mirada se nubló. Estaba claro que, en el día a día, cada uno luchaba con un gigante distinto. Le sonreí y le agarré las manos para infundirle sosiego.

—Lena, me alegro de que te hayas sincerado conmigo. Quiero que sepas que aquí estoy para lo que necesites. Si algún día quieres que lleve a tus hijos al colegio, me prestas tu coche y los llevo —dije sonriendo—. No tengo mucha experiencia en esto de tratar con niños, pero supongo que es cuestión de ponerme en su lugar.

—Gracias, Sofia. Para eso están mis padres, pero me ha venido bien hablarlo. Estoy rodeada de madres perfectas, que lo hacen todo bien. Es cuestión de supervivencia. Es mi lema.

—Pero, cuéntame, ¿cómo has encontrado al señor Jones? —acepté el cambio de tema, solté sus manos, suspiré y volví a mi posición anterior.

—Me ha impactado, en serio. Me ha parecido un anciano, pienso que aparenta más edad de la que tiene. Pero mientras hablábamos, sus ojos brillaban y su rostro reflejaba alegría, así que me siento satisfecha. Hemos hablado largo y tendido y aclarado muchas cosas. Mañana echaré un vistazo a la casa y volveré a visitarlo. La verdad es que estoy deseando volver a verlo —dije sonriendo.

—Me alegro muchísimo de vuestro encuentro, Sofia. Me consta que te echaba de menos.

Lena colocó su mano sobre mi brazo e hizo una pregunta a la que ni yo misma me había enfrentado todavía.

—No has mencionado a tu madre, Sofia. ¿Quieres que hablemos sobre el tema? Quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—Ya lo sé, lo sentí desde el primer encuentro, Lena. Lo que ocurre es que llevo muchos años guardándome sentimientos, que para mí son dolorosos y me cuesta hablar de ellos. Te agradezco muchísimo que me hayas abierto las puertas de tu casa después de tantos años sin tener contacto. Pero te prometo que, poco a poco, aprenderé a confiar. Tengo ganas de soltar lastre y creo que ha llegado el momento de hacerlo. —Suspiré. Necesitaba tomar aire para tratar un tema tan delicado.

—Tú sabes el control que ejercía mi madre sobre mí. Con eso no quiero decir que mi niñez haya sido una etapa infeliz, al contrario, me sentía una niña querida. Pero cuando llegó el momento de regresar, yo no estaba por la labor. Tenía mi vida allí, mis amigos, mis estudios... no quería volver por nada del mundo. Tenía diecinueve años cuando nuestra relación se rompió de la peor manera posible. Mi madre no quiso escuchar mis razones, ella solo quería que su hija regresara con ella. No me perdonó. Y mi padre, no puedo culparlo, la quería demasiado, así que construí una vida sin ellos. El tiempo todo lo cura, así que su ausencia cada vez me dolía menos. Pero cuando recibí la carta de mi padre, me sentí como si el tiempo hubiera retrocedido y necesitara volver con él. Mi madre ya no está en este mundo y ya no puedo hacer nada por ella. Pero mi padre, sí. Y estoy dispuesta a recuperar el tiempo perdido. A todo eso se sumó mi reciente separación. Quizá haya sido el detonante que necesitaba para volver a mis raíces. Que ya no me atase nada allí.

—¿No has dejado a ningún amigo o amiga especial?

—Me imagino que te sorprenderás, pero las personas con las que me relacionaba eran amigos de mi marido. Sus esposas no confiaban en mí y yo tampoco en ellas. Ahora, desde la distancia, reconozco que fui la responsable de que no confiaran en mí.

—Pero, alguna razón habría, ¿no?

En aquel momento, se abrió la puerta. James, el hombre descortés y otro hombre, que supuse que sería el marido de Lena, entraron en la casa. Salvada por la campana, pensé.

—¡Hola, chicos! ¿Habéis descargado toda la leña del pedido? —preguntó Lena, impaciente—. Por cierto, cariño, déjame que te presente a mi querida amiga de la que tanto te he hablado.

Los dos hombres se miraron con resignación.

—¡Venga, amor! ¡Que es para hoy! ¿Queréis chocolate con bollería?

—Cariño, nunca nos das tiempo para responder. La próxima vez que lo hagamos damos media vuelta y nos vamos —amenazó el marido de Lena. Mientras me tendía la mano, sonreía.

—Hola Sofia, soy Austin. Encantado de conocerte. Lena me ha hablado mucho de ti, ¡y me ha contado lo mal que os portabais cuando erais pequeñas!

—No le hagas caso, Sofia, le encanta escuchar estas historias.

Austin, más bajo de estatura que su mujer, reflejaba tranquilidad y parsimonia. Hasta parecía moverse a cámara lenta. Eran polos opuestos. Su cabello moreno y rizado como el de su mujer, le daba un aire simpático, que hacía conjunto con su semblante amable y solícito.

James permaneció en la entrada paralizado como una estatua: no esperaba encontrarme en casa de su prima. Aquella situación me incomodó, así que decidí retirarme. No quería que aquel individuo se sintiera mal por mi culpa.

—Lena, creo que descansaré en mi habitación hasta la hora de la cena. ¡Aunque, después de la merienda opípara que me has ofrecido, no creo que pueda probar bocado en meses! No sé si podré comer en un mes después de haber probado tus *croissants* adictivos —aseguré mientras bajaba un pie del taburete en el que me encontraba sentada.

—No te vayas, por favor, Sofia. Quédate... James, pasa, que aquí no nos comemos a nadie, hombre —exclamó, Lena, mientras servía dos tazas de aquel chocolate exquisito.

James se acercó despacio. No recordaba que fuera tan alto... En el saloncito de Lena, su altura destacaba. Se sentó de mala gana en el taburete que había libre, justo a mi lado. La sensación fue perturbadora. Un hombretón tan grande y circunspecto resultaba intrigante. Murmuró no sé qué, a modo de saludo y ni siquiera me miró. Le contesté con una media sonrisa y los ojos bien abiertos.

—Austin, tú solo puedes comerte un *croissant*; James, tú los que quieras. Tienes la suerte de haber heredado los genes de los Smith. —Lena le guiñó un ojo—. Mi querido marido no tuvo tanta suerte, ¡huele mis *croissants* y engorda! —Se acercó a su marido y le plantó un beso rebosante de promesas.

—Cariño, no seas mala... ¡o me alimentas bien o no tendré fuerzas para nada más! —Le advirtió mientras le daba una palmadita en el trasero.

Aquella demostración de amor delante mío y de James me dejó sin palabras. A pesar de que prácticamente no nos conocíamos, compartían gestos cargados de provocación sin ningún pudor.

—James, ¿te ha dicho Austin que esta mañana ha llamado el comisario Grant? Le dije que lo llamarías —explicó Lena masticando medio *croissant*.

—Sí, esta noche lo llamaré.

Hombre, ¡por fin ha dicho algo! —pensé sorprendida. Me intrigó escuchar que lo había llamado un comisario: ¿estaría metido en algún lío? No me extrañaría, con ese aspecto...

—El comisario Grant es su inmediato superior en la comisaría de policía, además de un buen amigo de James, Sofia... —Parecía que Lena me había leído el pensamiento.

¿James, policía? Pocas cosas me sorprendían, pero debo reconocer que aquella información me dejó con la boca abierta. Si el tal Grant era comisario, James tenía que desempeñar el cargo de inspector jefe y, ¿qué hacía alojado en aquel pequeño hotel? ¿Estaba de vacaciones? Aunque me pareció recordar que Lena había dicho que estaría por allí una larga temporada. Reconozco

que me intrigaba...

—¿Qué tienes pensado hacer mañana? —me preguntó Lena.

—Me acercaré a casa de mis padres para ver en qué condiciones está. Además, me apetece muchísimo recorrer cada uno de sus rincones. Después, pasaré la tarde con mi padre.

—Muy bien, ¿necesitas ayuda? James es especialista en abrir casas —dijo, Lena, sonriendo.

James la miró frunciendo el entrecejo.

—No, por favor. No quisiera molestar. Estoy segura de que me las podré arreglar sola. No necesito ayuda —aseguré.

—Claro, no lo dudo, querida. Solo quiero que sepas que estamos aquí para lo que necesites.

—Sí, claro. Muchas gracias por tu ofrecimiento, Lena.

Me levanté. Necesitaba tomar el aire. Sabía que Lena actuaba de forma bienintencionada, pero no quería abusar de su confianza.

Antes de que yo pudiera objetar nada, Lena se adelantó.

—¿Sabéis qué estoy pensando? Tengo en la nevera *cottage pie* para un regimiento y unas botellas de un *Chardonnay*, que me apetece muchísimo abrir.

Nos mostramos indecisos, así que realizó un mohín.

—Venga, no me digáis que no, por favor. Pensad en mí... —Cruzó las manos como si realizara una oración. Llevo trabajando, cuidando, sirviendo y no sé qué más añadir, demasiado tiempo. Sofía, celebremos nuestro reencuentro, ¡es mi noche libre!

La súplica de Lena me conmovió, no fui capaz de negarme. Miré a James directamente a los ojos por primera vez y él me devolvió la mirada. ¡Vaya ojos!

CAPÍTULO SIETE

PAP Á , ¿ REGRESAMOS?

14 de diciembre de 2019

No sé cómo se las apañó Lena, pero en un santiamén contactó con su madre y dejó a los niños al cuidado de la abuela. Estaba eufórica, ya que pocas veces se permitía una noche libre. Qué caprichosa podía ser la vida. En mi juventud, había disfrutado de fiestas y acontecimientos, de los que me sentía hastiada. Sin embargo, Lena estaba ávida de ellos. Estaba claro que, en un pueblo tan pequeño como aquel, entretenimientos, había pocos. La capital estaba a poco más de dos horas en coche, pero aquello no constituía un problema para aquel matrimonio. Sin embargo, su horario resultaba incompatible con el horario del resto de los mortales. Ella trabajaba cuando los demás libraban.

Lena gesticulaba y parloteaba mientras preparaba el aperitivo y nos servía una copa de un vino delicioso. Juntos, nos dirigimos a la zona donde estaban los sofás, mucho más cómodos que los taburetes que habíamos utilizado aquella tarde.

Tomamos asiento, los cuatro, alrededor de la pequeña mesa central. Lena había servido cuatro platitos para que matáramos el hambre hasta la hora de cenar. Antes de que me diera cuenta, Lena estaba sentada junto a su marido en un sofá, así que no me quedó otro remedio que sentarme en el otro junto a James. La situación era bastante surrealista, pero la primera copa que había consumido mientras preparábamos la mesa, me ayudó a superar la incomodidad que sentía al estar sentada junto a James.

Estaba claro quién llevaba la voz cantante, cosa que agradecí infinitamente en silencio. Pero no duró mucho, Lena no tardó en someterme al interrogatorio.

—¿Te acuerdas cuando fabricamos aquel barquito de papel y lo dejamos navegar río abajo? — me preguntó entre risas.

—¡Si!;No recordaba aquella anécdota! Acabamos las dos empapadas y hasta las rodillas de cieno. Nuestras madres tuvieron que irnos a buscar porque se nos hizo tardísimo. Y nos ganamos un cachete —confesé animada.

Noté la mirada fija de James. Me giré y me decidí a preguntarle. No soportaba su silencio perturbador.

—Bueno, James, por lo que he intuido eres policía. ¿Qué te trae por aquí? ¿Te han adelantado las vacaciones de Navidad?

—No, estoy de baja.

—¿Estás enfermo? No lo sabía, lo siento...

—Bueno... Si se puede decir que la mente enferma, pues sí, estoy enfermo.

Tras su respuesta, se hizo un tenso silencio. Me observó intensamente, esperando alguna reacción por mi parte. No sabía qué decir. Ignoraba qué le ocurría. Tenía que ser algo grave. Por norma, los policías estaban entrenados para afrontar situaciones de estrés.

Como nadie hablaba, Lena decidió intervenir. Era una buena anfitriona, pensé con alivio.

—James, espero que pases las Navidades con nosotros...

—Me temo que así será. Agradezco vuestra hospitalidad, Lena.

—Venga, no me vengas con esas, sabes que eres como un hermano para mí.

Al ver que la reunión se estaba marchitando, Lena se levantó, puso música alegre y el mal ambiente que se había creado a raíz de mi inocente pregunta se desvaneció.

Continuamos conversando sobre temas triviales, como la inminente llegada de la Navidad y las múltiples formas de vivirla. Fue una velada agradable, James logró relajarse y soltó alguna risa que le iluminó la cara.

Cuando terminamos de cenar, James se ofreció a acompañarme a mi habitación. Me quedé de piedra, pero no lo rechacé. Quería ganarme su confianza, aunque no sabía muy bien por qué.

Nos despedimos de Lena y Austin, entre risas y bajando la voz, para no molestar a los huéspedes que dormían. Tambaleantes, subimos las escaleras. Nos habíamos bebido tres botellas de vino y se nos había subido a la cabeza.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, James me explicó que se alojaba en la planta de abajo. Aquello me arrancó varias carcajadas que intenté sofocar para no despertar a nadie.

—¡Ahora tienes que volver a bajar, James! ¿Para qué me has acompañado? ¿Creías que me iba a perder? —No podía parar de reír. Estaba achispada a causa del vino y no paraba de hacer y decir tonterías.

Aquella situación, a James le pareció divertida. Se apoyó en el quicio de la puerta y, de repente, recobró la seriedad.

—Ha sido una noche divertida, gracias por compartirla con nosotros, Sofia. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Sé que puedo ser insoportable. Pero, como ya te he dicho, estoy atravesando una etapa difícil.

Nos miramos con intensidad.

—¿Quieres que te acompañe mañana a casa de tus padres? Me aburro mucho estos días, me ayudará hacer algo que no sea comprar leña o hacer recados que mi tía, insufrible, me manda para mantenerme entretenido.

Aquello me pilló desprevenida. Nunca hubiera imaginado que James se ofrecería a hacer algo así, tan íntimo y acepté. Su compañía me apetecía mucho, no sabía por qué...

—¿Has cambiado de opinión? —pregunté para pincharle un poco—. En serio, me parece bien.

—Entonces, nos vemos en el comedor a la hora del desayuno. Buenas noches, Sofia. Que descanses.

—Buenas noches, James.

Pero ¿qué me pasa?, pensé cabreada. He actuado como una quinceañera. Estaba más nerviosa que el día de mi boda. Me toqué la cara. Sentía tanto calor... Aquello no me lo esperaba. Embarcarme en otra relación no entraba en mis planes. Mi intención al abandonar España era aclarar lo que sentía hacia mi padre y, tal vez, regresar tan pronto como me resultara posible.

Pero ¿estaba loca o qué? ¿Es que no tenía suficientes problemas?

Bueno, decidí que tenía que acostarme e intentar dormir. Mañana será otro día, me dije.

Aquella noche soñé con James. Sus fuertes brazos me envolvían mientras bailábamos al son de una música lenta y acariciante que, cuando desperté, no conseguí recordar.

15 de diciembre

Al día siguiente, cuando bajé al comedor pasaban de las diez. Me había dormido y el dolor de cabeza solo era comparable con el enfado que sentía por haber caído en los brazos de Morfeo. No recordaba haberme sentido, jamás, de aquella manera. Estaba claro que la nueva Sofia se imponía por momentos. No pretendía hacer esperar a James, así que me puse lo primero que encontré y bajé rápidamente los escalones que daban al comedor. Pospuse la ducha, pero comprobé que mi pelo estaba bien sujeto gracias a la goma que ocultaba debajo del moño.

Allí estaban Lena y James, charlando tranquilamente.

—Mira, la bella durmiente. ¡Qué suerte tienen algunas, que pueden desconectar el despertador!
—bromeó, Lena, sonriente.

—Buenos días para ti también. ¿No os duele la cabeza, chicos?

—No, querida. —Mi amiga sonrió—. Me mantengo en pie gracias al analgésico que he tomado a primera hora de la mañana.

—Buenos días —dije escuetamente a James—¿Has almorzado ya?

—No, a mí también se me ha hecho tarde... Me acabo de levantar, lo que pasa es que la fiesta, a juzgar por tu aspecto, te ha sentado peor que a mí.

Bajé la mirada y con cierto bochorno comprobé que llevaba el jersey del revés.

—Ahora vuelvo —dije levantando un dedo.

Regresé a mi habitación a toda prisa mientras maldecía lo despistada que parecía últimamente. Antes, disfrutaba teniéndolo todo bajo control. Aquello me costaría una enfermedad.

Regresé al comedor. Cuando James me vio, se levantó, galante, y me invitó a sentarme. Lena había colocado una plaquita sobre la mesa, donde se indicaba el número de habitación de ambos: La uno y la seis.

—Ahora ya sé en qué habitación duermes —aseguré con gracia.

—Sí... Lena ha querido reírse un poco a nuestra costa. De este modo, los clientes no tienen que buscar un sitio donde sentarse. Todo está previsto de antemano. Esto lo hacen porque a los clientes les da seguridad bajar al comedor y ver su número de habitación y no tener que andar buscando sitio. Además, como hay mesas de diferentes tamaños, se aseguran de que una parejita no ocupe el lugar reservado a una familia.

—Ah, pues está muy bien pensado. Claro, esto no se puede hacer en hoteles con capacidad para cientos de huéspedes. Sería una locura.

James arqueó las cejas y me miró, así que le expliqué en qué trabajaba antes de emprender aquel viaje.

—Entonces eres una experta en el mundillo hotelero.

—Se puede decir que sí...

El camarero se acercó y nos preguntó qué nos apetecía desayunar. Los dos coincidimos: un café con leche y tostadas con mantequilla.

—Eres una caja de sorpresas. Directora de hoteles de lujo, nada menos.

—Pues tú no te quedas atrás, inspector jefe de policía, nada menos...

—¿Cómo sabes el rango que ocupo en el cuerpo de policía? —me preguntó, agarrando su barbilla con los dedos pulgar e índice, gesto que repetía constantemente.

—Que sea rubia no significa que no tenga cultura —argumenté, retándole con la mirada.

—Nunca he pensado semejante estupidez.

—Me alegra saberlo —dije sonriendo.

—Además, yo también soy rubio... —Me guiñó un ojo.

Era rubio, sí. Sus cejas, sus pestañas lucían del color de la miel.

Cuando terminamos el segundo café, decidimos que ya era hora de acercarnos a casa de mis

padres. Nos despedimos de Lena, que andaba ajetreada y nos saludó con aire distraído.

Cuando llegamos a la casa, me detuve unos segundos en la entrada. Cogí el llavero que mi padre me había dado e introduje la llave en la cerradura. Me temblaban las manos. Antes de entrar, suspiré.

La puerta se abrió sin problemas. Entramos y lo que vi me dejó sin palabras. Al ver que me paralizaba, James me puso la mano sobre la espalda, animándome a avanzar.

—Sofía —susurró—. Ve, inspecciona la casa a tu aire. Yo solo he venido para acompañarte, no quiero invadir tu intimidad. Te espero aquí, no tengas prisa.

Su voz me sonó muy lejana, pues yo estaba lejos, muy lejos de allí.

Avancé hacia el salón. El estilo me resultaba familiar, a pesar de que lo habían renovado por completo: telas, cortinas, suelos... las paredes se habían pintado recientemente. No había ni un solo desperfecto.

Habían intentado mantener los colores y texturas de antaño. Era como estar en la casa que habité cuando era niña, pero con un aire renovado. Subí lentamente las escaleras que conducían al piso superior, que se veía, también, remodelado. Entré en mi antigua habitación y me quedé de piedra, pues estaba tal como la había dejado, aunque habían realizado algunos cambios sutiles. El edredón del mismo color beige bajo el que dormía abrazada a mi osito de peluche, que también descansaba relajado sobre la cama, como esperándome. Me senté en ella y lo abracé rememorando aquellos días en los que el muñequito de trapo consolaba mis berrinches de niña cabezota. La sensación era indescriptible. Era como regresar al pasado.

Sentada en aquella cama, tomé la decisión más importante de mi vida, después de la ruptura de mi matrimonio: traería a mi padre de vuelta a casa. Quería estar con él allí, donde me crie. Necesitaba recuperar el tiempo perdido. Como no podía hacerlo con mi madre, lo haría con él. Por supuesto, tendría que plantearse; esperaba de todo corazón que aceptara.

Con determinación, bajé al salón principal donde esperaba James. Lo encontré apoyado sobre la repisa de la chimenea, contemplando una fotografía en la que se me veía soplando las velas de mi sexto cumpleaños. Me miró, la volvió a dejar en su sitio y me interrogó con la mirada.

—James, necesito recuperar a mi padre. Quiero que vivamos juntos aquí. Quiero pasar los años que le queden de vida junto a él.

—Creo que debes hacer lo que te dicte tu corazón.

—Así haré. Vámonos, necesito decírselo.

Mientras salíamos, le comenté que habían redecorado todas las estancias manteniendo los tonos y texturas de antaño. Estaba claro que mi padre había conservado la casa. En pocos minutos saldría de dudas, pero me daba la impresión de que había contratado una empresa de limpieza que se encargaba de que la casa luciera así de limpia y ordenada. Parecía que alguien estuviera viviendo allí. Yo había esperado encontrarme con una vivienda abandonada y llena de polvo y para nada había sido así.

—Por cierto, eras una rubita preciosa.

Lo miré desconcertada. No me esperaba un cumplido de alguien como él. Desde luego, la opinión que yo tenía de su persona había cambiado de la noche a la mañana.

—Mi madre se encargaba de mantenerme siempre bien peinada y bien vestida. No soportaba verme con cualquier trapo. Sin embargo, yo prefería jugar con mi padre a la pelota y olvidarme de los buenos modales y del control postural al que mi madre me sometía una y otra vez.

Cuando salimos de casa le dije que no pasaría por el hotel, que me iba directamente a encontrarme con mi padre. Nos despedimos y acordamos que quizá nos veríamos de nuevo por la tarde.

De camino a la residencia de mayores, pensé en James. Realmente, apenas lo conocía, sin embargo, le había permitido que me acompañara a casa de mis padres. No me reconocía. Pero sentía que podía confiar en él. En aquel momento pensé que tenía que hablar con Lena seriamente y preguntarle si, realmente, era un hombre digno de confianza. No sabía nada de su vida.

Encontré a mi padre en el mismo sitio donde estaba el día anterior. La sonrisa que se dibujó en su rostro cuando me vio, lo decía todo.

—Hola, cariño. ¡Qué alegría verte! ¿Como estás hoy?

Me acerqué a él y le cogí las suaves manos. Lo miré a los ojos.

—Papá, acabo de salir de tu casa. Tengo una pregunta que me intriga. ¿Cómo te las has arreglado para mantenerla tan bien?

—¿Te ha gustado? Cariño, tu madre y yo trabajamos desde aquí con la ayuda de un contratista. Él iba y venía prácticamente a diario para enseñarnos los avances. No te imaginas lo felices que nos hacía mantener la casa en perfectas condiciones.

—Papá, déjame decirte algo. En cuanto he entrado en casa, he sentido que necesito volver a vivir allí.

—Claro que sí, Sofía. Siempre soñé con que volvieras a vivir en ella.

—Papá, no me he explicado bien. He sentido que necesito vivir allí, pero contigo. Los dos juntos, asomarnos a la ventana, ver pasar a los transeúntes y adivinar a dónde se dirigen... ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, mi niña. Cada día recuerdo ese y mil momentos más junto a ti.

—Entonces, ¿aceptas?

Sus lágrimas fueron la respuesta que esperaba. Lo abracé. Lo sentía tan frágil, que un dolor dulce atravesó mi corazón.

—Bueno, papá. Tengo que arreglar algunas cosas antes de realizar la mudanza. Pero en cuanto lo tenga todo atado, vendré a por ti y jamás volveremos a separarnos.

—Cariño, no corras tanto, tengo que explicarte algo. Necesito ayuda continua a causa de mi salud. Apenas tengo movilidad y aquí estoy perfectamente atendido. No quiero ser una carga para ti, ahora que empiezas una nueva etapa...

—Contrataremos un asistente personal que nos ayude. Tengo algunos ahorros y soy una mujer de recursos. —Bromeé, irguiendo, altiva, los hombros.

—Sofía, el dinero no es problema, hija. Con mi pensión y la herencia que recibimos del tío Frank, tienes la vida resuelta.

Aquello me sorprendió, desde luego.

—Entonces, ¿dónde está el problema? ¿Temes molestarme? Venga papá, llevamos veinte años sin vernos, ¿no crees que tenemos derecho a recuperar parte del tiempo que hemos perdido?

Lo sopesó unos cinco segundos y asintió en silencio. Estaba claro que la idea le ilusionaba más de lo que quería reconocer. Continuamos hablando un rato más y planeando un futuro incierto, pero lleno de ilusiones compartidas.

Salí de la residencia y me dirigí de nuevo al hotel. Solo me faltaba cantar. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan llena de vida. Era como si hubiera despertado de un sueño. Interpretando el papel de perfecta esposa, que en nada me definía, nunca me hubiera sentido feliz. El futuro que se presentaba ante mí me ilusionaba. Una vida que tenía que recorrer poco a poco, con lo que aquello acarrearía.

Entré en el comedor a eso de la una. Todos los huéspedes disfrutaban de la comida, entre las conversaciones familiares y el entrechocar de platos y cubiertos.

Encontré a James sentado en su mesa de costumbre. Como siempre, solo y pensativo. Al verme,

esbozó una sonrisa sugerente. Con el tiempo, comprendería que aquel gesto le definía. Su sonrisa no expresaba lo mismo que su mirada triste. Me percaté de que la plaquita con el número de mi habitación estaba en la mesa de James; aquello me hizo gracia y me acerqué a él, sonriendo.

—Está claro que Lena ha decidido que no goces de intimidad a la hora del almuerzo. Si quieres estar solo, dímelo y me voy a la mesa que queda libre, que en realidad es la mía.

—No, para nada... siéntate, por favor.

Todavía no le habían servido el almuerzo, solo la bebida: agua. Me senté frente a él y nos miramos en silencio.

Aquellos ojos profundos escondían sufrimiento. Pude fijarme bien en el color tan inusual que tenían. Me recordó al azul turquesa de las playas caribeñas. Después de unos segundos, apartó la mirada; el pulso lo había ganado yo, pensé tristemente. No entendía aquel cambio en su actitud, tan solícita por la mañana.

—Bueno, cuéntame cómo te ha ido con tu padre. ¿Ha aceptado tu proposición?

—Sí. Le ha costado un poco asimilarlo, pero se le veía ilusionado. Estoy deseando regresar a nuestra casa con él. Estoy muy contenta, en serio...

—Me alegro mucho, Sofía. No hay nada como ver cumplidos nuestros sueños.

Sin duda, aquel hombre era un enigma. Por suerte, el camarero se acercó rompiendo el tenso silencio que se había creado entre nosotros. Nos ofreció el menú del día y elegimos sin problema, pues cada plato que mencionaba despertaba el apetito más que el anterior.

Pasamos la prueba del almuerzo con aprobado raso. Realmente, me desconcertaba su actitud. Por la mañana se había mostrado accesible, incluso había recibido un piropo disfrazado. Sin embargo, en aquellos momentos, su hermetismo enrarecía el ambiente haciendo que la situación resultara incómoda. Menos mal que Lena apareció y, acercando una silla a nuestra mesa, con su conversación alborotada y alegre rompió el tenso silencio en el que nos habíamos sumergido.

Le conté las novedades y, como no podía ser de otra manera, mostró su alegría de forma escandalosa. Menos mal que los huéspedes asiduos la conocían y sonreían cada vez que levantaba la voz.

—¿Conoces a alguien que pueda ayudarme con mi padre? —Le pregunté con esperanza.

—Déjame que lo piense...

—No te preocupes, no es urgente. Me vendría bien alguien con conocimientos de fisioterapia. Necesita que sus músculos se ejerciten a diario.

—Pues, ahora que has dicho lo referente a la fisioterapia, ¿conozco a una chica que acaba de terminar la carrera y está buscando trabajo! —exclamó a voz en grito.

—Vale, pues si tú la conoces y puedes contactar con ella, que venga a hablar conmigo para entrevistarla, ¿de acuerdo?

—Claro querida, eso está hecho.

—Gracias, Lena, eres un sol. —Le cogí la mano. Lena me sonrió con aire de suficiencia.

—Aquí estoy para lo que necesites, te lo dije.

—Sí, lo sé. Bueno... —Suspiré, cruzando las manos sobre la mesa—. Esto va encarrilado. Estoy contenta, creo que voy a subir a la habitación para ordenar un poco mi mente. Bajaré a la hora del té.

Diciendo esto, me levanté. James me miró con la intención de decir algo, pero de sus labios no salió nada más.

Decidí que aquello no tenía que importarme más de lo debido. Mis fuerzas y mi atención debían centrarse en mi padre, pero no podía evitar pensar en James y sentir curiosidad, algo que no era propio de mí. Pasé las dos horas que estuve en mi habitación planeando el cambio de

residencia. Ideé hasta el más mínimo detalle. Echada en la cama, mirando el techo, mi mente visualizaba cada uno de los movimientos que realizaría al día siguiente. Cuando ya hube organizado mis ideas regresé al comedor. El ambiente navideño invitaba a tomar el té con los turistas, que llenaban el hotel. Ver a los matrimonios interactuando con sus hijos me parecía divertido, puesto que no estaba acostumbrada. Me alejaba de la realidad en la que había vivido hasta ahora. No obstante, aquel ambiente familiar hacía que me sintiera muy sola.

Aunque Lena me daba todo el cariño y la atención que necesitaba, tenía que reconocer que casi siempre estaba ocupada atendiendo a unos y a otros, como era normal. No podía pedirle más, por supuesto, demasiado hacía por mí.

Me senté junto a la barra del comedor y pedí un té. Con él en la mano, me acerqué a la zona de la chimenea, por suerte había dos silloncitos libres de aspecto acogedor, así que decidí ocupar uno de ellos, al calor de la lumbre.

La familia que compartía la habitación número cuatro jugaba al *Rummy* en una mesa que había junto al gran ventanal. La parejita de la cinco se susurraba palabras y se hacía carantoñas, con las manos unidas sobre una pequeña mesa presidida por dos tazas de humeante chocolate. La estampa resultaba acogedora. En el exterior, se intuía el frío típico de mediados de diciembre. La luz tenue que irradiaban las velas que alumbraba la sala invitaba a soñar. A soñar que yo era una turista más, con una familia que estaba a punto de aparecer por las escaleras. Aquel pensamiento me hizo sonreír. Soñar era barato. Parecía una adolescente dejando mi mente volar deseando algo que seguramente nunca conseguiría.

—¿Puedo acompañarte?

Di un respingo y derramé buena parte del té sobre la mullida alfombra y parte de mis pantalones.

—Oh, lo siento, no pretendía asustarte... —dijo entregándome un pañuelo de papel, que sacó del bolsillo de sus pantalones.

Acepté el pañuelo, pero el pantalón apenas se había manchado; la alfombra había sufrido peor suerte.

—No te preocupes, estaba distraída.

—¿Puedo? —dijo señalando el sillón libre que quedaba a mi lado.

—Por supuesto. —Señalé el sitio con la mano.

—Aquí se está de lujo. Es un rincón perfecto. Lena ha hecho un gran trabajo en esta zona del salón. Y las velas, muy buena idea.

—Está claro que tu cabeza sigue trabajando. Deformación profesional, se llama. Lena me dijo la cadena hotelera donde trabajabas, es una de las mejores... —Me sorprendió que hubieran hablado de mí, pero no me molestó.

—¿Y qué más te ha contado la cotilla de tu prima? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Nada más, no te preocupes. Mi prima es escandalosa y quizás un poco vulgar, pero es buena persona, te lo puedo asegurar.

—No lo dudo, me lo ha demostrado en más de una ocasión. He tenido mucha suerte al volver a encontrarme con ella.

Nos quedamos mirando el fuego en silencio. Volví la mirada hacia él, su expresión era inescrutable.

—Entonces eres poli. ¿De los buenos o de los malos?

—Espero que de los buenos —dijo, sonriendo, sin apartar la mirada del fuego.

—A mi marido le encanta la serie C.S.I. —Contemplé el fuego yo también.

—Tienes un marido en España.

No fue una pregunta fue una afirmación.

—Bueno, un exmarido en realidad. Todavía no me he familiarizado con la palabra. Hace poco más de un mes que vuelvo a estar soltera.

—Oh, sé de lo que hablas.

—¿Tú también eres un nuevo soltero? —Cada vez que mencionaba esa palabra me daba la risa.

—Pues no sé si esa definición se puede aplicar a una persona entrada en años como yo... — Sonrió—. No sé, definirme como soltero con cuarenta y cinco años, me parece que no va conmigo.

—Entonces, ¿qué es lo que va contigo?

Reí con ganas. La situación era cuanto menos burlesca. Para dos adultos de más de cuarenta años que se acaban de separar, que han vivido prácticamente media vida en pareja, volver a llamarse *soltero* sonaba raro. Tal vez la palabra divorciada me definía mejor, considerando mi edad. En el fondo era una tontería como una catedral, pues, realmente, mi estado civil en aquellos momentos era soltera.

—Quizá no deberíamos preocuparnos por definir nuestro estado... —dijo zanjando el tema.

Otro silencio. Podríamos haber terminado la noche así, cada uno sumido en sus pensamientos, pero quería saber de él... algo que resultaba inusual en mí. Aquel hombre me atraía más que cualquier otra persona que hubiera conocido.

Levantó la mano para llamar la atención del camarero, que pasaba por nuestro lado.

—¿Te apetece una copa? Ya ha pasado la hora del té. Ahora, toca copa.

—Sí, claro. Creo que me apetece algo dulce, un Martini blanco...

Pidió mi bebida y un Wiski con hielo para él.

Cuando nos sirvieron la copa, me atreví a preguntar algo que me rondaba desde que lo conocí.

—James, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Volvió la mirada hacia mí.

—Depende de lo personal que sea —contestó, entrecerrando los ojos con la copa en la mano.

No sabría definir la expresión de su rostro.

—Bueno, yo pregunto y tú decides si contestas.

—Dispara.

—Cuando Lena nos presentó, dijo que erais como hermanos.

—Ah, es eso. Sí, a eso puedo contestar —dijo sonriendo.

No sé qué pensó que quería preguntarle. Dejó la copa en la mesita, entrelazó las manos sobre su regazo y se acomodó como si la historia requiriera toda la noche.

—Mi madre, hermana de la madre de Lena, murió cuando yo tenía diez años. Y cuando acababa de cumplir los doce, mi padre también enfermó y me quedé huérfano. Desde aquel momento, viví con mis tíos, así que Lena y yo crecimos como hermanos. Al principio, le costó compartir conmigo a sus padres, pero cuando superamos la adolescencia llegamos a querernos como si lo fuéramos. Esta familia me ha tratado como uno de ellos y, eso, jamás lo olvidaré.

—Sí, se ve a la legua que son personas cercanas. Me alegro de que no tuvieras que vivir en hogares de acogida. Me imagino que una situación así puede marcar para siempre a un niño.

—Sí, pero cuando tuve la edad suficiente me marché a estudiar a la capital. Acabé la carrera e ingresé en el cuerpo de policía.

Estaba claro que alguna cosa me ocultaba. No me había dicho por qué estaba de baja. Pero evidentemente no iba insistir. Faltaría más.

—Y ahora te toca a ti. ¿Qué te ha traído al pueblo? ¿Te vas a quedar?

—Vaya... tus preguntas son más complicadas que las mías, ¿no crees?

Hizo un ademán al camarero y pidió dos copas más. Debió pensar que aquello me ayudaría a

soltarme. Cuando llegó la bebida le di un buen trago: empezaba a relajarme.

—No sé si sabrás que, en los últimos veinte años, no he mantenido contacto alguno con mis padres. Mi madre murió sin que llegáramos a reconciliarnos. Justo cuando acababa de divorciarme recibí una carta de mi padre. Me pedía que regresara, quería volver a verme antes de morir.

»No me lo pensé, nos habíamos equivocado al no dar el brazo a torcer y, a consecuencia de ello, estuvimos muchos años separados, estoy dispuesta a recuperar parte del tiempo perdido.

—¿Y después?

Qué gracioso, eso no me lo había planteado. Siempre había planeado hasta el último detalle de mi rutina diaria. Vivía aferrada a mi agenda... Ahora, no me reconocía.

—Me acabas de tumbar. No lo sé, James. Voy a vivir el día a día. Hace unos años leí un libro que me pareció una estupidez. Nunca imaginé que acabaría aplicándolo.

—¿Y se puede saber a qué libro te refieres?

—Sí, claro. Se titula *El poder del ahora*, de Eckhart Tolle. Alguien me lo recomendó en un período de estrés, pero en aquel momento no me sentí identificada con el contenido. Ahora, reflexionando sobre su lectura, creo que viene a decir que vivas el presente. Y eso es lo que hago en este momento. Creo que he vivido demasiado tiempo pensando en el futuro y he perdido de vista un presente lleno de oportunidades.

James me miró con intensidad, pero no tardó en sumergirse en sus pensamientos.

—Ojalá fuera tan fácil. Vivir el presente es complicado. El ser humano tiende a vivir en el futuro o en el pasado. Pero ¿cómo borras el pasado de tu mente? No es tan sencillo.

Dicho esto, volvió su mirada hacia el fuego nuevamente, el brillo de sus ojos delataba que había algo en su pasado que dolía demasiado como para ser revelado.

—Sí, no es nada fácil. Cuesta mucho, pero ¿quién dice que la vida sea fácil? Yo lucho cada día contra el recuerdo de Carlos. Intento que no me afecte, pero lo recuerdo constantemente, me despierto por la mañana, veo el otro lado de la cama vacío y me siento extraña...

Acaricié el filo de mi copa, como si aquel gesto me pudiera proporcionar el consuelo que necesitaba.

—Pero, al mismo tiempo, aparto esos pensamientos y me concentro en el nuevo proyecto que me ha traído aquí. Recuperar a mi padre. Ahora mismo, es lo que más me preocupa y me interesa. Después, ya vendrán otras ilusiones o, por lo menos, eso espero. Me he dado cuenta de que he pasado muchos años persiguiendo un sueño que no se ha cumplido y que por ello he descuidado el día a día y no he disfrutado de los pequeños placeres que ofrece, por ejemplo, un día de primavera.

—Qué fácil lo describes. Admiro tu determinación y tu voluntad. —Me miró con la cabeza gacha—. ¿Qué fue lo que te obsesionó durante tantos años?

—El deseo de ser madre.

No me lo podía creer, lo había dicho. Así, sin pensar.

James levantó la cabeza. Pude comprobar que lo había sorprendido. El brillo de mis ojos pudo esconder lo que dolía aquella confesión, mucho más que hablar de mi divorcio. Aquello me dolía en lo más hondo. No haber conseguido lo que tanto deseaba y que no podía comprarse con dinero. Hubiéramos podido recurrir a un donante, pero yo quería un hijo de Carlos. Y nadie nos aseguró que aquello fuera imposible. Y así pasaron los años, hasta que descubrí que mi marido me ocultaba que era estéril.

—Él sabía lo mucho que deseaba ser madre, sin embargo, me ocultó deliberadamente su esterilidad. Por qué lo hizo, no lo sé. Ahora ya es tarde para explicaciones. Es posible que él no

deseara tener un hijo, pero no le perdono el engaño. Es demasiado doloroso.

El nudo en la garganta hacía que mi voz sonara distorsionada. Él alargó la mano y cogió la mía. Nos miramos con intención. Sentir su tacto fue electrificante. El corazón me latía con fuerza, pero sentía que no era el lugar ni el momento de complicarse más la vida. El día siguiente iba a ser intenso y necesitaba estar concentrada en otra cosa que no fueran los maravillosos ojos de James.

A partir de aquel momento conversamos sobre temas triviales hasta la hora de la cena. La verdad es que el tiempo voló. Descubrí en James un gran conversador, ¡hasta tenía sentido del humor! Lena se acercó cuando llegamos al postre. Se dejó caer en la silla suspirando y maldiciendo la Navidad. Por supuesto, lo decía en broma. La decoración navideña del hotel reflejaba su amor por aquella festividad. Los gnomos de la Navidad aparecían donde menos te lo esperabas, con sus largas piernecitas de trapo colgando de la chimenea, de las repisas y de los escalones. Todos los adornos lucían decorados en blanco, rojo, verde y dorado.

A medianoche, decidimos que había llegado el momento de retirarse a descansar y nos despedimos cordialmente, como se despiden dos amigos que han alcanzado un mayor grado de intimidad.

CAPÍTULO OCHO

ILUSIONADA

16 de diciembre de 2019

La mañana del 16 de diciembre quedará grabada en mi memoria para siempre. Fueron un cúmulo de sensaciones, emociones, nervios, agotamiento... imposible describirlos.

Mi padre ayudó tanto como pudo. Formábamos un gran equipo: él daba instrucciones y yo actuaba. Aunque cada dos por tres se levantaba con esfuerzo e intentaba ayudar, al momento notaba que su corazón le pedía tranquilidad y volvía a sentarse obedientemente para no empeorar las cosas. Empaqueté todas sus pertenencias en varias cajas. No quería dejarse nada en la residencia, aunque yo intentaba tranquilizarlo asegurándole que teníamos varios días para recoger sus pertenencias. James se ofreció a meter las cajas en el maletero.

Terminamos de guardar el equipaje y llegó el momento de despedirse de su habitación. Allí le dio el último adiós a su mujer. Allí habían vivido juntos durante los últimos años.

Nos quedamos de pie en la puerta; sus ojos reflejaban la despedida silenciosa que le estaba ofreciendo a mi madre. Agarré su mano intentando infundirle mi apoyo. Él me la apretó ligeramente y me miró con una cálida sonrisa.

—Contigo a mi lado duele menos, no te preocupes. Gracias por venir, hija mía.

Caminamos hasta el ascensor decididos a emprender el rumbo hacia una nueva vida. Esta vez lo haríamos juntos.

Cuando salimos, James nos esperaba apoyado en el capó. Cuando nos vio, se incorporó como si fuera a cuadrarse ante un superior. Aquel gesto me hizo gracia. Mi padre sabía que nos ayudaría durante la mudanza, pero yo ignoraba hasta qué punto se conocían.

—Sir Jones, ¡qué alegría volver a verlo! —Lo saludó tendiéndole la mano.

—Hola, joven. Cuánto tiempo sin verte... ¿cómo te ha tratado la vida?

—Papá, creo que no es el momento, ya tendréis tiempo de contaros vuestras batallitas.

Dije aquello para sacar a James del apuro que su rostro reflejó. Él me miró agradecido y yo correspondí con una sonrisa. A mí me hubiera gustado preguntarle lo mismo.

Entramos en el coche y, dos minutos más tarde, estábamos frente a la casa. La puerta estaba entornada, pues le había dejado las llaves a Lena por si James necesitaba hacer algún viaje extra. Acompañamos juntos a mi padre, que se dejó caer en su sillón preferido, frente a la chimenea, que previamente habíamos encendido. Regresamos al coche para recoger sus pertenencias.

Lena había dejado en la encimera de la cocina comida suficiente para cuatro días. El aspecto de algunos platos hizo que se me hiciera la boca agua. Había pudín, empanadillas, pastel de carne, y algo más, envuelto en un paño, que tendría que descubrir después.

Como se había hecho tarde, invité a James a comer con nosotros, pero él dijo que prefería dejarnos solos para que pudiéramos instalarnos tranquilamente, que nos veríamos por la tarde.

Salí hasta la puerta para despedirle.

—James, muchísimas gracias por todo, de verdad. Deduzco que te has involucrado más de lo que hubieras preferido. Diría que no te gusta intimar más de lo necesario, y menos con alguien a quien acabas de conocer. Por eso, aprecio tu ayuda todavía más.

—No tienes que darme las gracias, ya te dije que en este pueblo no hay muchas cosas que hacer. Esta tarde nos vemos.

Dijo esto y se fue, dejándome, como en otras ocasiones, con ganas de saber más.

Entré en casa y calenté algo de lo que Lena nos había traído para comer, lo demás lo guardé en el frigorífico.

Ayudé a mi padre a incorporarse para acercarlo a la mesa; se levantó con dificultad, pero sin tener que realizar un gran esfuerzo: eso me reconfortó, era buena señal.

—Papá, tengo que confesarte que no me hubiera imaginado esto ni en el mejor de mis sueños. Volver a estar juntos... —le dije, metiéndome la cuchara en la boca.

Mi padre, a pesar de los años, seguía conservando ese halo de distinción que lo envolvía. Lo observé mientras comía. Daba lo mismo que estuviéramos solos en casa. Siempre se comportaba como si estuviera en alguna recepción de aquellas a las que habitualmente asistía.

—Sí, hija, yo también siento lo mismo. A pesar de lo que hemos dejado en el camino, debemos agradecer la oportunidad de volver a estar juntos. —Cogió la servilleta que tenía en su regazo y se limpió con delicadeza la comisura de los labios.

—Papá...—Dejé la cuchara en el pudín y agarré una empanadilla de carne que, por su aspecto, tenía que estar exquisita—. ¿Qué sientes?, dímelo. ¿Qué has sentido al entrar otra vez en tu hogar?

—Mil recuerdos me han venido a la mente, en unos instantes. Pero lo que más me ha sorprendido ha sido verte por aquí correteando. He llegado a temer que todo fuera un sueño...

—Sí, es verdad. Yo, cuando entré, vi a mamá en la cocina. Como si no hubiera pasado el tiempo. Es curioso. La mente suele quedarse con los recuerdos bonitos vividos en la niñez. Los malos se dispersan y, de vez en cuando, regresan difuminados. Y así duelen menos.

—Por lo que dices, se diría que viviste momentos muy malos aquí.

—Papá, ya sabes que aquí no pasó nada. En mis recuerdos dolorosos es mamá quién aparece. Fue en España, cuando cumplí los dieciséis, y mamá y yo empezamos a distanciarnos. Siempre me quería cerca, no aprobaba que experimentara el deseo de vivir experiencias lejos de ella.

—Sí, puede que tengas razón. Pero espero que comprendas que solo quería protegerte.

—Quizá, pero a veces su protección era opresiva, ¿no crees?

Mi padre no contestó a mi pregunta. Estaba claro que adoraba a su mujer y, para él, continuaría siendo siempre perfecta. No quise insistir. Aquello no nos llevaría a ninguna parte. No me arriesgaría a provocar un distanciamiento.

—Papá...—Agarré su mano, tan suave...—. Que esto no nos separe. Yo sé lo que querías a mamá. Y por nada del mundo intentaría cambiar lo que sientes por ella. Empecemos donde lo dejamos y ya está, ¿de acuerdo?

—Claro, hija... —Puso su mano libre sobre la mía. Lo abracé.

Decidimos descansar un rato. Él en su sillón preferido y yo subí a mi antigua habitación. Qué raro se me hacía entrar otra vez en aquel universo que me acogió en la niñez. En cuanto me dejé caer en la cama de noventa, comprendí que tenía que hacer algunos cambios en la casa.

Mi padre ocuparía el dormitorio que los dos usaban antes de entrar en la residencia. Acondicionaron una habitación en la planta baja para no estar subiendo y bajando escaleras, algo que cada día les costaba más. Por lo tanto, lo más lógico sería que yo ocupara la antigua de ellos, así que de un salto me puse en pie para inspeccionar mejor la que sería mi nueva habitación.

Cuando crucé el umbral, me di cuenta de que no me desharía de lo que allí había. Mi padre no

soportaría aquello. Así que entré en las tres habitaciones que quedaban libres y elegí la que hacía esquina para redecorarla entera. Me imaginé cómo quedaría tras la reforma y me di la vuelta satisfecha.

Como veía que descansar iba a ser imposible, pues seguía nerviosa tras la mudanza, abrí el portátil que había guardado en mi equipaje y me puse a elegir muebles. No pasaría más tiempo del necesario durmiendo en una cama tan pequeña considerando mi estatura. También hice una compra importante para que me la trajeran a casa. No quería abusar de la generosidad de Lena.

Justo cuando acababa de cerrar el portátil, con la cesta llena, a la espera de pedir a Lena su opinión sobre los productos que había elegido, sonó el timbre. Mi padre ya se había despejado y volvía a tener aquella expresión soñadora que lucía en su rostro desde que entramos en casa.

Abrí pensando que sería James. Menuda sorpresa sentí al ver que un grupo de ocho personas, entre las que se encontraba James, me sonreía indicándome que les permitiera entrar.

—Hola, querida —habló primero Lena.

—¿Nos vas a dejar pasar o vamos a tener que llamar a los bomberos para que echen la puerta abajo?

—Claro, claro. Pasad, por favor. —Abrí la puerta de par en par para que entraran.

Mi cara debió parecer un poema, porque James se acercó a mí y me susurró que aquello era lo normal en un pueblo como aquel. Querían dar la bienvenida a Sir Jones, como era natural.

—¿Ya se te han olvidado las normas de buena vecindad que tenemos por aquí?

Aquello, me lo dijo Lena en un tono más alto que el de James.

—La verdad es que sí, ya no me acordaba... pero es natural que tus padres quieran saludar a mi padre, por supuesto —afirmé.

El grupo estaba formado por los padres de Lena, por ella misma, su marido, sus hijos, James y una chica que no conocía de nada. Me puse en guardia, no sé por qué. Mi mente, impaciente, quiso saber quién era aquella joven tetona y de formas redondeadas. Me parecía demasiado joven para James... pero todo podía ser.

Lena se dio cuenta de que la observaba sin apenas disimular y nos presentó.

—Sofía, quería aprovechar para presentarte a Olivia. En verano acabó la carrera de fisioterapia, como te dije.

—Hola, Olivia, un placer. Pero pasad, pasad, por favor.

Entraron todos en tropel. Yo no sabía cómo recibiría mi padre tanto jaleo, pero ya no había remedio.

La tarde transcurrió envuelta en conversaciones, recuerdos y comentarios sobre los cambios que se habían producido en el pueblo. Por supuesto, los padres de Lena hacía poco tiempo que habían visto a Sir Jones pues, además de acudir al entierro de mi madre, lo visitaban con regularidad.

Olivia resultó ser la chica perfecta para mi padre. Era pecosa y de carácter dulce. Parecía despierta e inteligente.

Me dispuse a servir el té y las pastas que Lena había traído, porque intuía que todavía no había podido llenar la despensa. Entre la comida y el té, había salvado mi primer día de estancia en la casa. Porque, la cena, la tenía cubierta con las sobras de la comida, estaba claro. Y al día siguiente, a primera hora, llegaría el pedido que había realizado a mediodía.

Mi padre pasó buena parte de la tarde en compañía de los padres de Lena. Me di cuenta de que había buena conexión entre ellos tres. Por otro lado, estábamos James, Lena y la preciosa Olivia en la otra zona del salón. Los niños estuvieron poco tiempo en casa; no había nada con lo que pudieran divertirse, así que se escabulleron a su casa en busca del ordenador, una, y de la consola,

el otro. Estaban a las puertas de Navidad y no tenían muchos deberes pendientes. Además, en sus viajes mal disimulados a la despensa habían terminado con las pastas, así que, en casa, no quedaba nada que les resultara interesante.

Lena tuvo que irse a sus quehaceres y su marido se marchó con ella, así que nos quedamos solos, James, Olivia y yo.

Decidí entrevistarla delante de James, pues no teníamos tiempo que perder. Si decidía contratarla, cuanto antes, mejor.

—Entonces, ¿hiciste las prácticas en el *Chippenham Community Hospital*?

—Sí, está cerca del pueblo.

—No sé si Lena te comentó que, además de la terapia, necesita de ayuda, prácticamente, a tiempo completo. Tu contrato sería de ocho horas diarias, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde. Fines de semana libres, por supuesto. Y necesitaría que te ocuparas de sus comidas y sus cenas. Entendería que te negaras, pero es lo que necesito.

—Me parece estupendo. Más de lo que esperaba. Además, me encanta cocinar —dijo sonriendo.

—Me alegro. ¿Cómo descubriste que te gustaba tratar con personas mayores?

—Cuando entré en el hospital, traté personas de distintas edades, aunque la mayoría eran gente mayor. Debo reconocer que los ancianos resisten las condiciones adversas mejor que los jóvenes.

—Me sorprendió la forma como se expresaba la chica—. Además, trabajando con personas mayores siento una ternura que los jóvenes no me inspiran. He tratado con niños y no consigo conectar con ellos. No sé, supongo que es cuestión de preferencias.

—Muy bien, pues no hay mejor manera de comprobar algo que con la práctica. ¿Cuándo te resultará posible empezar el periodo de prueba? Y si todo va bien, aquí tienes trabajo mientras mi padre te necesite.

Dije aquello por no decir hasta que mi padre falleciera, no podía pronunciar aquella palabra en un contexto tan trivial. El siguiente paso era presentarlos. Mi padre se mostró reacio a confiar en alguien tan joven, pero le dio un voto de confianza. Y así quedamos en que empezaría al día siguiente. Le pregunté a James si podía recomendarme alguna asesoría de confianza y me dijo que la que llevaba todos los papeles de su prima era de lo mejorcito de Londres. Así que me apunté mentalmente pedirle a Lena el teléfono para empezar con los trámites de la contratación.

Anochece cuando por fin nos quedamos solos mi padre y yo. Se notaba que estaba derrotado. Olivia se ofreció a ayudarnos a acostarlo, pero le dije que era mejor que empezara al día siguiente, por cuestiones legales. Ella me miró sorprendida. Estaba claro que los temas burocráticos en un pueblecito tan pequeño no constituían una prioridad, pero yo prefería hacer las cosas bien. Antes de irse, me dio sus datos personales para mandárselos a primera hora a mis asesores.

Cuando por fin cenamos y mi padre se retiró a descansar a su habitación, decidí sentarme delante de la chimenea y disfrutar de un poco de soledad.

Abrí el portátil sobre la manta con la que me había tapado y empecé a buscar información sobre el hospital que Olivia me había mencionado. Comprobé que había una planta entera dedicada a rehabilitación. No pude evitar leer las reseñas y me alegró comprobar que la mayoría eran positivas. Después de navegar durante un tiempo, levanté la vista y comprobé que la casa necesitaba decoración navideña, así que apunté mentalmente que tenía que comprar adornos que me ayudaran a darle un aire festivo.

Recordaba una tienda de decoración típica para turistas, muy cerca del hotel, calle abajo. Seguro que allí encontraría algo adecuado.

CAPÍTULO NUEVE

DESCUBRIMIENTO

17 de diciembre de 2019

Al día siguiente me levanté con energías renovadas. Lo primero que hice fue llamar a Lena y, acto seguido, a la asesoría donde me derivó. Insistió en que les dijera que llamaba de parte de ella, así agilizarían la tramitación del expediente.

Mi padre ya estaba levantado cuando llegó Olivia. Prefería que se conocieran mejor antes de que tuviera que ayudarlo a vestirse y de empezar con la terapia física diaria. Así que los dejé a solas y crucé la calle en busca del desayuno para los dos. Hasta media mañana no me traerían la compra que había encargado.

Mi amiga me había preparado una bandeja con más de lo que necesitábamos para almorzar, pero Lena era así, no valía la pena discutir.

Volví a salir después de almorzar y Olivia y mi padre se quedaron realizando los ejercicios matutinos. Me tranquilizó comprobar lo bien que se llevaban. Parecía que se leían el pensamiento. Apenas tenían que hablar para entenderse.

Como Lena tenía tiempo libre hasta la hora del almuerzo, se ofreció a acompañarme para comprar los adornos navideños.

—Venga, confiesa. Por mucho que te quejes, te encanta la Navidad.

Le dije aquello, agarrándola del codo y susurrándole al oído.

—¡Qué va! Lo que sea para salir del hotel...

—Sí, claro, por eso lo has decorado como si entraras en *La Boutique du Château* de Disneyland París.

—¡Qué exagerada eres! Tu comentario no concuerda con el moño que corona tu cabeza.

Me dejó sin palabras. No esperaba aquel comentario sobre mi peinado. No estaba acostumbrada a que juzgaran mi aspecto. Como mi boca seguía abierta sin saber qué decir, me dijo entre carcajadas:

—No te ofendas, mujer. Estás preciosa. Solo que deberías soltarte el pelo... ¡en todos los sentidos!

—¡Pero, bueno! ¿A ti qué te pasa?

Y, así, riendo a carcajadas y agarradas del brazo, recorrimos el pueblo en busca de la tienda de *souvenirs*.

—Nada, que veo que os hacéis ojitos mi primo y tú.

—Pero ¡qué imaginación tienes!

—No, ahora en serio...

Para darle más énfasis a sus palabras, me agarró del brazo y nos detuvimos.

—Creo que haríais buena pareja.

—Lena, acabo de separarme.

—Bueno, yo no te digo que os lieis ya, pero podríais daros una oportunidad, no sé, quedar, conoceros un poco más...

—Venga, deja de hacer de casamentera y concentrémonos en comprar gnomos de navidad.

Tirando del gorro de lana rojo que protegía sus orejas del frío, di por terminada la conversación.

Ella se dejó arrastrar a regañadientes.

—No te hagas ilusiones, esta conversación no ha terminado, ¿vale?

—Vale, venga, dime cuánto falta para llegar.

—Adivina —me dijo, realizando un gesto cómico con los ojos.

—Al levantar la mirada, me eché a reír.

—A diez pasos había un conejo de cerámica de tamaño gigante con una corona real en la cabeza. Esta miraba hacia arriba y las grandes orejas le caían sobre la espalda. Estaba claro que aquel conejo pertenecía a la realeza, lo delataba su pose aristocrática. Presidía la puerta de un comercio que, por su apariencia, debía tener artículos, cuanto menos, originales.

—No puedo entender cómo no había visto este conejo real en los días que llevo aquí.

Dije aquello entre risas.

—Desde el hotel no se ve. Lo oculta la pequeñísima curva que hace la calle principal.

—Desde luego, es preciosa.

Justo al lado de la entrada, había un gran ventanal dividido en seis compartimentos. Ventanitas, donde destacaban dos grandes lámparas de araña con cientos de cristalitos y varias velas de imitación.

—Venga, no te quedes ahí, entremos.

Cuando trasparamos la puerta fue como si nos encontráramos, de pronto, en un cuento. Bueno, más bien, en una mezcla de cuentos. Había esculturas de tamaño real. Estaba el conejo de Alicia en el país de las maravillas; el abuelo de Pinocho lucía sentado en una silla cosiendo el traje de su nieto, mientras un ratón enhebraba una aguja del tamaño de un macarrón. La decoración también era digna de un estudio de cine antiguo. En una pared había una chimenea de cartón piedra en la que se veía todo preparado para cocinar a fuego lento cualquier guiso que contara con cien años de antigüedad. Una mecedora a la espera de ser ocupada por el dueño de la casa... Y gnomos, cómo no. Había gnomos por todas partes, gnomos de todos los colores con largas piernecitas inertes rellenas de guata para darles flexibilidad. Los había sin piernas, también. Gorditos, con gafas y sin ellas. Por supuesto, un gran árbol de navidad presidía el centro del comercio. La cerámica que se exhibía en la tienda parecía hecha a mano, pero no por imperfecta sino por creativa.

Al fondo se oyó una vocecita saludando a Lena con amabilidad.

—Hola, Isabella. Te presento a mi amiga Sofía, bueno, seguramente te acuerdas de ella. Es la hija de Sir Jones. Se marchó del pueblo cuando tenía siete añitos.

Isabella salió trabajosamente del lugar que ocupaba detrás del mostrador. Me quedé de piedra. Claro que me acordaba de ella. Era impresionante volver a ver a la gente del pueblo tantos años después.

Era como volver atrás en el tiempo.

—Hola, Isabella, me alegro de volver a verla.

—¡Cariño, no te hubiera reconocido en la vida! Caramba, cómo has crecido... estás preciosa. Aunque ya lo eras de pequeña...

—Gracias por el piropo, señora. Yo no creo que sea así, pero agradezco sus palabras.

—Sofía quiere dar un toque navideño a su casa.

Tomó la palabra Lena, como no podía ser de otra manera.

—Pues estáis en el mejor comercio de la ciudad, muchachas. Por no decir, el único —comentó guiñando un ojo.

Aquello me hizo gracia, estaba claro que aquella mujercilla tenía razón.

Lena cogió una cestita y nos dispusimos a comprar.

Me miró y me dijo que tendría que decidirme sin demasiada ayuda, ya que era mi casa y no la suya la que necesitaba decoración. Yo no sabía por dónde empezar, en España nunca decoraba la casa porque después tenía que recogerlo todo y con tanto trabajo como solía tener en esta época del año, lo que menos necesitaba yo era llenar cajas de trastos, pero en aquellos momentos me apetecía hacerlo y, además, me hacía ilusión.

Compré de todo. Guirnaldas, bolas, velas, algún plato que otro decorado en rojo, blanco y dorado. Y por supuesto, cómo no, tres gnomos, cada cual más bonito. Lo guardamos todo en dos grandes bolsas. Fue una lástima que no quedaran árboles de navidad. El que presidía el centro de la tienda era natural y no estaba a la venta. La dueña alegó que se negaba a vender árboles de plástico.

Pero aquello no me entristeció, porque, al salir, descubrí en un rincón una enorme corona de navidad para colgar en la puerta de la entrada, que hizo que mis ojos brillaran de felicidad.

—¡Me la llevo! ¿Puedo? ¿Está a la venta, Isabella?

—Claro, querida. La tenía ahí porque la he terminado de montar justo antes de que entrarais por esa puerta.

—¿La ha hecho usted?

—Con estas manitas. Está compuesta por ramas entrelazadas de roble, encina y muérdago.

Me quedé sin palabras; no entendía cómo una mujer del tamaño de una niña de diez años había podido decorar aquel aro monumental.

—La felicito. Es preciosa...

—Sofía, ¿quién va a cargar con ese monstruo?

Lena me miró por encima de sus gafas de pasta.

—Tú lleva las bolsas, yo cargaré con el muérdago —le dije decidida.

—A ver si lo estrenas, por lo menos habrá merecido la pena el esfuerzo.

La miré sin comprender.

—Después te lo explico. Tú paga, que se está haciendo tarde.

—¡Qué mandona te has vuelto con los años!

—Soy así desde que nací o eso dice mi madre. Lo que pasa es que se te ha olvidado, querida.

Pagué una pequeña fortuna, pero cada vez que miraba la corona que cargaba con esfuerzo, me desaparecía el remordimiento.

Nos despedimos de la ancianita. Prometí volver, intuía que visitaría en más de una ocasión aquel pequeño paraíso.

Iniciamos el ascenso hacia mi casa. Era una «falsa pendiente», así se le llama a una calle que no aparenta inclinación alguna, pero que, cuando vas cargada, se convierte en una pesadilla.

Cuando llegamos a casa, nos sobran el gorro, los guantes, la chaqueta y demás prendas de abrigo. Habíamos entrado en calor en apenas doscientos metros. Además, toda la compra del supermercado esperaba, esparcida en varias bolsas, para ser guardada.

Lena se despidió aduciendo que tenía mucho trabajo en el hotel, aunque yo sospechaba que no le apetecía volver a decorar otra casa, cuando ya lo había hecho con la suya la semana anterior. Pero no me importó. Nada me apetecía más que colocar adornos aquí y allá, mientras mi padre y Olivia sonreían y hablaban de lo ilusionada que se me veía. El comentario me hizo reflexionar:

¿por qué estaba tan contenta?

No parecía una mujer recién divorciada. No andaba llorando por los rincones, apenas me acordaba de Carlos. Qué extraño... ¿estaría hecha de hielo? Es posible que yo deseara una familia y que, al descubrir que con él no la conseguiría, lo había desechado como cuando tiras algo que ya no te sirve para nada. ¿Aquello me convertía en una especie de monstruo? Mi padre se dio cuenta del cambio drástico que mi expresión había experimentado.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí, papá. No te preocupes, son los recuerdos. Pero estoy bien.

Me obligué a cambiar el rumbo de mis pensamientos. No tenía sentido juzgarme tan duramente en aquellos momentos. Ya tendría tiempo de pensar en mi forma de proceder.

Ya casi había terminado con la decoración cuando sonó el timbre. Allí estaba James, tan apuesto y distante a la vez.

—Hola, ¿cómo va la mañana? He terminado los recados que mi tía me había encargado —dijo poniendo los ojos en blanco— y he pensado que a lo mejor necesitabais algo.

—Pues mira, has venido en el momento justo. Tengo que colgar una corona en la puerta de la entrada y no tengo ni idea de cómo hacerlo; pesa demasiado y es posible que tengamos que hacer un agujero con la taladradora. Reconozco que estos aparatejos no se me dan nada bien.

—¿Taladradora? ¿Qué tramas? —preguntó, entrando en el salón.

Cuando lo hizo, se detuvo en seco.

—¿No te gusta? —no sabría definir su expresión.

—Claro que me gusta. Solo que no me esperaba este cambio en un solo día. Tienes el talento de una decoradora de interiores y no lo sabías.

Su expresión no decía lo mismo que sus labios, pero no quise preguntar más.

Se giró y saludó cortésmente a mi padre y a Olivia.

—Dime, ¿qué necesitas?

Ahora dudaba si sacar o no el muérdago. Parecía que la nueva decoración le había cambiado el humor. No sabía lo que sucedería cuando viera la corona gigante que tenía que colgar en la puerta de la entrada. Pero ya no había marcha atrás. Así que entré en la cocina rezando para que la reprimenda no fuera demasiado grave.

Cuando aparecí envuelta en ramas de hierba y lazos rojos, sonrió. Menos mal, no había sido tan terrible.

—Creo que no has instalado un artilugio como este en tu vida, ¿me equivoco?

—¡Has acertado!

—Existe una especie de gancho dorado que permite colgar la corona sin agujerear la puerta. Yo te traeré uno, mañana tengo que volver a la ciudad.

—No quisiera molestarte más de lo necesario.

—No es molestia, te lo aseguro. Mi prima y mi tía me encargan cada semana cien mil cosas del almacén de bricolaje. Y entre Austin y yo las complacemos por nuestro bien.

Me sentí la mujer más estúpida del planeta. Con lo resuelta que había sido toda mi vida y desde que había llegado a Inglaterra no daba pie con bola.

—Vale, pues entonces deja que, por lo menos, te invite a un aperitivo...

—Está bien, pero otro día. Todavía tengo cosas que hacer antes de comer.

—Pero queda pendiente, ¿eh?

—Claro, cuando te venga bien. Tenemos muchos días antes de Navidad.

James saludó a Henry y a Olivia y se fue. Se escabulló como un cobarde. Ignoraba qué lo asustaba tanto; si era yo o mi padre...

Me sentí rastrera mendigando su compañía. Mientras mi padre y yo comíamos, mi mente intentaba descifrar qué le ocurría a James. Mientras me estrujaba los sesos, decidí que ya estaba bien. Si no quería mi compañía, la que pondría tierra de por medio sería yo. No lograba entender por qué se había pasado por mi casa. Si no quisiera verme no habría venido, ¿no? Era de locos.

—Cariño, te veo demasiado callada. ¿Te preocupa algo? ¿Estás arrepentida de la decisión que has tomado?

Aquella pregunta me devolvió a la realidad de un plumazo. No podía dejar que mi padre pensara algo así.

—Papá, por favor, nunca pienses algo así. Nunca... —Lo miré directamente a los ojos para transmitirle confianza.

—Está bien, cariño. No volveré a sacar el tema nunca más. Solo quiero que tú me asegures que, si te sientes agobiada, me lo dirás. Siempre puedo regresar a la residencia.

—Eso nunca pasará, papá. Llevo demasiados años echándote de menos.

Nos miramos con intensidad. Había sentimientos que todavía dolían. Lo sentía. Dejamos la conversación. Me dijo que deseaba descansar un rato, que Olivia había aplicado todo lo aprendido en una sola mañana y que estaba molido.

Reímos juntos su ocurrencia y lo acompañé a su habitación.

Decidí tumbarme un rato en el sofá. Yo también estaba cansada. La mañana había sido intensa.

Me dormí sin darme cuenta. Me desperté, de pronto, al escuchar el timbre de la puerta.

Trastabillando, me dirigí a la entrada. Caminaba como si me hubiera emborrachado.

—Hola, querida, ¿está contigo mi primo?

—No, se fue sobre la una o así. Lo invité a quedarse y me dijo que tenía cosas que hacer. Supuse que sería en el hotel.

Lena se quedó pensativa.

—¿Lo esperabas para comer? A lo mejor se refería a que tenía cosas que hacer en la ciudad y se le hacía tarde. No te preocupes.

—Sí, es posible... —La expresión de Lena no me gustó nada.

—Lena, ¿ocurre algo?

—No. No te preocupes. Normalmente me avisa cuando viene a comer. Pero seguro que se ha entretenido. Te dejo. ¡Y perdona que haya interrumpido tu siesta!

Gritó la última frase mientras recorría el camino que separaba mi puerta de la verja que daba a la carretera. Me quedé mirándola mientras cruzaba la calle que separaba mi casa del hotel. Hasta que no desapareció en él, no entré de nuevo.

Me senté en el sofá y me di cuenta de que no conseguiría relajarme. Tampoco me preocupé demasiado; el brusco despertar me había descolocado mucho más que la visita de Lena.

A primera hora de la tarde, llamé a Olivia y le dije que no hacía falta que viniera. Se había levantado un viento muy desagradable y llovía a raudales, así que era mejor que se quedara en casa. Además, yo no tenía pensado salir.

La tarde transcurrió tranquila. Mi padre y yo charlamos y revivimos recuerdos de mi infancia. Cada vez que nombraba a mi madre, la mirada se le iluminaba. ¡Cuánto la había querido! Y qué poco la había querido yo. Me había alejado tanto de ella que no conseguía echarla de menos. Nada. Para ella solo quedaba hielo en mi corazón.

Encendimos la chimenea. El ambiente que reinaba era cálido, entrañable. Fuera hacía un frío que calaba los huesos. Además, había empezado a llover copiosamente; en aquellos momentos, lo que menos apetecía era salir a la calle.

Cenamos algo ligero y mi padre dijo que se acostaría temprano. Estaba claro que el ajeteo del

día anterior le había pasado factura. Así que lo acompañé a su habitación y lo dejé acostado y relajado.

Volví al salón y decidí prepararme una infusión para disfrutarla delante de la lumbre. Con la taza de té entre las manos, me acerqué al ventanal que daba al hotel. Desde aquella posición se veía el interior. Me hizo gracia observar sin ser vista lo que ocurría al otro lado de la calle. Me recordaba la tarde que pasamos James y yo tomando una copa en el salón en el que se reunían los huéspedes cuando hacía mal tiempo y no se podía disfrutar del pueblo. Unos jugaban a las cartas, otros tomaban algo calentito y charlaban sobre lo que les había ocurrido durante el día.

Parecía que habían pasado meses desde aquella noche que James y yo compartimos. Aquella conversación resultó agradable. Fue el momento más íntimo que experimentamos juntos.

Un movimiento en la puerta del hotel hizo que desviara la mirada hacia el interior; podría ser un animal que intentaba guarecerse de la intensa lluvia. La puerta de entrada estaba mal iluminada, tan solo dos faros de luz tenue permitían al turista localizar la entrada. Había mucha más luz en el interior que en el exterior. Volví a fijarme bien para descubrir de qué animal se trataba. Podía ser un perro, ya que parecía demasiado grande para ser un gato. Volvió a moverse y, al hacerlo, me di cuenta de que había confundido el lomo del animal con la espalda de un hombre que intentaba incorporarse. Mis manos apretaron la taza de té tan fuerte, que a punto estuvo de acabar hecha añicos. La dejé en la mesita y pegué mi nariz al cristal, intuyendo quién era aquel hombre al que había confundido con un animal.

En cuanto levantó la cabeza comprobé que, en efecto, se trataba de James; no me lo pensé dos veces y salí a su encuentro. Cuando estuve a su lado, lo llamé gritando. Llovía tanto que si no lo hubiera hecho no me habría oído. Se volvió hacia mí, pero no me reconoció. Su aliento apestaba a alcohol, cosa que me echó para atrás. Intentaba incorporarse, pero no acertaba a ponerse en pie. Así que pasé su brazo sobre mi hombro y tiré de él con todas mis fuerzas. Una vez de pie, como pude, lo arrastré hasta mi casa.

Él me dejó hacer. Lo acerqué a la chimenea y prácticamente se derrumbó en el sofá. El agua chorreaba por su cuerpo y por el mío. La diferencia era que a mí no me había calado hasta los huesos, pero James estaba completamente empapado. Así que, sin pensarlo dos veces, le quité la ropa y lo dejé en calzoncillos. No quise mirar más de lo necesario, pero los cuádriceps de sus pantorrillas me bloquearon. Lo tapé con una manta, recogí toda su ropa y la llevé a la secadora.

Revisé aquellas prendas automáticamente, como si en lugar de la ropa de James fuera la de Carlos. No pensé en las consecuencias ni en la diferencia. Justo cuando metí la mano en el bolsillo del pantalón me topé con un papel doblado y medio mojado. Lo saqué y lo dejé a un lado, lo primordial era secar su ropa, así que la metí en la secadora y accioné el botón de encendido. Cuando se puso en marcha, respiré.

Mientras la máquina hacía su trabajo, miré de reojo el papel que había sacado del bolsillo de sus pantalones. Me pellizqué el labio, como siempre hacía cuando me encontraba ante un dilema. No lo hagas, no lo hagas, me dije sin convicción. Pero no pude evitar alargar la mano y desplegar el papel.

CAPÍTULO DIEZ

SEXO O AMOR

Madrugada del 18 de diciembre de 2019

Se trataba de una carta escrita en varias cuartillas. Pero ¿de quién?, ¿para quién? Con manos temblorosas empecé a leer con más curiosidad que remordimiento. «Querido hijo mío...». Cerré los ojos... ¡Tiene un hijo! —pensé—. Seguí leyendo:

«Querido hijo mío, me he levantado sobre las nueve, dispuesto a recuperar al hombre que fui antes de perderte. Estoy sentado en el escritorio de tu tía Lena mientras busco un aliciente para vivir.

Cojo el bolígrafo e intento explicarte que voy a cambiar, pero lo único que siento en este momento son ganas de aullar como un animal. No puedo, Oliver, no puedo.

¿Cómo vivir sin ti? ¿Cómo podré aceptar que no volveremos a estar juntos? A veces me parece verte cruzando la esquina. Cuando me doy cuenta de que eso es imposible, el dolor es tan agudo que me hace vomitar. ¿Por qué no acudiste a mí? Por qué no me contaste... Me planteo estas preguntas una y otra vez como un maldito mantra y ser consciente de que nunca serán respondidas me está matando».

Al llegar a ese punto doblé la carta con respeto. No pude seguir leyendo. Aquellas palabras desgarradoras me dejaron completamente desolada. Eran demasiado personales. No quería ni podía pensar por lo que James estaba pasando.

Dejé las cuartillas sobre la secadora. Después las guardaría de nuevo en su sitio. Si llegado el momento, James me preguntaba, le diría que las había sacado del bolsillo pero que no las había leído.

¡James perdió a su hijo! Y por lo que había leído, estaba muy lejos de haberlo superado. Su mensaje desgarrador me hizo pensar que no hacía mucho que se había producido la tragedia.

Regresé al salón y comprobé que James continuaba durmiendo, así que esperé, nerviosa, dando vueltas en círculo, a que la secadora hubiera terminado. Cuando el motor se detuvo, saqué la ropa y guardé los papeles en el bolsillo del pantalón. Dejé la ropa seca, con cuidado, a los pies del sofá.

Lo miré. Parecía tranquilo, así que decidí no despertarlo. Tuve la oportunidad de observarlo de cerca y lo disfruté. Me agaché y acerqué mi cara a la suya. Sus largas pestañas rubias casi no se distinguían con los ojos abiertos, pero, cerrados, se veían largas y espesas. Las dos arruguitas del entrecejo seguían ahí a pesar de que parecía que dormía plácidamente. Deseaba tocar su cara y

consolarlo. Quería explicarle que yo había experimentado el mismo dolor, pero no me arriesgué. Ignoraba cómo reaccionaría, así que lo dejé allí durmiendo y subí a mi habitación para apartarme de su lado, pues sabía que no conseguiría pegar ojo.

Llevaba un rato mirando el techo sin creer en lo que acababa de descubrir.

En mi mente se cruzaban mil preguntas. ¿Cuántos años tendría su hijo cuando murió? ¿Estaría, James, casado? ¿Divorciado?

Pensaba en aquellas cosas cuando escuché unos gemidos ahogados, me levanté dispuesta a comprobar si necesitaba algo y, cuando me estaba atando el cinturón de la bata, escuché el sonido delicado de la puerta de la entrada, que se abría primero y se cerraba, despacio, después.

James se había marchado. Miré por la ventana y lo vi cruzar la calle. Entró en el hotel tambaleándose.

Me quité la bata y me metí en la cama. Deseaba que amaneciera pronto, pues mi corazón latía muy acelerado y, si no conseguía relajarme pronto, empezaría a saltar sobre la cama.

Ahora ataba cabos, ahora entendía por qué había solicitado la baja laboral. Había oído que él vivía en Londres, capital. Estaba claro que había venido a Castle Combe huyendo del horror. En la carta le preguntaba a su hijo por qué no le había confiado sus problemas. ¿Habría sufrido el niño algún tipo de acoso? La cabeza me iba a estallar. Me convenía desentenderme de todo aquello y pensar en mí. Pero no podía, no conseguía apartar de mi mente a aquel hombre.

Menos mal que mi padre tomaba una pastilla cada noche para descansar mejor. Apostaba lo que fuera a que no se había enterado de nada. Mejor así.

En cuanto la luz del nuevo día se coló por las rendijas de la persiana me levanté dispuesta a encontrar respuestas a todas las preguntas que me había planteado durante la noche.

Entré en la ducha, me vestí, encendí la chimenea y me preparé un café para entrar en calor.

La manta que había cubierto el cuerpo desnudo de James estaba tirada en el suelo. No quería ni imaginarme en qué condiciones se habría vestido. La recogí y la dejé en la cesta de la ropa sucia.

Cuando Olivia llegó me fui directa al hotel. Tenía que hablar con Lena. Le comenté que no estaba segura de regresar a tiempo para la comida y ella dijo que no me preocupara.

Se lo agradecí y salí en busca de respuestas.

En cuanto entré en el hotel, mi determinación se derritió como haría una vela ante el calor. ¿Quién era yo para entrometerme en la vida de James? Contuve el deseo de preguntar y pregunté por Lena. El camarero me dijo que acababa de verla en la recepción, así que fui allí y la esperé. En efecto, en dos minutos escasos apareció.

—¿Has venido a echarme una mano? Lo digo porque es muy temprano...—Me habló mientras ponía los ojos en blanco y me miraba por encima de sus estrambóticas gafas—. Pero muchacha, quédate en casa con tu papaíta y descansa, que para eso has venido.

—Lena, ¿podemos hablar un momento?

El tono de mi voz y la ausencia de una sonrisa en mi rostro la hicieron detenerse.

—Querida, ¿ha pasado algo? ¿Está bien tu padre? —Ella también se puso seria.

—Sí, sí, no pasa nada. No es nada relacionado con nosotros, es por James.

—Hay, Dios, ¿qué ha pasado? Me pareció extraño que ayer no comiera ni cenara aquí. Voy a ver si está en su habitación...

—Sí, ves. Mejor asegurarse.

Lena cogió la llave del casillero y desapareció por el pasillo como alma que lleva el diablo.

Al momento, regresó. Su sonrisa reflejaba el alivio que sentía.

—Está durmiendo como un bendito, aunque la habitación huele peor que una cuadra... supongo que ayer pasó demasiado tiempo con su amigo *Jack Daniel's*.

—Lena, anoche lo encontré en la puerta del hotel borracho como una cuba. La tromba de lluvia cayó sobre él, pero no parecía importarle...

—Y, ¿qué hiciste? ¿Por qué no me avisaste?

—Pues, no lo sé. Fue un impulso, lo arrastré como pude a mi casa y lo dejé caer sobre el sofá, donde se durmió.

—¿Por qué no me llamaste?

—Hablemos en algún lugar privado...

Lena me miró extrañada. Dio un grito y le dijo a su empleado que se hiciera cargo de la recepción, que necesitaba ausentarse un momento. Al girarse hacia mí, el timbre de su voz recuperó la normalidad.

—Claro, querida.

Me cogió del brazo y tiró de mí hasta su casa.

—Suéltalo ya. Estoy que me va a dar algo, tanto secretito me tiene desquiciada. Venga, ¿qué has averiguado?

Mi amiga era más suspicaz de lo que aparentaba. Suspiré y le relaté lo que había sucedido la noche anterior. Todo de un tirón. Por una vez, la dejé sin palabras.

Cuando asimiló lo que le había contado, se dispuso a hablar. Pero primero preparó dos tazas de té y me indicó que nos sentáramos en el sofá. Aquello requería de una charla sosegada.

—Sofía, no sé si después de contarte esto, mi primo volverá a dirigirme la palabra, pero entiendo que sientas curiosidad y creo que mereces una explicación. Además, estoy hasta el pitorro de tanto secretito. Me va a salir urticaria de callarme, porque veo que os podéis llevar bien, pero el muro que mi primo ha construido a su alrededor no ayuda a que podáis ser algo más que amigos.

Como yo no articulé palabra, decidió seguir.

—Mi primo se casó muy joven. Dejó embarazada a la chica que más tarde sería su esposa. Estaba claro que no la quería, pero, como es un hombre de principios consideró que tenía que casarse y hacer de padre para aquel niño. En cuanto Oliver nació, el amor que James sintió hacia él lo desarmó, aunque, realmente, era muy joven. Intentó que su matrimonio funcionara por el bien de su hijo, pero se notaba que no era feliz junto a Catherine, su esposa.

»Los años fueron pasando y Oliver fue creciendo, pero James pasaba más tiempo en el trabajo que en su casa, era Catherine quien realmente se encargaba de criar al niño».

—El chico era débil, no tenía carácter y buscó en el cannabis la ayuda que necesitaba para superar su timidez. Iba todo el día colocado. La droga lo ayudaba a evadirse de sus preocupaciones.

—¿Y su madre? ¿Dónde estaba su madre?

—Ese fue el problema, que su madre no ejerció como tal. Se limitaba a excusarlo diciendo que el niño necesitaba a su padre. Se quejaba de que su marido nunca estuviera en casa. Con el tiempo, se desentendió totalmente de su educación. Mi primo trabajaba mucho; doblaba turnos y hacía todas las horas extras que le ofrecían. Había que ganar el sueldo de dos, pues su mujer se gastaba una pequeña fortuna en caprichos, que suplían el amor de su marido.

—¿Qué edad tenía Oliver cuando murió?

La pregunta se me atragantó, pero no podía más.

—Oliver tenía dieciocho años.

—¡Dieciocho años!

—Si, ya te dije que se casaron muy jóvenes. James tendría veinticuatro años cuando el niño nació.

No daba crédito. ¡Dieciocho años!

—¿Y cuánto hace de eso?

—Hace tres años. Por supuesto, el matrimonio se fue al garete. Ella lo acusó de la muerte de su hijo. Lo hizo de la forma más vil que puedas imaginarte. No quiero ni pensar en lo que ella tuvo que sentir al perderlo; una puede sentir pena, desolación y se merece todo el apoyo del mundo, pero no puedes culpar al padre de algo tan desgarrador.

—Me atrevo a decir, y sé que no tengo ningún derecho, que la culpa fue de los dos. Y mira, ni siquiera eso. Los jóvenes son muy complicados, son un enigma. A veces, no sabemos lo que piensan ni lo que sienten. Se encierran en sí mismos y se vuelven impermeables a nuestros consejos. Es imposible inculcarles nada...Y Catherine ha soltado burradas imposibles de aguantar. Lo que pasa es que mi primo es demasiado bueno. No le quiere contestar y ponerse a su altura.

—Qué duro... cómo me gustaría ayudarlo.

—Sofía, es más difícil de lo que crees. No te he dicho cómo murió.

—No sé si quiero saberlo...

No sabía si taparme los oídos o dar media vuelta e irrumpir en su habitación para abrazarlo, aunque ante aquel dolor no había consuelo posible. El tiempo sería lo único que podría suavizarlo. Un instinto de protección afloró en mí y mis cimientos se tambalearon. Era la primera vez que sentía algo así. Nunca había experimentado ese deseo voraz de proteger a un hombre. El ego de Carlos era tan grande que no dejaba espacio para la ternura ni el cuidado.

—Cuéntame —insistí—. Quiero saberlo todo.

—Mi sobrino se quitó la vida.

—¿Cómo?

Las lágrimas aparecieron, le dolía recordarlo. Me conmovió verla en aquellas condiciones. Mi amiga la cachonda, la que siempre hacía una broma de todo, la alegría de la casa. Su expresión desolada le daba un aire muy distinto.

—Aquello destrozó a mi familia. Ya te dije que James es como un hermano para mí. Pues imagínate lo que significó para mis padres...

—Puedo hacerme una idea —cogí sus manos.

—Oliver era una buena persona. —Más lágrimas. Saqué un pañuelo de papel y se lo ofrecí. Ella se sonó estrepitosamente—. Era un ángel escondido en el cuerpo de un chico. Tenía menos personalidad que un mosquito. Se dejó llevar... esta sociedad no está preparada para entender a los ángeles que habitan la tierra. No hay sitio para los débiles. Se esforzaba tanto en complacer a los demás, que se agotó. Se dio cuenta de que ceder siempre se había convertido en una carga. Y como nunca encontraba el valor y la determinación que necesitaba para negarse, decidió acabar con el sufrimiento. Dejó una carta...

—No quiero ni pensar... tuvo que ser demoledor.

—Imagínate. Mi primo se volvió loco. Se culpó de todo. Y sigue haciéndolo. A los dos meses de la muerte de Oliver, James se reincorporó al trabajo, decía que necesitaba mantener la mente ocupada o se volvería loco. Resistió tomando anfetaminas. Estaba claro que tenía que caer.

»Hace dos meses, durante una misión, le tocó asistir un intento de suicidio. Aquel fue el detonante de la explosión. En su mente debió accionarse un interruptor que encendió la llama que arrasó su alma. En aquel momento perdió el control de sus nervios y no pudo ser de gran ayuda. Tuvo un ataque de ansiedad, mezclado con pánico. Así que su amigo y su superior lo invitaron a *descansar* una temporada. Está yendo a terapia; pone mucho de su parte, pero es difícil.

—El día que cenamos en tu casa, te referiste a un tal Grant, dijiste que era amigo suyo...

—Sí, ha sido uno de sus mayores apoyos. Cuando viaja a Londres por su terapia se queda en su casa a dormir. Así se ven, hablan de trabajo y esas cosas. Robert está siendo un gran apoyo para James. Lo quiere como a un hijo. Él y su esposa fueron los padrinos de Oliver.

Nos quedamos un rato en silencio, cada una sumergida en sus pensamientos.

—Bueno, Lena. Creo que ya he abusado de tu tiempo lo suficiente. Me voy a casa a comer y a digerir toda la información. Esta tarde me gustaría hablar con él. No sé si me recibirá, pero voy a intentarlo.

—Claro, querida. Seguro que le viene bien tu compañía... —Se secó la cara con el pañuelo, e intentó en vano recomponer el escaso maquillaje que se había puesto aquella misma mañana.

Nos despedimos con un abrazo, un gesto que trataba de infundirnos ánimo, pues el relato de la vida de James nos había dejado exhaustas a las dos.

Había pasado la hora del té, cuando entré en el hotel. Como ya había anochecido, en la sala común resplandecía la decoración navideña como sucedía aquellos días cuando oscurecía. La chimenea ardía con alegría dando el calor que los huéspedes agradecían a causa de las bajas temperaturas típicas de las fechas en las que estábamos. La fotografía rezumaba Navidad. No podía imaginarme lo que sentiría James cada vez que bajara al salón a tomar algo. Suponía que habría pasado dieciocho Navidades junto a su hijo, así que aquello tenía que dolerle más de lo que yo podía imaginar.

Con decisión pasé de largo y me dirigí a su habitación. Di una serie de golpecitos con los nudillos, pero no obtuve contestación. Por un momento dudé, pero decidí que no me iría sin verlo. Teníamos una conversación pendiente, así que debería estar preguntándose cómo terminó desnudo en mi sofá y yo necesitaba explicárselo.

Llamé de nuevo a la puerta. James la abrió, lo justo, como para dejarme ver su cara. Olía a loción de afeitado y a jabón. Su cabello se veía oscurecido por la ducha reciente. Imaginé que se esforzaba en recuperar la normalidad.

—Hola... ¿puedo pasar?

Por mucho que quisiera disimularlo, su mirada reflejó sorpresa.

—Claro, entra...

Agachó la cabeza y abrió la puerta de par en par, como deseando que hubiera espacio entre los dos. Menos mal que lo había pillado vestido, pensé tontamente. Contemplé la estancia. La habitación estaba relativamente ordenada. La cama hecha y no había ropa por el suelo como había temido. El olor a jabón mezclado con desodorante y con la humedad del vaho inundaba la estancia. En la habitación había una mesita en un rincón y dos sillas. Las miré y él se dio por aludido.

—Pasa, sentémonos. ¿Te apetece un té? Dijo, acercándose a la tetera que había en otra mesilla auxiliar.

—No, gracias. Ya lo he tomado con mi padre en casa —dije mientras me sentaba—. Como no quise té, él tampoco se lo preparó. Así que dejó lo que estaba haciendo y se sentó junto a mí, apoyando sus brazos sobre la mesa.

—Dime, Sofía.

Los nervios me bloquearon, algo inusual en la antigua Sofía. Pero, claro, me tenía que acostumbrar a la nueva. Así que le eché valor y hablé de carrerilla.

—James, ¿no te has preguntado qué hacías en mi sofá, anoche, en calzoncillos?

—Claro que me lo he preguntado, pero, como comprenderás, se me hacía muy difícil ir a tu casa a interrogarte...

—Me lo imagino. James, antes de seguir, quiero que sepas que esta mañana he hablado con

Lena y ella me ha explicado el infierno por el que estás pasando.

—Maldita cotilla...—contestó intentando darle un toque de humor a la situación.

—No la culpes, la he atosigado a preguntas.

—Bueno, eso habría que verlo...

—Anoche no pude reprimirme cuando te vi bajo de la lluvia y corrí a buscarte. Entramos trastabillando en casa y solamente te quité la ropa para meterla en la secadora.

—Vaya, hombre, yo había soñado con que lo habías hecho para aprovecharte de mí.

—James, no intentes desviar el tema. —Me miró. Hubiera dado mi fortuna por sus pensamientos. Suspiró, serio.

—Sofía, si ya estás enterada de todo, sabrás que me resulta muy difícil hablar del asunto. Si ya lo sabes todo, no quisiera repetirlo.

—Vale, no lo repitamos. Solo quiero que sepas que aquí estoy para lo que necesites. —Volvió a mirarme con esos ojos intensos que, desde que los descubrí, me estaban volviendo loca. Me seducían como una droga que impedía que pudiera dejar de mirarlo. Parecía como si no tuvieran fin. Podías entrar y navegar en ellos sin prisa y con serenidad. Ahora, la que suspiraba era yo.

—Sofía, voy a ser sincero. No quiero que me malinterpretes, por favor. Llevo días preguntándome algo y no encuentro la respuesta. Es algo difícil de entender para alguien como yo.

—Dime...

—No puedo entender cómo alguien como tú, con tu inteligencia, tu elegancia, tu seguridad, con una vida más o menos resuelta, tiene ganas de liarse la vida con alguien como yo. Yo, en tu lugar, me habría alejado en dirección contraria lo antes posible.

Sonreí. Tenía razón, no podía negarlo. ¿Qué necesidad tenía yo de complicarme la vida? Acababa de afrontar un divorcio y no me apetecía volver a sufrir.

Pero es que James me atraía como la miel al oso. Huir de algo así era perder una batalla antes de emprenderla. Me acerqué a él, sus ojos... no se apartó.

—Digamos que me gustan los retos —susurré.

—Pues algunos retos son peligrosos —susurró.

Nos acercamos más, nuestras narices casi se tocaban. Su olor me embriagaba y su mirada me llevaba lejos, muy lejos de allí.

Él dio el primer paso. Ladeó la cabeza para encajar mejor nuestras caras y pegar su boca a la mía sin obstáculos. Abrió la boca y envolvió la mía. Sacó su lengua y lamió mis labios. Abrí los míos, ávida de su sabor. El beso duró bastante. Lo sellamos con un roce casto y nuestros labios se despegaron con pereza.

Nos miramos con intensidad; queríamos más, estaba claro. Pero no era el momento apropiado. Yo había ido a su habitación para brindarle mi apoyo, aquello no podía acabar en la cama.

—James... —No podía dejar que pensara que había ido allí para seducirlo.

—Sofía, no digas nada, esto tenía que pasar. No sé adónde nos llevará y no voy a negarme algo tan satisfactorio. Pero vayamos despacio. Conoces la carga que soporto, así que sabrás que no será fácil. Pero si estás aquí, supongo que lo tienes claro. Aunque sigo pensando que no sabes lo que haces...—dijo acariciándome la cara.

Nos abrazamos y sellamos el inicio de una amistad, después ya diría el tiempo en qué se convertiría.

Nos despedimos y quedamos en que cenaríamos juntos al día siguiente.

Quedamos a las ocho. Me había dicho que había un hotel a dos kilómetros, donde servían cenas de alta cocina, y que hacía tiempo que quería pasarse por allí.

Decidimos ir paseando. Hacía frío, pero por suerte no llovía. Tuve que apañármelas con el

único vestido que había llevado. Menos mal que soy previsor y había cargado con todo lo que implicaba ponerte un vestido ajustado. En la misma bolsa donde lo había metido, había incluido unas medias de liga y un conjunto de ropa interior sexi, que había traído por lo que pudiera pasar. En aquellos momentos agradecí la experiencia que había adquirido con los años dirigiendo hoteles.

Mientras me arreglaba en mi habitación, me sentí como una adolescente. Una vez que hube acabado, me contemplé en el espejo con mirada crítica. Mi reflejo me devolvió una imagen desconocida. Lo único que se había mantenido en el tiempo era mi peinado. Siempre llevaba el moño alto.

Cuando bajé, mi padre y Olivia estaban delante del televisor, atentos a las noticias.

Se giraron al despedirme; con el volumen tan alto, no me habían oído bajar las escaleras.

—Cariño, estás espectacular.

—Tú qué vas a decir, papá —le dije mientras besaba su mejilla.

—Olivia, vuelvo a darte las gracias por quedarte esta noche en casa, no sé a qué hora volveré.

—No hace falta que me las des, es mi trabajo, pásalo bien.

—Ya sabes; si hay algo, llámame.

Salí a la puerta de casa. Hacía un frío que calaba los huesos, así que me subí todo lo que pude el cuello del abrigo y me puse los guantes. Justo en aquel momento llegó James. Abrió la verja, se acercó y, con las manos en los bolsillos, me dijo:

—No sabía que tu cara podía parecer más bonita de lo que ya es sin maquillaje. Pero debo reconocer que estoy impresionado. Además, ¡qué alta eres con tacones!

—¿Eso es un piropo? Vamos, anda, que hace un frío que pela.

Me agarré de su brazo, pues no confiaba en mi estabilidad sobre los tacones caminando por el sendero que llevaba al hotel en el que íbamos a cenar.

—Por cierto, ¿Lena sabe algo de nuestra salida?

—¿Tú crees que se le puede ocultar algo a mi prima?

—¡Está claro que no! —dije riendo—. ¿Qué te ha dicho?

—Que tome nota de todos los platos que pidamos y que haga fotos. Planificará una campaña de competencia desleal.

—Muy lista, tu prima.

—¿Lo dudabas?

Avanzábamos poco a poco debido a mis zapatos, elegantes, pero que no pegaban en absoluto con aquel entorno rural. Me estaba arrepintiendo de habérmelos puesto, pero no había llevado nada adecuado. De las botas pasaba al zapato de tacón. Tendría que ir de compras, anoté mentalmente.

Al fin llegamos al restaurante del hotel. Agradecí el calorcito que nos envolvió. Nos condujeron al salón principal y nos sentamos en la mesa que nos habían reservado. El local estaba atestado, pero James había pedido que nos situaran en un lugar apartado donde pudiéramos hablar sin tener que gritar para oírnos.

Cuando nos sirvieron el vino, que eligió acertadamente James, el ambiente se relajó un poco. Antes de llegar, la conversación fue intrascendente. Cosas como el tiempo, lo que había llovido aquel año, etcétera.

Pero ya no había excusas para esquivar el *tema*.

—Bueno, ya que tú sabes tanto de mi vida, cuéntame algo de la tuya —soltó a bocajarro, James.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Tu marido y tú. ¿Por qué os separasteis?

—Vaya... directo al grano, ¿eh?

—Así estaremos en igualdad de condiciones.

Se lo conté todo, hasta el último detalle. Mi deseo de ser madre, la infidelidad, la mentira de Carlos... desnudé mi alma. Era la primera vez, otra de tantas primeras veces, desde que había aterrizado en Londres, que hablaba de algo tan íntimo con alguien que prácticamente acababa de conocer. Aunque ese alguien no era cualquiera, era James. Él escuchó pacientemente, sin interrumpir ni una sola vez hasta que acabé.

—Lo siento, Sofía. Siento que hayas pasado por ese trance tan complicado.

—Sí, yo también, pero estoy bien. Sorprendentemente bien, diría yo.

—Es posible que la experiencia te permitiera ser consciente de que Carlos no era para ti.

—Quizá... el problema es que, de seguir así, lo habría comprendido a las puertas de mi jubilación...—le contesté amargamente.

—Nunca es tarde para empezar de nuevo.

—Sí que lo es, James. Mi reloj biológico tiene fecha de caducidad, como el de cualquier mujer.

—Bueno, hoy en día, las mujeres son madres cada vez más tarde. Seguro que encontrarás a alguien que estará encantado de compartir la paternidad contigo, Sofía.

¿Aquel comentario iría con segundas? ¿Significaría que no estaba dispuesto a desempeñar ese papel? Desde luego, me estaba volviendo loca. ¿Cómo se iba a plantear algo así en nuestra primera cita? Dejé de lado esos pensamientos. No me iban a llevar a ningún sitio, así que me concentré en disfrutar de la velada. Ya íbamos por el segundo plato.

—Serás una buena madre —dijo con ojos soñadores.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eso se nota.

—¿Y tu exmujer? ¿Cómo lo llevas con ella? —Hice la pregunta y me arrepentí al instante.

—Mal.

—Lo siento, no debería de haber sacado el tema.

—No te disculpes, es normal. Catherine me culpa de todo. Me culpa de no haber estado con ellos, de no haber ejercido como padre, de haber sido un mal marido y de muchas cosas más que prefiero no comentar.

Su rostro parecía desencajado. Mientras el tema de conversación era yo, reflejaba tranquilidad, ahora, en cambio, parecía tirante, alerta, como si estuviera a punto de echar a correr.

—Dejemos el tema. No quiero estropear algo que va tan bien encaminado.

El camarero rellenó mi copa por tercera vez. Para James era la cuarta.

—Oliver necesitaba una madre y un padre. Ella se lo consentía todo, creía que así la querría más o que con el tiempo se lo agradecería. Lo consentía porque se pasaba el día en el gimnasio, de compras o con las amigas. Le dejaba vía libre para actuar como le viniera en gana. Oliver necesitaba una guía y yo estaba mucho tiempo ausente. Me pasaba el día en la comisaría, intentando resolver los crímenes que cometían otros, sin pensar que el más importante lo estaba cometiendo yo.

Aquellas palabras sonaron ahogadas. El nudo que sentía en la garganta impedía que su voz sonara con normalidad. Bebió intentando tranquilizarse, pero no era sencillo.

—No seas tan duro contigo.

—No es cuestión de ser justo o injusto. La cuestión es que Oliver ya no está conmigo ni lo estará jamás. Es algo que no consigo comprender. No puedo creerlo y ya hace tres años que lo

perdí.

Su mirada fija en la mesa y su mandíbula tensa, me indicaban que estaba haciendo un esfuerzo para controlarse, para no llorar. Se armó de valor y cambió de tema, pero la noche se había ensombrecido. Lo cogí de la mano.

—James, no te martirices. Todavía no ha pasado el tiempo suficiente...

—En efecto. Creo que no debería de haberle hecho caso a la pesada de mi prima.

Solté su mano. Entonces, habíamos salido porque Lena había insistido. Cerré los ojos, sabía que Lena tenía buenas intenciones, pero había ido demasiado lejos.

—James, creo que ha llegado el momento de irnos.

—No, por favor. No me malinterpretes. Te he pedido salir a cenar porque me apetecía, me gusta estar contigo. Pero todavía sufro altibajos emocionales y no estoy pasando un buen momento.

—Te entiendo, James, te lo aseguro. Pero no quiero precipitar nada que tú no desees.

—Sofía... —Ahora, el que me cogía la mano era él—. El beso fue sincero. Quizá no fuera el momento adecuado, pero lo que sentí sí lo fue.

Me solté con disimulo, agarré la servilleta que había dejado sobre mis rodillas y me limpié la comisura de los labios. Solo fue una excusa, necesitaba hacer algo con mis manos. Suspiré.

—Yo también sentí que compartíamos algo especial, James.

—Pues dejemos los temas tristes y disfrutemos de esta deliciosa velada. Vamos hacia delante, Sofía.

Terminé la cena mucho más relajada de lo que esperaba. El camarero asignado no dejó que nuestras copas estuvieran vacías en ningún momento y, claro, eso ayudó bastante.

Regresamos riendo y recordando distintas fechorías realizadas por él y su prima cuando eran pequeños. Cuando llegamos a la puerta del hotel, me preguntó si quería entrar y le dije que sí.

Me sentía desinhibida, sexi y algo achispada por el vino. Cuando por fin logramos meter la llave en la cerradura de su habitación, estábamos tan excitados que apenas logramos quitarnos la ropa antes de caer a plomo sobre la cama.

Me subió el vestido como pudo mientras yo le desabrochaba el pantalón con torpeza. Ni siquiera nos paramos a quitarnos la ropa interior. Simplemente, la apartamos para no entorpecer la entrada. Con un empujón estuvo dentro de mí. Fuerte, rabioso, necesitado.

Nuestros labios y nuestras lenguas chupaban frenéticas, salvajes; succionaban, lamían y besaban.

El deseo era tal, que alcanzamos el clímax enseguida. Juntos, escandalosos, sudorosos.

Cuando fuimos conscientes de lo que acabábamos de hacer, nos miramos con pudor. Un poco tarde para avergonzarse, pero así fue.

—Sofía, lo siento. No debería de haber sido así.

—No te disculpes, yo también lo he disfrutado —dije sonriendo.

Mientras nuestras respiraciones volvían a la normalidad, intentamos ordenar un poco la ropa arrugada. Me bajé el vestido hasta las rodillas y él se subió el calzoncillo y se abrochó el pantalón de mala gana. Mientras intentaba arreglar mi peinado, él me cogió de las manos.

—Sofía, quédate. Hagámoslo bien. Esto solo ha sido el preludio de lo que podemos disfrutar sin prisa.

Tenía razón, además el deseo palpitaba en mi interior, queriendo más y mejor.

—Está bien... ¿Te importa si voy al cuarto de baño y me aseo un poco?

—Claro, te aseguro que estaré aquí esperándote.

La promesa me encendió todavía más. Entré en el cuarto de baño y me duché con rapidez. Lavé mis braguitas y las dejé secar en un rincón. Salí envuelta en un albornoz oliendo a él.

En cuanto me vio, saltó de la cama y, con más deseo que pudor, entró en el baño, que yo acababa de dejar envuelto en vapor.

—Salgo en cinco minutos... —escuché que me decía con voz grave a causa del eco.

Cuando regresó a la habitación yo ya estaba desnuda, metida entre sus sábanas. Salió desnudo y preparado, tan preparado que con solo verlo me puse a cien. No podía ponerle ni una pega a su cuerpo. Estaba claro que, aparte de cuidarse en el gimnasio y de alimentarse de forma saludable, sus genes benevolentes habían contribuido a esculpir su cuerpo. Entró en la cama y su mirada me prometió la luna, cosa que cumplió a rajatabla. Hicimos el amor dos veces más. Esta vez con lentitud, explorando cada rincón de nuestro cuerpo. No quedó ni un espacio sin saborear. James sacó varios preservativos. La primera vez experimentamos una urgencia tal, que ni siquiera habíamos pensado en ello. Nos dormimos abrazados, sonrientes y agotados.

CAPÍTULO ONCE

CONVIVENCIA

20 de diciembre de 2019

Amaneció. Mil pensamientos se cruzaban en mi mente mientras observaba a James dormir plácidamente. Bailaban de un lado a otro de forma desordenada. Pensaba en cómo saldría del hotel sin que me vieran y en lo que le diría a mi padre, que se estaría preguntando por qué había dormido fuera de casa. No pude evitar reírme de mí misma. Yo, la cuadrículada Sofía, que nunca en veinte años había hecho algo sin planear, me veía obligada a mentir para esconder una noche de sexo tórrido del bueno.

Apoyada sobre un codo y de cara a James, decidí que no mentiría. No había hecho nada malo. Sí, algo de vergüenza experimentaría, pero aguantaría la mirada burlona de Lena y el silencio explícito de mi padre. La serenidad que me embargó al tomar la decisión de asumir las consecuencias de mis actos me hizo sonreír. Y eso fue lo primero que vio James al abrir los ojos.

—Buenos días, dormilón... —Parpadeó varias veces, quizá no recordaba lo que había ocurrido la noche anterior, pensé con cierto pesar.

—Hola, preciosa... —Por suerte se acordaba de mí—. Hace una eternidad que no me levantaba tan bien acompañado.

Entrecerré los ojos.

—¿Sabes que, con el pelo suelto, aparte de estar cañón pareces más joven?

Alargó la mano cogiéndome un mechón de pelo y lo enrolló entre sus dedos. Tiró suavemente de él y nos besamos. Nos miramos a los ojos intensamente.

—Dime cómo puedo salir de aquí sin que me vean...

—Acabas de romper el encanto —dijo sonriendo.

—Es broma. Mientras dormías como un lirón, he llegado a la conclusión de que no voy a mentir. Si me encuentro con tu prima, se lo explicaré como dos adultos que somos.

—Pues ya tengo cantinela para un mes...

—Pues tendrás que pagar tu precio por haberme seducido.

—Perdona, pero no sabría decir quién sedujo a quién...

La imagen de nuestra primera vez me hizo volver a desear más de lo mismo. Me subí con agilidad sobre él y le agarré los brazos sobre su cabeza. ¿Quieres que te deje claro quién sedujo a quién?

—Nada me haría más feliz... —dijo con la mirada fija en mis pechos desnudos, que se contoneaban descaradamente—. Me acerqué a él y se los puse sobre la cara, mientras lo inmovilizaba sujetando sus manos y apretando mis caderas contra las suyas. Empecé a moverme encima suyo y lo llevé hasta el límite. Hicimos el amor con la misma urgencia que la primera vez.

Decidimos bajar a desayunar juntos, para presentar un frente común ante la curiosidad de Lena. Pero, sorprendentemente, cuando nos vio aparecer frente a la recepción se limitó a mirarnos con los ojos como platos. No soltó ni una palabra malsonante o intimidatoria.

—Hola, chicos. Por lo que veo, la noche ha resultado provechosa. Me alegro tanto...

Me pareció que sus ojos se empañaban, pero no podía asegurarlo puesto que se dio la vuelta y corrió hacia el comedor, escudándose en el trabajo acumulado.

James y yo nos miramos y suspiramos. Después de desayunar, le dije que tenía que regresar a

casa, suponía que Olivia tendría que marcharse.

La Nochebuena del 2019 quedaría grabada en mi memoria por diferente e inusual. Si el año anterior alguien me hubiera dicho que acabaría viviendo en otro país, junto a mi padre y junto a un hombre que no fuese Carlos, le hubiera recomendado que consultase a un psiquiatra.

Lena organizó una preciosa cena en el comedor del hotel. Todos los años cerraba desde Nochebuena hasta Nochevieja; mantenía esa costumbre desde que habían nacido sus hijos. Decía que ellos también tenían derecho a disfrutar de aquellos días en familia. El hotel se podía sustentar con los beneficios que se obtenían durante el resto del año. Al ser un pueblo turístico tenían visitantes durante las cuatro estaciones, aunque la cantidad de viajeros fluctuaba cada temporada. Decoraba el hotel desde la primera semana de diciembre hasta que pasaban las Navidades. Así disfrutaban del ambiente navideño, los huéspedes y la familia.

Aquel día, el camarero y la camarera que realizaban la limpieza de las habitaciones libraban, así que entre ella y yo preparamos el menú y cocinamos. Austin y James se encargaron de preparar la mesa y colocar las sillas. Lena dirigió cada movimiento de ambos desde la cocina, así que, cuando salí al comedor y vi lo que habían montado, me quedé de piedra. Lena sabía cómo sorprender en lo que a decoración se refería.

La gran mesa vestida con un precioso mantel color blanco roto, dejaba que destacaran la cubertería, la vajilla barroca y las copas con el filo de oro. Sobre el mantel, de punta a punta, sobre el camino de mesa rojo lucían toda clase de adornos, velas y candelabros, que proporcionaban al comedor una calidez especial.

Cuando tuvimos controlada la cena fui a por mi padre. James me acompañó y entre los dos lo ayudamos a cruzar pacientemente la calle hasta entrar en el cálido salón. Cuando estuvo sentado a la mesa no pudo reprimir que alguna lágrima le resbalara, silenciosa, por la mejilla. Lena y yo nos miramos comprendiendo la importancia de aquel momento.

—Papá... —Me senté a su lado, le agarré la mano. Sobraban las palabras, solo quería que sintiera mi apoyo.

—Cariño, no me malinterpretes. Estoy triste por tu madre, lógicamente. Pero a la vez estoy tan feliz de estar contigo...

—Yo también lo estoy, papá.

Lo abracé. Se hizo el silencio. Cuando deshicimos el abrazo, dirigí la mirada hacia James. Su semblante sombrío me decía que él también albergaba sentimientos difíciles de sobrellevar. Cuántos frentes abiertos... cuántas batallas sin resolver. Me acerqué a él.

—James...

—Sofía, esto lo tengo que afrontar solo, no te preocupes. Estoy bien.

Me sonrió, pero su mirada no reflejó alegría. Era demasiado pronto.

Lena, consciente de la situación, gritó llamando a sus hijos; nada como un racimo de niños para alegrar la Navidad, pensé yo amargamente.

Nos sentamos a la mesa, éramos nueve en total. Los padres de Lena, Lena y Austin, mi padre, los niños, James y yo.

En cuanto Lena conectó el tocadiscos, los villancicos empezaron a sonar y el ambiente se suavizó; desde aquel momento la velada transcurrió con normalidad. Cuando terminamos de cenar, recogimos y servimos los dulces. Lena aumentó el volumen de la música, invitándonos a cantar. Los niños fueron el alma de la fiesta, la verdad. Me hipnotizaba verlos alrededor de sus abuelos, obsequiándolos con carantoñas, abrazos, y besos. Lena bailó y cantó con ellos. Eran la viva estampa de una familia feliz. James y yo los observábamos en silencio.

No quería ni pensar en todo lo que le estaría pasando por la cabeza. Porque yo sentía envidia

sana y era sana de verdad. Pero lo que reflejaba su rostro era dolor puro y duro. Duro como una losa de cemento. Seguramente estaría deseando con todas sus fuerzas desaparecer, volatilizarse, evaporarse. Pero ahí estaba, aguantando como un campeón. Y por eso lo quise todavía más.

Cuando fui consciente de lo que acababa de pensar, me ruboricé. Y no fue a causa del vino ni del calor del fuego. Acababa de reconocer en silencio y sin planearlo, el amor que sentía por él. El corazón me latía con fuerza, como si en lugar de un pensamiento, hubiera sido una confesión al oído de mi amado.

Como si adivinara mis pensamientos, giró su cabeza hacia mí. Yo lo miré con amor infinito. Él debió sentir algo, porque su mirada se suavizó. Me acerqué a él y lo abracé. A aquellas alturas no me importaba que alguien se sorprendiera, necesitaba abrazarlo y así lo hice.

Cuando Lena y el resto de los allí presentes se percató de mi demostración de cariño, paró la música. Me quedé congelada y la miré con ganas de asesinarla.

—Bueno, creo que es hora de un brindis. Me da igual lo que me digáis, lo voy a soltar igualmente. Además, mis padres serán testigos, así que no podéis matarme y hacer desaparecer mi cadáver.

Hasta los niños se quedaron en silencio. Alzó su copa y solemnemente dijo:

—Quiero decir, de mi parte y estoy segura de que mis padres piensan lo mismo, que nos hace muy felices el hecho de que estéis juntos. Nos encanta, así que dejaos de tonterías y disfrutad de vuestra relación.

Levanté mi copa a la vez que miraba a James. Sus labios dibujaron una tímida sonrisa, era una buena señal. Por lo menos aceptaba lo que había dicho su prima. Realmente, no habíamos hablado en serio después de la noche que habíamos pasado juntos. Los días siguientes habían transcurrido tan deprisa, que no habíamos tenido tiempo de formalizar nuestra relación. Así que aquel brindis constituyó nuestra presentación formal como pareja.

Todos alzaron su copa y aplaudieron, incluido mi padre.

Al día siguiente, los tres almorzamos en casa. Había sobrado comida para una semana y Lena y su familia viajaron a Londres para comer con los padres de Austin.

Mientras almorzábamos salió el tema del trabajo. Mi padre era sabedor de mi situación laboral. Acordamos que, cuando pasara la Navidad, viajaría a España para formalizar mi baja definitiva en el hotel.

—Papá, he pensado tomarme un año sabático. Lena me ha comentado que podríamos trabajar juntas en el futuro. No me he negado, pero, ahora, lo que más me apetece es estar contigo y darme un respiro. Puedo permitírmelo y voy a disfrutar de ese privilegio.

—Me parece muy bien, hija. Además, sabes que por el dinero no tienes que preocuparte.

—Sí, lo sé, pero tengo claro que quiero volver a trabajar. Aunque, por el momento, descansaré. Giró la cabeza hacia James y le preguntó si se sentía con fuerzas para reincorporarse.

Cuando mi padre verbalizó la pregunta, casi me atraganté por lo abrupto que había sido.

James se quedó con la cuchara suspendida entre el plato y su boca. Dejó la cuchara y apoyó sus antebrazos sobre la mesa.

—Sí, hablé con Robert, mi superior, hace un par de días —aclaró dirigiéndose a mi padre. Le comenté que me encontraba mejor y que estaba deseando trabajar, pero me respondió que eso lo decidiría mi psicoanalista.

—No te precipites, James —le dije poniendo mi mano sobre la suya.

—Siento que me vendría bien recuperar la normalidad.

—Si, eso está claro, pero para desempeñar tu trabajo tendrás que estar al cien por cien.

—Sí, justamente eso fue lo que me dijo Robert —comentó con voz apagada.

—Tengo cita con el doctor Wembley a mediados de enero. Lo hablaré con él a ver qué me dice.

Cambiamos de conversación. Charlamos sobre trivialidades y seguimos comiendo. Al día siguiente, Lena irrumpió en mi casa como un huracán. Me dijo que no hiciera planes para Nochevieja, que había reservado dos habitaciones en un célebre hotel de Londres. Me sorprendió muchísimo que, a aquellas alturas, encontrara habitación en un lugar como aquel, pero no pregunté. No quería ponerla en un aprieto.

—Pero, Lena, no he traído ropa adecuada para cenar en un sitio así —protesté.

—No te preocupes, como saldremos por la mañana, podremos aprovechar para desvalijar alguna tienda de los alrededores. Yo también quiero pescar algo.

—Eres increíble —le dije, abrazándola.

Llegó el día en que partimos hacia Londres. Tuve la sensación de que salir del entorno en el que llevaba desde que había llegado a la ciudad, me hacía vulnerable. Aquello me dejó un poco descolocada, pero el ambiente en coche era muy positivo, cosa que se agradecía. La pareja nos demostraba, una vez más, que se sentía a gusto con nosotros. Me habían aceptado sin reparos y con las puertas abiertas. Desprendían bondad y buen rollo. Aquello me relajó, pues durante la primera parte del viaje, las dudas y el recelo amenazaban con aguarne la fiesta. Sin embargo, la mano de James sobre la mía y la conversación animada de Lena me tranquilizaron.

Llegamos al hotel antes del mediodía. Lena me había dicho el nombre por el camino. Por supuesto, había oído hablar de él. Me preguntaba cómo había conseguido habitación en aquel paraíso. Aparcamos en el garaje y nos dirigimos a recepción para realizar el registro. Mientras recorríamos el hotel, mi ojo crítico no dejaba de trabajar. Aprobaba cada uno de los detalles que decoraban el vestíbulo central. Aquello rezumaba exquisitez. Nada de adornos recargados ni fuera de lugar. Todo era elegante, sin excesos que empalagaran.

Cuando subimos a la habitación me sentí impresionada. El gran balcón daba directo al *Big Ben* y al Palacio de Westminster. Solo había que atravesar el puente que cruzaba el Támesis y te plantabas ante el célebre reloj.

—Bueno, ahora, cuéntame el secreto... —pregunté a James, abrazándolo.

—No sé de qué me hablas —dijo con aspecto inocente.

—Venga ya, James. Lena no puede haber marcado el número de este hotel y, como por arte de magia, encontrar dos habitaciones libres para Nochevieja.

—Pues eso se lo tendrás que preguntar a ella —respondió con mirada inocente.

—Cariño, no podemos entretenernos. Hemos quedado Lena y yo para salir a *pescar* algo que ponernos esta noche.

—¿Y por qué tienes que ponerte algo? ¡Recibamos el año sin ropa!

Lo contemplé como quien mira a un sapo sobre un sofá. Él me acercó suavemente y me dio un abrazo más largo de lo normal. Sus manos bajaron despacio hasta mi trasero acercándose a su entrepierna. Aquello casi me convence, pero era preciso salir a buscar algo de ropa que no desentonara con los invitados que acudirían a la fiesta de fin de año.

Como si nos hubiera espiado por el ojo de la cerradura, mi móvil vibró con insistencia. James me soltó a regañadientes. Se trataba de Lena, como no podía ser de otra manera.

—Suelta a mi primo y baja ahora mismo al *hall*. Te estoy esperando.

Señalé el móvil apresurándome.

—Vale, te dejo ir, pero que sepas que te estaré esperando.

—No lo dudo —afirmé sonriendo.

Agarré el bolso de un manotazo y bajé en busca de Lena. Ella me esperaba dignamente sentada

en el sillón circular del centro del *hall*. En cuanto me vio, dio un salto y se encaminó a la salida.

—Tenemos menos de una hora para encontrar algo.

—Si, vamos justas, pero si adelantamos seguro que llegamos a tiempo.

Al salir del hotel giramos a la derecha. Ambas conocíamos bien la zona, así que sabíamos adónde nos dirigíamos. A menos de cien metros había una calle llena de tiendas de ropa donde podías encontrar de todo. Prendas caras, pero también algunas más asequibles.

Después de un primer tanteo, nos miramos y, sin decir nada, nos plantamos delante de la que parecía la tienda más equilibrada en cuanto a precio y calidad.

Sonreímos al descubrir que habíamos coincidido. Entramos; el recinto estaba medio vacío. Claro, ¿quién iba a comprar el vestido de Nochevieja en el último momento?

En cuanto la dependienta nos vio, se acercó.

Le explicamos lo que necesitábamos y enseguida nos acompañó a la zona de fiesta. Empezó a sacar modelos. El tercero me dejó sin palabras. Se me debió de notar, porque Lena y la dependienta me dijeron al mismo tiempo que parecía hecho para mí. Lo aparté y me concentré en buscar otras opciones.

El que me había gustado era demasiado llamativo, así que eché un vistazo de nuevo: quería ver si me convencía otra cosa. El problema era que ninguno se podía comparar con el rojo, con escote en uve, que nos había gustado a las dos.

Así que suspiré y decidí probármelo.

—Pero, antes, elije el tuyo y nos lo probamos juntas.

—Vale, les he echado el ojo a varios.

Lena le pidió a la dependienta que le trajera los que le habían gustado y la chica cargó con todos. Casi no se la veía entre tanta tela. Reprimí una carcajada por lo cómico de la situación.

Entramos en sendos probadores. Uno junto al otro. Me quité la ropa y el vestido entró en mí como un guante. No había que retocar nada, así que me asombré y me alegré por ello. Moví la pierna hacia un lado y me di cuenta de que la abertura llegaba casi hasta el final del cuádriceps. Volví a poner la pierna en su lugar, como si alguien hubiera observado mi descarado gesto. Menos mal que por lo menos era de manga larga. El escote en uve era, quizá, un poco más pronunciado de lo que hubiera querido, pero tenía que reconocer que era apropiado para la ocasión.

La dependienta me preguntó qué necesitaba y le pedí unos zapatos de mi número que hicieran juego con el vestido. Al momento, me acercó unas sandalias de color rosa *nude*, que se sujetaban mediante una fina tira al empeine y, al tobillo, con una pulsera. Eran preciosas, pero, por su aspecto, se diría que eran *inandables*, como yo denominaba a los zapatos que no te permitían ni siquiera dar un paso al ponértelos. Yo estaba acostumbrada a usar salones de medio tacón, sencillos y cómodos. Pero no me negué a probármelos; me agaché, metí los dedos por la tira y la ceñí al tobillo. Cuando me incorporé, no me podía creer que mis pies no se quejaban por la altura del tacón ni por las delicadas tiras que mantenían los zapatos unidos a mis pies. Salí, no me fiaba, tenía que caminar algunos pasos antes de decidirme a comprar. En aquel momento, la dependienta y Lena se quedaron en silencio.

—Sofía, ¿tú te has visto?

—Me lo quito, ¿verdad?, es demasiado atrevido —dije dando media vuelta.

—Eh, eh... ¡Que nadie te ha dicho eso!

Me giré antes de entrar en el probador.

—Estás de infarto —soltó Lena.

—Si te digo la verdad, nunca me había puesto un vestido rojo. Soy de colores apagados...

—Pues, hija, lo que te has perdido. Estás espectacular.

Me abrazó y sentí su cariño. Al momento, deshizo el abrazo y soltó sin avisar:

—Oye, ese escote te hace unas tetas impresionantes.

Me estaba acostumbrando a sus expresiones vulgares, pero todavía me sorprendían sus comentarios desprovistos de mala intención, pero fuera de tono.

—¡Pero que bestia eres! —susurré mirando de reojo a la dependienta, esperando que no hubiera escuchado su último comentario.

—Venga, quítatelo, que me van a dar celitos —bromeó—. Ahora me vas a tener que ayudar a mí. No tengo ni idea de qué ponerme.

Entré en el probador y me desnudé. Colgué el vestido nuevamente en su percha y me vestí.

Salí dispuesta a encontrar un modelo ideal para Lena.

Como no la veía convencida, decidí echar un vistazo a la zona de fiesta. La revisé percha a percha, hasta que apareció ante mí el apropiado. Era de color azul noche, de terciopelo, y caía recto por el peso de la propia tela. Lo saqué del perchero y me dirigí al probador.

—Pruébate este, Lena.

—¡Es precioso!

—Seguro que te sienta de maravilla.

Lena se vistió en un santiamén y salió dando un tirón a la cortina, posando como haría una actriz.

—Estás impresionante, Lena.

—Sí, es bonito, la verdad. Eligiendo, has tenido mejor gusto que yo. ¡Bueno! —exclamó dando una palmada—. ¡Es hora de volver al hotel!

En aquel momento, dio media vuelta y entró en el probador. La dependienta y yo nos miramos, sonriendo. Mi amiga era única.

Ya era hora de comer, así que subimos, raudas, a las habitaciones, pensando que Austin y James estarían enfurruñados, esperándonos para bajar al comedor. Pero, al entrar, las encontramos vacías. Colgamos los vestidos y salimos al pasillo. Lena llamó a Austin para preguntarle dónde estaban. Cuando lo averiguó bajamos en su busca. Estaban en la barra del bar tomando un aperitivo, haciendo tiempo para el almuerzo.

—¡Hombre! Tengo que confesar que me habéis sorprendido. Habéis terminado más pronto de lo que esperábamos, ¿verdad, James?

—Si te refieres a Lena, sí, así es. A Sofía todavía no la he sufrido de compras para saberlo.

—¡Pero, bueno! ¡Esto qué es! —exclamó Lena ofendida.

—Cariño, reconoce que a veces te cuesta encontrar una simple camisa para trabajar, pues imagínate un vestido de Nochevieja.

—Bueno, no te lo voy a negar... a veces me cuesta decidirme —afirmó pensativa—. Tengo que reconocer que Sofía me ha ayudado a encontrar el vestido perfecto para esta noche. Y da gracias que tengo los zapatos que me he traído de casa, porque aún estaríamos allí.

Ambos se levantaron galantes dejándonos los taburetes para que nos sentáramos.

—¿Queréis una cerveza antes de comer? —ofreció Austin.

—No estaría mal. Salir de compras cansa mucho —afirmó Lena, guiñándole un ojo a su marido.

Pedimos las cervezas y planeamos lo que haríamos hasta la hora de la cena.

Mientras tomábamos una decisión, el semblante de James cambió de forma abrupta.

Los tres dirigimos la mirada hacia el causante de dicha transformación. Las caras de Austin y Lena se tensaron como la de James. Yo no entendía lo que estaba sucediendo, pero algo me decía que la morena que lo miraba de forma indiscreta algo tenía que ver. Mientras intentaba averiguar quién era aquella mujer tan bajita, esta se acercó con paso seguro.

—Catherine —saludó James.

—James —contestó ella. Luego se dirigió a Lena y a Austin, y los saludó de forma áspera. James se vio obligado a presentarnos.

—Catherine, te presento a Sofía, amiga de la infancia de Lena. Sofía, te presento a Catherine, mi exmujer y madre de nuestro hijo.

El ambiente se acababa de congelar. La analicé sin poder evitarlo. Su pequeña estatura la hacía parecer una niña. Lo que la diferenciaba de ello eran sus profundas arrugas en el entrecejo y un gesto rígido y desagradable. No era una mujer fea, pero su semblante grosero te echaba para atrás. Nos saludamos con un escueto *hola*. Ni besos ni nada por el estilo. Mejor; besar a aquella especie de muñeca diabólica no era lo que más me apetecía en aquellos momentos. Y no es que mi opinión estuviera influenciada por el relato de Lena, es que su cara parecía advertir *no te acerques*. Nos ignoró y dirigió su mirada a James.

—¿Cenas aquí?

—Sí, ¿y tú?

—Sí.

—Bueno, pues entonces hasta la noche... —La contestación de James dio por terminado el interrogatorio.

El halo de frialdad que trajo Catherine quedó suspendido sobre nosotros durante algunos minutos. Lena era experta en romper el hielo en situaciones tensas.

—Bueno, ¿pasamos al comedor? Van a negarse a darnos de comer como no entremos ya, y yo me muero de hambre.

Una vez cómodamente sentados en una mesa redonda, Lena sacó el tema, más que nada, para romper el silencio en el que nos habíamos sumergido sin poder evitarlo. La presencia de Catherine había caído como un meteorito sobre nosotros y no era justo que le permitiéramos que nos aguara la fiesta.

—James, esto es parecido a que te toque la lotería, pero al revés. De todos los locales, hoteles, casas, discotecas y demás de todo Londres tenía que estar aquí. No me lo puedo creer, de verdad te lo digo.

—Sí, tienes razón. Ha sido mala suerte. Pero, por favor, intentemos que su presencia no nos arruine la velada...—Esto último lo dijo mirándome directamente a los ojos.

Suspiré. Resultaría difícil, pero tenía que intentarlo. Por él, pero también por Lena y Austin. Sospechaba que el matrimonio realizaba pocas salidas al año y, para una vez que se decidían, me había propuesto hacerlos felices, si estaba en mi mano.

—No te preocupes, James. Por mi parte, no hay ningún problema.

Le cogí la mano sobre la mesa y lo miré con dulzura. No quería ni imaginarme lo que estaría sintiendo en aquellos momentos. Tenía que esforzarse en aparentar que todo iba bien y, ahora, además, tenía que afrontar que pasaría la velada cerca de una persona con la que hubiera preferido no volver a encontrarse jamás.

Terminamos de cenar y decidimos subir a las habitaciones para descansar un rato antes de prepararnos para despedir el año.

Una vez en la habitación, la mirada de James me dijo que descansar, íbamos a descansar muy poco. Pero no me importó, pues yo lo deseaba igual que él me deseaba a mí. Así que combinamos el descanso con las artes amatorias.

Con más pereza que alegría, me levanté de la cama para arreglarme en el cuarto de baño. En poco tiempo conseguí un maquillaje decente y con el pelo, no quise complicarme, así que opté por el moño, conservador, sí, pero era mi señal de identidad; confería el toque elegante que el vestido

rojo rubí necesitaba.

Salí del cuarto de baño en ropa interior. James seguía en la cama con la mirada fija en el techo. Su silencio pensativo hizo que un escalofrío recorriera mi espalda. Algo no iba bien. Por mucho que se estuviera esforzando, de vez en cuando su mirada se apagaba reflejando la amargura que sentía. Y estaba claro que el encuentro con Catherine no había ayudado en absoluto.

De repente reparó en mi presencia.

—¿Es preciso que bajemos? Quedémonos aquí los dos, celebremos la llegada del año solos — sugirió con voz soñadora, mientras, acostado todavía, tiraba de mí, apoyaba su cabeza sobre mi barriga y ponía las manos sobre mi trasero desnudo.

—Sabes que eso no puede ser. Piensa en Lena y en Austin... —Le acaricié el cabello.

—Sí, lo sé. Pero no estaría mal, ¿eh?

—No, ¡no estaría nada mal!

A punto estuve de claudicar, pero por nada del mundo dejaría plantados a Lena y a Austin, así que me deshice del abrazo de James y me dirigí al armario para vestirme. James no tuvo más remedio que entrar en la ducha.

Cuando salió yo estaba abrochándome las sandalias. Como había subido la pierna a la silla, la abertura del vestido parecía exagerada.

—Creo que tienes las piernas más largas que he visto en mi vida.

—¿Eso es un piropo? —pregunté, sonriendo.

—Algo así... —Se acercó y me acarició la pierna que quedaba libre. Parecía que no podía apartar sus manos de mi cuerpo.

—¿Sabes que me vuelves loco? —pegó su cara a la mía y no me alejé.

—¿Otro piropo? Sabes cómo halagar a una mujer. Eres consciente, ¿verdad?

—No te estoy piropeando, estoy reconociendo que te deseo a todas horas... —Su mirada ardía —. Me encerraría contigo durante días y te follaría hasta quedar saciado, aunque dudo que algún día lo consiguiera.

Su aliento cálido me envolvió. Su olor a recién duchado, también. A punto estuve de arrancarme la ropa y acceder a sus deseos, pero me contuve a duras penas. Esa mirada tan suya, tan penetrante, hacía que mi mente, acostumbrada al orden y al equilibrio, desvariara. Imaginaba prados floridos bañados por el sol con nuestros cuerpos entrelazados en ellos.

Me aparté con disimulo; no quería romper el momento, pero se estaba haciendo tarde y tenía que parar aquello. Con media sonrisa en el rostro, se vistió sabiendo que me había costado contenerme tanto como a él.

Cuando estuvimos preparados para salir, llamé a Lena. Ellos también lo estaban, así que quedamos en que nos encontraríamos en el pasillo de nuestra planta para bajar juntos a tomar algo antes de cenar.

Lena estaba bellísima y así se lo hice saber. Por supuesto, los hombres también destacaban por su elegancia. El traje chaqueta de ambos, negro con camisa blanca, se diferenciaba por un solo detalle: uno acompañaba el conjunto con una pajarita y el otro con una corbata.

Bajamos al salón central y allí nos dirigimos a la barra para pedir algún licor que nos calentara por dentro.

Enseguida entramos en calor y la tarde se animó. Estábamos rodeados de gente elegante. Las mujeres brillaban, llamativas, como bombillas de Navidad. Los hombres no se diferenciaban demasiado, ya que tampoco tenían tanto donde elegir. Sin embargo, algunos llamaban la atención con sus trajes bordados con motivos estrafalarios, cosa que hacía que se distinguieran del resto de caballeros que habían coincidido en el salón.

Cuando llegó la hora de la cena, Lena y yo nos dirigimos al cuarto de baño antes de sentarnos. Una vez en el aseo de mujeres, frente al gran espejo, nos retocamos el maquillaje mientras comentábamos la suerte que habíamos tenido al no habernos encontrado con Catherine todavía.

—Lena, ¿tú crees que debo preocuparme?

—¿De qué, querida? —Me miró extrañada.

—Yo sé que es pronto para que James rehaga su vida, pero los dos estamos ilusionados...

—Entonces, ¿qué problema hay?

—No sé... en ocasiones, su mente está en otra parte. No sé cómo explicártelo...

—No hace falta que me lo expliques, tengo ojos en la cara. Pero no quiero que te preocupes, piensa que tan solo hace tres años que su hijo murió. Poco a poco, Sofia. Él no esperaba encontrarte, pero ha sucedido. Y tiene que lidiar con el remordimiento que siente al ilusionarse por algo... bueno, en este caso, por alguien.

—Jolines, no es fácil...

—Claro que no es fácil. ¿Quién dijo que lo sería? Por cierto, vuelvo a decirte que... ¡qué tetas te hace ese vestido!

—No creas que su forma es natural. Normalmente, mi talla es una menos, pero está a punto de bajarme la regla y han dicho: ¡ahí voy! Y se han hinchado como globos. Además, me duele la tripa...

—Oye, ¡a ver si estás embarazada!

—¡Que va! —dije, abriendo mucho los ojos.

Justo en aquel momento, Catherine salía del excusado.

El silencio se hizo espeso. Tras saludarnos con un escueto, hola, se marchó.

En cuanto la puerta se cerró, puse la mano en mi boca como una niña que acaba de hacer una fechoría.

—Lena, ¿nos habrá oído?

—Vete tú a saber. Espero que no, la verdad. Seguro que aprovecharía la situación para lanzarle, a James, dardos envenenados. ¡Joder! ¡Qué puta casualidad!

Lena dijo en voz alta justo lo que yo pensaba, pero ella era más rápida y más clara. Terminamos con el lápiz de labios y entramos a orinar antes de salir nuevamente al salón central.

En cuanto nos reunimos con los hombres, nos dirigimos al comedor. Un piano de cola presidía la gran sala. El pianista rozaba las teclas con una delicadeza que penetró en mis sentidos, relajándome al instante. Nos identificamos al *maitre* y él mismo nos acompañó a nuestra mesa.

Algunos comensales disfrutaban ya de su cena; el entrechocar de los cubiertos combinado con el murmullo de las conversaciones, se mezclaba con la melodía que alguien tocaba en el piano de cola.

Cuando estuvimos sentados, mientras me ponía la servilleta sobre el regazo no pude evitar mirar por el salón en busca de Catherine. Casi desistí de mi empeño, cuando, en un rincón discreto, la vi junto a un grupo numeroso de hombres y mujeres, que charlaban y reían entre ellos. Realmente, me sentí acongojada al ver su cara larga y desolada. Como la tenía justo enfrente, a pesar de la distancia, la podía observar de vez en cuando sin que ella me viera a mí. Así que me pasé la cena mirando entre las cabezas de comensales: no sonrió en toda la velada.

Me puse en su lugar. Hacía tres años que su hijo había fallecido. Seguro que sus amigos la habían convencido para salir aquella noche, aunque a ella no parecía apetecerle en absoluto. Qué mal me sentí sin quererlo. Me sentí fatal por haberla juzgado sin ponerme en su lugar. Aunque conocía la desgracia por la que había pasado, la había juzgado por su mirada hostil.

No hacía mucho, algunas amigas me habían hecho lo mismo. Juzgar a las personas sin

conocerlas es un error que deberíamos evitar, pero seguimos haciéndolo una y otra vez, sin pensar en las consecuencias.

James al final se dio cuenta de las miraditas furtivas que eventualmente le dirigía a Catherine. Los tres me miraron.

—Sofía, tranquila, no te va a comer.

—Te aseguro que no es eso lo que me incomoda. Voy a decir lo que siento, creo que existe suficiente confianza entre los cuatro como para que hablemos del tema con franqueza—suspiré e hice una pausa.

—No puedo evitar sentir simpatía hacia ella. Mírala, se la ve tan triste... no está integrada en el ambiente juerguista de sus amigos.

James agarró mi mano con dulzura.

—Cariño, no quiero ponerte en contra de Catherine. Lo que más me gustaría en estos momentos es llevarme bien con ella. Pero, por desgracia, tengo que decirte que esa mujer es un lobo con piel de cordero.

—Bueno, bueno... no nos pongamos trascendentales, por favor. Vamos a disfrutar de la última noche del año. Mejor dicho, la última hora del año —dijo Lena, mirando el reloj insistentemente.

La mirada de mi amiga me advertía que, por favor, no fastidiara la noche con temas tristes, así que dejamos el tema.

Algunos invitados habían abandonado sus mesas para disfrutar de los fuegos artificiales desde una buena posición. Lena sabía de sobra lo que teníamos que hacer, así que nos invitó a subir a la habitación, desde donde pudimos contemplar el magnífico espectáculo y recibir el año sin el agobio de la muchedumbre. Después de las campanadas regresaríamos al salón para disfrutar de la fiesta que el hotel había organizado para sus huéspedes.

Subimos a la habitación. De camino, pedimos una botella de cava y cuatro copas para celebrar el año nuevo. Cogimos los abrigo, pues habíamos planeado salir al balcón.

En cuanto estuvimos frente al *Big Ben*, comprobamos que el *London Eye* aparecía completamente iluminado antes del espectáculo. Lo habíamos visto miles de veces por televisión, pero contemplarlo en directo impresionaba.

No tardamos en comprobar que coger los abrigo había sido buena idea. James vio que me abrazaba a mí misma para protegerme del intenso frío y me envolvió con sus grandes brazos por detrás para intentar transmitirme un poco de calor.

Me fascinó ver a toda aquella gente arremolinada bajo el célebre reloj.

Las campanadas empezaron a sonar, pero a causa del griterío no se oía nada, así que tuvimos que aventurar el orden de la cuenta atrás. En un momento dado, la multitud empezó a cantarlas en voz alta y aquello nos ayudó a distinguir la última campanada, que daba la bienvenida al nuevo año.

—Feliz año nuevo, querida... —Aquellas cuatro palabras susurradas junto a mi oído, me supieron como el algodón de azúcar. Vinieron acompañadas de un abrazo cálido y apretado, que me supo a gloria.

Me despecué de él y lo miré directamente a los ojos.

—Feliz año nuevo, James... —Y lo sellé con un largo beso.

Por el rabillo del ojo, vi que Austin y Lena estaban en la misma posición que nosotros.

Cuando cada uno se separó de su pareja, Lena se acercó a mí y me dio un abrazo casi más fuerte que el de James.

—Sofía, estoy tan contenta de tenerte aquí... Feliz año nuevo, querida.

—Igualmente, Lena. La vida me ha hecho un regalo poniéndote en mi camino. Doy gracias todos los días por ello. No sé qué hubiera sido de mí sin ti.

Volvimos a abrazarnos para sellar aquellas palabras de amor fraternal. Habíamos intimado como si no nos hubiéramos separado veinte años atrás.

Disfrutamos de todo el espectáculo de luces y sonido que ofrecía la última noche del año. Nos sentimos privilegiados, pues para contemplar aquella exhibición era necesaria una entrada. Por motivos de seguridad, había un aforo limitado.

Bromeamos, bailamos, reímos y, cuando vaciamos la botella, decidimos bajar a disfrutar de la fiesta que ofrecía el hotel en el salón de espectáculos. Allí seguimos hasta que empezamos a sentirnos cansados y decidimos retirarnos a nuestras habitaciones. Aquella fue una noche tranquila en la que dormimos abrazados, felices de compartir sentimientos que empezaban a ser más profundos de lo que esperábamos.

Bajamos a desayunar con el tiempo justo para que no nos cerraran el comedor. Nuestras caras reflejaban el cansancio de la noche anterior. Pero el ambiente era alegre. Entre nosotros continuaba el buen rollo con el que había terminado la noche.

Antes de abandonar la habitación me encerré en el cuarto de baño: necesitaba comprobar la fecha de la última regla. El comentario de Lena había despertado todas mis alertas. Tenía que comprobarla antes de emprender el viaje de vuelta.

Cuando abrí el calendario en el móvil, donde apuntaba mi ciclo menstrual, me tranquilicé. Todavía faltaban dos o tres días para que me bajara la regla. Siempre había sido regular, así que nunca me había resultado posible hacerme ilusiones, pues el retraso más largo había sido de tres días a lo sumo.

Lo único que podía hacerme sospechar de un embarazo era el dolor de ovarios. No solía experimentar dolor menstrual. La hinchazón de los pechos, sí que la padecía cada mes, aunque en aquella ocasión sentía más dolor de lo habitual. Comprendí que darle vueltas al tema no me beneficiaba. Tenía que tranquilizarme: parecía una adolescente a quien le faltaba la regla, tras haberse estrenado en el amor.

El viaje de vuelta lo hicimos envueltos en el mismo ambiente cordial en el que llegamos. Hacíamos un buen equipo. Tenía que reconocer que Austin era un conversador genial. Daba mucho juego con su buen humor. Era un bonachón al que daba gusto arrimarse. Lena y él hacían buena pareja.

Como estuve taciturna, James me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, no te preocupes. Debe ser el cansancio. No te puedes ni imaginar el tiempo que hace que no trasnocho tanto. No estoy acostumbrada.

Me apoyé en su hombro. Íbamos en la parte trasera del coche de Lena. Aquella mañana había amanecido lluviosa; afortunadamente, había aguantado el tiempo la noche anterior; si no hubiera sido así, probablemente el espectáculo de luz y color se hubiera visto deslucido.

Mi mente volaba contando una y otra vez los veintiocho días que hacía desde la última vez que había menstruado. Los castillos en el aire, como cada mes en los últimos años. No tenía remedio...

CAPÍTULO DOCE

¿ENHORABUENA?

4 de enero de 2020

Al amanecer del 4 de enero ya no podía seguir en la cama. Aparté el edredón de un tirón y entré en el cuarto de baño. Aquel gesto lo había realizado durante tantos años, que me parecía normal. Entrar, sentarme en el váter, cerrar los ojos, bajarme las braguitas y, al abrirlos, comprobar que una mancha granate había ensuciado el salva *slip* que, por la noche, me pongo con la esperanza de verlo blanco como la pared, al despertar. Sin embargo, aquella mañana fue diferente. Cuando abrí los ojos, comprobé que estaba blanco como el algodón. No me lo podía creer, otro día más se sumaba al retraso.

Tantos años deseando que se produjera aquella situación y ahora no lo podía celebrar como siempre había soñado. Tenía que hablar con Lena, no podía esperar más.

Dejé a mi padre con sus ejercicios matutinos y me encaminé a su casa. Lucía un sol radiante, pero no calentaba lo suficiente, así que el frío de la mañana penetró en mí, contrastando con el fuego que sentía en mi interior.

La volví a abordar en la recepción. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Ven, siéntate. Creo que nunca te he visto tan nerviosa. ¿Será que todavía no te ha bajado la regla?

—Pero ¡qué bruja eres!

—Cariño, la última conversación interesante que tuvimos fue en el cuarto de baño del hotel. No has vuelto a sacar el tema y no he querido preguntar. Pero eso no significa que lo haya olvidado.

—Pues no, no me ha bajado.

—Entonces, ¿qué haces que no te compras una prueba de embarazo?

Nada más soltar aquella frase saqué del bolso dos pruebas que me había comprado en la farmacia del pueblo, el día anterior.

—¿A qué esperas para mear en ese palito? —gritó Lena, entusiasmada.

—Pero qué bruta eres. Menos mal que estamos solas...

—Bah, déjate de tonterías y vamos al baño. No te preocupes, te dejaré sola. Solo voy a estar, justo, detrás de la puerta, por si necesitas algo. Vamos...

En la puerta, extraje la prueba del envoltorio de aluminio con manos temblorosas y entré en el cuarto de baño. Dejé la prueba sobre el lavabo y me bajé los pantalones y las braguitas. Le quité la tapita azul a la varilla y dejé caer unas gotitas de orina en la zona absorbente. Ya estaba hecho. Me dejé caer sobre el váter mientras esperaba, dejando boca abajo la prueba como decían las instrucciones.

—Lena —llamé.

—¿Ya se ve algo?

—Entra, por favor —le susurré.

Lena entró. Al verme sentada en el váter, se preocupó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy tan nerviosa... no me atrevo a mirar.

Se lo dije mirando hacia otro lado. Le tendí el palito a tientas.

—¡Pero, bueno! ¿dónde está la mujer que llegó a mi hotel con paso seguro?

—Aquella mujer desapareció el segundo día. Venga, dime algo —insistí.

Como no contestaba, tuve que girar la cabeza intentando descifrar su expresión.

Se agachó para que su cabeza estuviera a la altura de la mía.

—Estás embarazada, Sofia.

—¿Seguro?

—Dos líneas en la ventanita, cariño.

Me levanté, me subí las braguitas y los pantalones y le quité la prueba para asegurarme de que no se había equivocado.

Pero no, ahí estaban. Las dos líneas azules, bien marcadas. Estaba embarazada. Estaba embarazada. En mi mente, aquellas dos palabras se repetían como un mantra, mientras unos pajarillos revoloteaban en mi cabeza, no sabía si de felicidad o de excitación.

—Lena...—Las lágrimas caían libremente por mi rostro. Me llevé la mano a mis mejillas mojadas. Cuántas novedades en un día.

—Cariño, esas lágrimas... ¿son de alegría o de tristeza?

No podía hablar. Un nudo en la garganta me lo impedía. Lena caminaba de un extremo al otro del cuarto de baño. De repente, se detuvo y me cogió de la mano, invitándome a salir.

De pie en el salón, volvió a preguntarme.

—Dime algo, demonios, estoy que me va a dar algo.

—Estoy bien —conseguí decir.

Se puso a dar saltitos de puro nervio.

—Pero bien, bien. O es una frase hecha...

—Es un cúmulo de sentimientos. Estoy feliz, pero a la vez preocupada como es lógico. No sé cómo va a reaccionar James. De todas formas, he tenido tres días para barajar varias posibilidades, como comprenderás. Sé que esto no estaba planeado, quiero que sepas que ni por mí ni por James, por supuesto. Hace días que decidí que, en caso de que estuviera embarazada, tendría a mi hijo. Lo he deseado tanto durante tanto tiempo, que jamás me plantearía abortar. Durante mucho tiempo he creído que el problema era mío. Por mucho que mi ginecóloga me dijera que yo estaba bien, Carlos me hacía sentir que no era así. Él me aseguraba que se había hecho la prueba, que todo estaba bien, que mis nervios y el estrés de mi trabajo eran los causantes de que no me quedase embarazada.

—Qué manipulador, ¿no?

—Yo más bien diría cobarde. Estaba claro que jamás tuvo la intención de buscar una solución. Yo hubiera hecho lo que fuera para formar una familia con él. Bueno, ahora ya no sé si hubiera hecho cualquier cosa. Ahora ya no sé si éramos felices o solo lo aparentábamos. En fin, yo creía que sí.

—Bueno, ahora la cuestión es que dentro de tu barriguita se está formando un niño. Concéntrate en eso y olvida todo lo demás.

—Sí. Eso es lo que voy a hacer. ¡No me lo puedo creer!

Lena me dio un abrazo sincero. Un abrazo que sentí con emoción. Mientras permanecíamos así, pensé que aquello era lo que necesitaba en aquellos momentos: sentir su apoyo incondicional, saber que tenía mucha suerte de tenerla en mi vida.

—Bueno, ahora tengo que volver a mis obligaciones. Pero, por favor, mantenme informada. Si necesitas cualquier cosa, cualquiera, dímelo.

—Sí, sé que tengo tu apoyo. Gracias, Lena. Y... ya sabes que me cuesta, pero que sepas que aprecio muchísimo tu compañía. No sé qué hubiera hecho sin ti desde que llegué.

—¡Bah! Dejémonos de cursilerías. Parecemos dos bobaliconas sensibleras.

Dijo aquello estirando la manga del suéter y limpiándose los ojos con disimulo.

Lena me explicó que James había viajado a la capital, a su cita con el médico, así que hasta el día siguiente no volvería a verlo. Bueno, mejor, así podría asimilar la noticia e hipotetizar sobre las distintas reacciones que podría tener James al respecto.

Volví a casa como en una nebulosa. Quería saltar, brincar, sonreír. Pero mi edad y mi sentido del decoro me lo impedían. Mientras cruzaba la calle, pensé en qué le diría a mi padre. Pero, inmediatamente, me dije que era lógico que James lo supiera primero. Solo pensar en la conversación que teníamos pendiente, James y yo, el corazón se me ponía a cien.

Pasé la tarde en casa, con mi padre, hablando de mil temas que teníamos pendientes. Intentaba seguir el hilo de la conversación, pero, a veces, inevitablemente, me iba a las nubes y mi padre me miraba raro.

—Cariño, ¿estás bien? Te noto un poco distraída.

—Sí, papá, estoy bien. Quizá mejor que nunca.

—Me alegro hija, yo también estoy más que contento de tenerte aquí.

Si supiera lo que estaba pensando... me entraron unas ganas terribles de contárselo. Pero me contuve. Pasamos la tarde tranquilamente al calor de la lumbre, hasta que se hizo la hora de la cena y nos acostamos cada uno con sus pensamientos.

Me desperté con una sensación de felicidad absoluta. Solo fueron milésimas de segundo, pues tenía que comunicarle a James algo que seguramente no aprobaría. Temía que se produjera un enfrentamiento entre nosotros; sería el primero en el tiempo en que llevábamos juntos, pero estaba dispuesta a llegar hasta el final. Nada de medias tintas, las mentiras no llevan a ninguna parte, solo a la destrucción.

Entré en el hotel y le pregunté directamente a Lena si había visto salir a James y me dijo que no, que seguramente estaría todavía en su habitación. Con paso decidido me dirigí hacia allí. Di tres suaves toques a su puerta. James abrió al momento, su gran sonrisa me indicó que se alegraba de verme.

—¡Qué sorpresa! Pasa...—Abrió la puerta de par en par y entré decidida.

Se acercó a mí y casi sin darme cuenta estaba entre sus brazos. Qué bien olía y qué bien nos acoplábamos. Tuve que deshacer el abrazo por mucho que mis sentidos me dijeran que no lo hiciera.

—James, tenemos que hablar.

—Uy, esa frase es el prelude de algo feo... —ven, sentémonos.

No sabía por dónde empezar. Era tan extraño dar una noticia tan bonita sabiendo que para la otra persona seguramente sería un mazazo, que me costaba pronunciar la primera palabra.

—Estoy embarazada. —Se lo dije así, sin precalentamiento, en frío.

—¿Cómo?

Respuesta equivocada. ¿Cómo que ¿cómo? Seguro que había escuchado bien. Lo había dicho alto y claro.

—James, me has oído perfectamente.

—Sí, lo siento. Es que me has dejado de piedra.

—Escucha, antes de que digas alguna tontería que pueda hacernos daño a los dos, tengo que decirte que estoy dispuesta a seguir adelante contigo o sin ti.

Como no decía nada, seguí.

—Sé por lo que estás pasando y no quiero por nada del mundo estropear los avances que hayas podido hacer en tu recuperación, pero yo quiero ser madre. Ya te conté que llevo deseándolo

muchos años y, aunque este embarazo no estaba planeado, ya que está aquí lo aceptaré con los brazos abiertos y con todo el amor del mundo.

En un gesto involuntario puse las manos sobre mi vientre plano, como queriendo proteger aquello que todavía medía menos de un milímetro de longitud.

—Sofía, no te voy a mentir si te digo que estoy dispuesto a todo por ti y por... el bebé. Pero tengo que... lo primero asimilar la información y, lo segundo, estar seguro de que estoy en condiciones de ser padre por segunda vez. Hemos empezado la relación por el final...

—Sí, lo sé —dije bajando la cabeza.

—Yo solo sé que estoy muy bien contigo, que soy feliz a tu lado, que te deseo cada vez que te veo, que eres una mujer increíble por la que vale la pena luchar, pero no sé si seré capaz de ejercer como padre.

Sus ojos reflejaban un dolor antiguo, rancio.

—James...

—Sofía, estoy siendo sincero. Creo que te lo debo. No te mereces más mentiras. Tú no.

Tomó mi barbilla y me besó.

Volvió a abrazarme y yo le permití hacerlo. Permanecimos un rato así.

—Vamos a intentarlo. Si tú lo tienes claro, yo lo intentaré. Vayamos poco a poco, ¿vale?

—Vale.

Le hablé con mi cara sobre su pecho.

Hablamos largo y tendido sobre el futuro, establecimos que no tenía sentido seguir durmiendo separados, así que aquella misma noche se vendría a casa y empezariamos a convivir. Por supuesto, habría que decírselo a mi padre y decidimos hacerlo juntos.

Fuimos al encuentro de Lena y le explicamos el acuerdo al que habíamos llegado.

—James, querido, te vamos a echar de menos por aquí, pero ante todo quiero que sepas que me alegro muchísimo de la decisión que habéis tomado. Espero que seáis muy felices.

Con la bendición de Lena nos encaminamos a casa. Olivia y mi padre estaban charlando alegremente frente al fuego. Le dije que podía marcharse, aunque su jornada no hubiera terminado. Teníamos un acuerdo de flexibilidad en el horario que, tanto ella como yo, agradecíamos.

Preparé la mesa y James y yo servimos la comida que Olivia había preparado; un exquisito *cottage pie* consistente en carne de cordero con puré de patatas y gratinado al horno. Aquella chica tenía talento para cocinar, pensé con apetito.

Una vez sentados a la mesa, le dije que tenía que darle una noticia.

—Papá, queremos comunicarte algo. Ya sabes que James y yo mantenemos una relación, más o menos estable.

—Sí, cariño.

—Pues hemos decidido dar un paso más y hemos pensado que James podría vivir aquí...

Se nos quedó mirando con gesto de sorpresa, pero solo fue un momento, enseguida su rostro se relajó y mostró su alegría.

—¡Qué bien! ¡Me alegro mucho! Así tendré a alguien con quien hablar de fútbol. Contigo no hay manera, hija. No te ofendas, pero no tienes ni idea de en qué puesto de la liga está el Liverpool y a cuántos puntos va del Arsenal.

—Papá...—No tenía remedio, hacía un chiste de cualquier acontecimiento. Mi padre era así. Mostraba buen humor en circunstancias inverosímiles.

James rio con ganas.

—James, bienvenido a tu casa, hijo.

—Gracias, Sir Jones.

—Llámame Henry, por favor.

James asintió y seguimos con la charla, pero yo no podría relajarme hasta que no soltara la bomba.

—Papá, queremos decirte algo.

—Hay más?

—Sí, y esta noticia creo que te hará feliz.

—Bueno, pues dime...

—Vas a ser abuelo.

—¿De verdad? ¡Hija mía!, ¡qué alegría! Estoy muy contento por los dos.

Nos agarró de la mano y se le escurrieron dos lágrimas sin querer.

Me sorprendió bastante que mi padre no se sorprendiera en absoluto por la noticia. Y si lo hizo no mostró señal alguna, al contrario, se le veía feliz.

Tras las Navidades, recuperamos nuestra rutina diaria pero James se fue apagando poco a poco. Sentía su cariño cada noche en la cama. Me abrazaba, me susurraba palabras bonitas al oído. Pero no mostraba ninguna señal de amor hacia el bebé. Ni una sola referencia a mi estado de salud por el embarazo. Llegó el día de mi primera visita al médico; yo no le pedí que me acompañara ni él se ofreció a hacerlo.

Por supuesto, allí estaba Lena. Era mi ángel de la guarda. Aunque podría haber ido perfectamente sola al ginecólogo, y así se lo hice saber, insistió en acompañarme y no quiso escuchar ni una sola de mis quejas.

Una vez en la camilla, agarró mi mano y lloramos ambas al ver la imagen distorsionada del bebé. Oír el latido de su corazón fue, quizá, más emocionante todavía. Me preocupó lo rápido que bombeaba y se lo dije a la ginecóloga, que me tranquilizó: ciento sesenta latidos por minuto estaba dentro de lo normal.

Salimos como dos adolescentes que acaban de asistir a su primer baile. Hablábamos atropelladamente entre nosotras. Lena no hacía más que recordar sus dos embarazos. Continuamente, me aseguraba que todo saldría bien.

—Ocho semanas, ¡como pasa el tiempo!

—Sí, querida. Cuando menos te lo esperes tendrás a tu bebé en brazos. ¿Qué prefieres, niño o niña?

—La pregunta del millón —reí—. Me da igual. Como comprenderás será mi único hijo, lo mimaré hasta hartarme, así que no me importa.

—Cuando tenga tres años no pensarás igual, te lo aseguro.

Seguimos hablando de tonterías y llegamos a casa sin darnos cuenta. Habíamos eludido conscientemente hablar de James. No queríamos que nada nos perturbara, ahora que sabíamos que todo iba bien.

Llegó la hora del almuerzo. Mientras me cambiaba de ropa en mi habitación llegó James para cambiarse también. Venía de ayudar a su tío con el cuarto de aseo de su vivienda. El hombre quería que James le colgara un calefactor en la pared. Decía que, por mucho que tuvieran calefacción, él seguía pasando frío cuando se duchaba, así que como James era un manitas no se pudo negar.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido la cita con el ginecólogo?

—Bien, está todo bien. Y no es ginecólogo, es ginecóloga.

—Qué más da... Tú me has entendido, ¿no?

Percibí cierto resquemor en su pregunta.

—¿Te pasa algo? James, te pregunté si querías venir, me dijiste que no. Yo acepté tu negativa

con resignación, pero no te he reprochado nada ni lo haré. Te dije que, si tenías algún inconveniente, me lo dijeras.

—Sí, lo sé. Lo siento, Sofía. Lo siento de verdad.

Se acercó a mí y me abrazó. No sabía qué más quería.

Me aparté para mirarlo a los ojos.

—James, yo no te he pedido nada, lo sabes, y no te lo voy a pedir. Si no te sientes preparado para acompañarme al médico, no lo hagas. Pero no te enfades conmigo. No tienes derecho. No ensombrezcas mi felicidad.

—Cariño...

Me abrazó de nuevo. Podía sentir la mezcla de sentimientos que estaba experimentando, pero no estaba dispuesta a permitir ni un solo desplante por su parte. Si estaba conmigo era porque así lo quería.

—Quiero que tengas clara una cosa. Si estás conmigo es porque quieres, no te sientas obligado...

—Ya lo sé, Sofía. Lo sé desde el primer día.

Me soltó y me miró a los ojos.

—Sé que no me obligas a nada. Y te juro que intento que esto no nos afecte. Estoy tratando de asumirlo, pero me cuesta. No quiero perderte.

—¿Pero?

—Pero no sé si podré asumir de nuevo la responsabilidad que implica ser padre.

Su confesión cayó sobre mí como un jarro de agua fría, pero en el fondo yo lo intuía. No era tan ingenua como para ignorar que algo tan bonito como era traer al mundo un ser humano estuviera apagando nuestro fuego.

CAPÍTULO TRECE

COBARDE

20 de abril de 2020

El 20 de abril amaneció de un azul intenso. No hacía demasiado calor y se respiraba la primavera. Con cada brote nuevo en el aire, el polen de los cedros y las gramíneas nos hacía estornudar. La naturaleza crecía exuberante siguiendo el curso natural de la vida. Me llevé la mano a mi barriga incipiente, estaba justo en la mitad del embarazo. La felicidad de sentir crecer a mi hijo en mi interior se mezclaba con la triste sensación que experimentaba al pensar que estaba perdiendo a James.

Aquel día, él se había levantado temprano; tenía cita con su psicoanalista. Cuando regresó, su semblante parecía diferente al que había mostrado durante aquel tiempo.

—Sofía, tengo buenas noticias.

Me pilló en la puerta de casa. Aprovechando el buen tiempo había salido a cortar algunas ramas rebeldes que entorpecían la entrada de la luz en las ventanas del piso inferior. Me giré con las tijeras de podar apuntando hacia él.

—¿Sabes que estás preciosa bajo este sol, con el sombrero de paja y armada con esas tijeras amenazantes?

—Adulador... —Dejé las tijeras en el escalón y nos abrazamos—. Venga, dime qué es lo que te tiene tan contento.

Me cogió por la cintura sonriendo para darme la noticia que provocaría nuestra separación definitiva.

—Vuelvo a trabajar.

—Me alegro mucho por ti. Es buena señal...

—Lo dices con la boca pequeña.

Intenté no montar una escena. Prometo que lo intenté. No quería alterarme ni decir algo de lo que después pudiera arrepentirme, pero me costaba un mundo hacerlo, así que le hice la pregunta con toda la delicadeza que pude. Me solté de su abrazo y avancé cuatro pasos para sentarme sobre el pequeño muro que separaba la carretera de nuestro minúsculo jardín. Él se sentó a mi lado, silencioso, mirando al frente.

—¿Qué quieres que te diga, James?

—No sé. ¿Que no quieres que me vaya?

—¿Cómo voy a decirte eso?

—Solo quiero que me digas lo que piensas.

—¿Quieres que te diga que lo que más deseas en este momento es huir de aquí con el rabo entre las piernas?

—Sofía...

—¡Qué! —exploté.

—Veo que no es un buen momento para hablar.

—Sí que es un buen momento. No puedes pedirme que permanezca tranquila cuando me estás diciendo que te marchas.

—No me vas a perder. Además, el que perdería sería yo, en cualquier caso.

—Si te vas no volverás. Estoy segura.

—Podemos continuar juntos a pesar de la distancia...

—¿Y crees que eso funcionará? —Sonreí con ironía.

—Sofía, tú sabías que yo regresaría a Londres tarde o temprano.

—Sí, lo sabía, y creía que lo aceptaría de buena gana, pero no ha sido así. Te quiero a mi lado al cien por cien. No puedo dormir contigo y saber que no te apetece volver a ser padre.

—Ah, claro. El tema va por ahí...

—¡Claro que va por ahí, James!

Me volví para mirarle cara a cara, necesitaba ver su expresión cuando le dijera que se fuera y no volviera. Así que me puse delante de él. Lo agarré por la cara.

—James, vete. Vuelve a tu vida. Sé feliz, te lo mereces. Yo no puedo compartirte con nadie.

—¿Con quién me compartes, Sofía?

—No querrías oírlo.

No podía decirle que lo compartía con su hijo muerto. Que necesitaba su amor al cien por cien. Él me quería, pero era incapaz de amar al ser que crecía en mi interior y él formaba parte de mí. Si no lo quería no podía quererme a mí. Cuatro meses sin un gesto hacia su hijo eran demasiado. ¿Es que no tenía sangre en las venas?

—¿Con quién me compartes? Contéstame, por favor.

—James, ¿eres consciente de que no has acariciado mi barriga en ningún momento? ¿Te has dado cuenta de que jamás mencionas al bebé? ¿Cuánto tiempo pensabas que iba a aguantar esta situación? Yo necesito expresar mi felicidad, ¿no lo entiendes? ¡Ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo y no puedo exteriorizarlo!

—Es nuestra primera discusión, ¿te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta, pero estamos discutiendo porque me estoy desahogando. Ya no puedo más, James. Te quiero, pero también quiero tener libertad para hablar de mi bebé sin esconderme por si te duele.

Las lágrimas resbalaban sin censura por mi rostro. Él las limpió con infinita ternura.

—No sabes cuánto me duele hacerte daño, Sofía. Me rompe el corazón... —Estuvimos un rato callados. Él debió pensar mucho lo que iba a decir, pues era consciente de que sería tan doloroso para mí como para él. No pude más que comprenderlo. Y eso era lo más cruel. Tener que decir adiós a James, sabiendo lo mucho que nos queríamos.

—Sofía, no creas que he tomado esta decisión sin meditarlo bien. No creas que ignoro lo mucho que te duele mi actitud. Pero es que no puedo...—Se le rompió la voz—. No puedo querer a otro niño que no sea Oliver. En este momento, no puedo ilusionarme por otro niño que no sea él. No puedo, no puedo...

Ahora, el que lloraba era él. Nos abrazamos otra vez. Los sollozos quedaron apagados por la cercanía de nuestros cuerpos.

Entramos en casa con la cabeza gacha y decidimos ocultarle la verdad a mi padre. Convenimos disfrazarla, diciéndole que James se iba a trabajar. Solo eso. Comimos envueltos en un silencio que mi padre no supo descifrar. Pero no hizo preguntas, supongo que pensó que bastante tensión había en el ambiente. Recogimos la mesa y mi padre se retiró a descansar. Nosotros subimos a la habitación.

James hacía la maleta y yo, mientras tanto, lo miraba sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabezal. Lo observaba intentando que su partida me doliera menos.

—James, hablemos. No nos quedemos nada dentro.

—Sabes que yo no quiero terminar con nuestra relación, Sofía. Solo pretendo volver al trabajo, llevar una vida normal y ver qué tal. Pero no quiero despedirme de ti definitivamente.

—Sí, lo sé. Pero lo único que tengo claro es que yo no quiero una relación de quita y pon. No puedo hacerle eso a nuestro hijo.

—Yo tampoco quiero una relación así... Si piensas eso de mí es que no me conoces.

—Entonces, ¿qué es lo que me propones? ¿Me estás diciendo que quieres volver a trabajar y que yo tengo que quedarme aquí esperándote? Y te digo una cosa, quizá lo haría si nuestra relación estuviera en otra fase. Pero resulta que dentro de veinte semanas nacerá nuestro hijo y quiero estar emocionalmente estable para amarlo como se merece.

—Sofía, volvemos al mismo tema. Hemos hablado de esto hace dos horas escasas.

Dijo aquello señalando por la ventana el lugar donde habíamos llorado abrazados.

—Yo solo te pido tiempo.

Sopesé su oferta. ¿Valía la pena dárselo? Pero ¿tiempo para qué? ¿Es que hay alguna ley que establezca un periodo determinado para que duela menos la muerte de un hijo? Tristemente, llegué a la conclusión de que aquella ley no existía. Podría ocurrir que aquel dolor no desapareciera nunca. Hay que aprender a vivir con ello. No estaba segura de que James pudiera recuperar la alegría que alguna vez experimentó.

—James, lo siento. Y esto que te digo, que sepas que no es para castigarte. Voy a hablar claro, aunque te duela. Tenemos que dejar atados todos los cabos antes de que te marches. En la conversación que mantuvimos, me dijiste que ignorabas si algún día volverías a querer a otro niño que no fuera Oliver... —La sola mención de su hijo transformó la expresión de su rostro—. Te comprendo y comparto tu dolor. Pero no puedo apoyarte cuando sé que te marchas porque tienes miedo, así que lo mejor es que demos por terminada nuestra relación y, por lo tanto, todo contacto con tu hijo en el futuro.

James se quedó parado en medio de la habitación, mirándome.

—Me estás echando de tu vida.

—Llámalo como quieras.

Se acercó a mí arrastrando los pies. Como quien va al purgatorio, se arrodilló en el suelo, agarró mis manos, las besó.

—Te pido perdón por fallarte. Te pido perdón por mi cobardía. Pero no me digas adiós. Dame tiempo, por favor.

—¿Qué tiempo? —pregunté, desesperada—. ¿Cuánto tiempo, James? ¿Hasta que nazca el bebé? ¿Hasta que compruebes que eres capaz de mirarlo a la cara? No puedes pedirme que me quede sentada en la puerta de mi casa esperando que vuelvas. Lo siento, pero eso no puedo hacerlo. Y no creas que te duele más a ti que a mí.

De repente, reparé en las profundas ojeras que habían aparecido de forma repentina bajo sus ojos. ¿Cómo podía odiarlo y quererlo a la vez?

Dejé que me envolviera en sus fuertes brazos. Por fin se atrevió a poner las manos sobre mi barriga y las lágrimas aparecieron, de nuevo, silenciosas.

Aquella noche hicimos el amor con más ternura que nunca. En cada gemido estaba escrita la palabra adiós. Éramos el ying y el yang envueltos y mezclados hasta no saber quién era quién. Nos dormimos abrazados, cada uno con sus demonios acechando nuestras mentes agotadas.

El cielo amaneció tan gris como mi estado de ánimo. El de James no era mejor. Hasta le había crecido la barba más que cualquier otro día del año.

Bajamos a desayunar, parecíamos dos fantasmas flotando sobre la cocina. Actuamos de forma mecánica sin cruzar ni una palabra.

Al escuchar el timbre, dimos un respingo sumidos como estábamos en nuestros pensamientos. Abrí la puerta; allí estaban Lena y Austin con la misma expresión que nosotros.

Entraron. Como mi padre estaba con Olivia en sus cosas, hablamos los cuatro sin tapujos.

—James, sabes que te quiero mucho, eres como el hermano que nunca he tenido.

—Lo sé, Lena. Por favor no me lo pongas más difícil.

—Es que no entiendo que te vayas.

Intervine por él. No podría soportar las mismas excusas de nuevo, la misma explicación. Ya estaba todo dicho.

—Lena, dejémoslo. Ya hablaremos tú y yo tranquilamente. James y yo lo hemos hecho y lo tenemos todo claro. No te preocupes, todo está bien.

—¿Seguro?

—Sí, bueno. Todo lo bien que se puede estar en esta situación.

—Me cago en la mar, primito. No te voy a echar los perros porque veo que tu cara no está para muchos meneos. Pero en cuanto pueda, te prometo que te digo todo lo que tengo atragantado.

James la miró con aspecto desolado, estaba claro que aquellas palabras le habían dolido más que el peor de los insultos. Estaba claro que su prima no aprobaba su decisión. Cogió la maleta y la acercó a la puerta. A continuación, se despidió de Olivia y de mi padre. Se dieron un abrazo fraternal, que me llegó al alma. Tragando saliva, observé como se abrazaba a Austin en silencio. Con la mirada se lo dijeron todo.

Cuando le llegó el turno a Lena, se puso delante de ella y esperó. Lena se le echó al cuello y dejó salir palabras sin sentido, que solo ellos comprendieron. Aquel abrazo duró una eternidad.

Cuando finalmente se separaron, James se dirigió a la puerta con desgana. Una llovizna tenaz, caía silenciosa y constante. Yo, en medio del salón, me negaba a avanzar para despedirme de él. Me miró con una sonrisa forzada. Me obligué a dar un paso tras otro hasta quedar enfrente. Le acaricié el pelo con dulzura. Hacía nada que lo conocía; sin embargo, el sentimiento de protección y el amor que sentía por él me dejaron sin palabras. Nos dimos un abrazo intenso.

—Sofía, esto no puede ser un adiós. No lo concibo de otra manera.

No dije nada. Prefería quedarme callada antes que prometer algo que no podría cumplir por mucho que me doliera.

—Adiós, James.

Agarró su maleta y se encaminó al garaje donde solía aparcar su coche. Cerré la puerta despacio y miré a mi amiga. Se acercó y me abrazó. Intenté sonreír, pero mi boca solo consiguió dibujar una mueca que mantuve durante toda la noche.

...

Aunque había pasado los primeros años de mi vida en Castle Combe, no recordaba el calor que hacía en agosto. Y para más inri, lo estaba sufriendo con un barrigón de ocho meses. El embarazo había transcurrido sin problemas, pero aquellos días me sentía muy pesada. Mi tripa se veía descomunal.

A pesar de ello, me levanté habiendo tomado la firme decisión de ayudar a Lena. El día anterior se le había escapado que, al día siguiente, entraba una familia numerosa y que temía que los huéspedes que tenían que abandonar sus habitaciones no lo hicieran a la hora que exigía el protocolo del hotel. La mayoría de los clientes cumplía la norma a rajatabla, pero también los había que no lo hacían. Fue un comentario inocente, pero con toda la ayuda que Lena me había ofrecido desde que había llegado ignoraba cómo agradecerle todo lo que había hecho por mí.

Además, no había podido conciliar el sueño desde el amanecer. Mía había estado muy inquieta, dándome patadas durante toda la noche y aquello me ponía muy nerviosa. Así que, antes de las

siete, entré por la puerta principal en busca de Lena para realizar cualquier tarea que me hiciera sentirme útil.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿El embarazo te ha hecho perder la cabeza además de la cintura? Anda, vuelve por donde has venido y espatárrate delante del ventilador. ¡Solo tienes que hacer eso, coño!

—Pero, Lena, todavía puedo hacer muchas cosas, no soy una inválida.

—Ya sé que no eres una inválida, pero tu barrigón me estorbará más que otra cosa.

—Tu sinceridad me abrumba.

—Lo siento, querida, estoy más nerviosa de lo normal y lo has pagado tú. Austin no está hoy y los niños, al estar de vacaciones, me desesperan con sus tonterías. Ven, siéntate y tomaremos el primer café de la mañana antes de empezar a trabajar.

Una vez sentadas en la cocina de su casa, me preguntó cómo me encontraba de ánimo.

—Bien, la verdad. Ilusionada y nerviosa por ver la carita de Mía. Desde luego, creo que va a ser guerrera. Por la noche, no para quieta ni un segundo.

—Vale, ahora dime cómo estás realmente.

Lena me conocía mejor que yo misma, no podía engañarla.

—Echo de menos a James, si te refieres a eso.

Se quedó mirándome como sopesando revelar un secreto. Al final, no se aguantó.

—Ayer hablé con él. Está bien. Trabajando muchas horas, dobla turnos, incluso. Dice que necesita tener la mente ocupada. Piensa mucho en ti.

Lo soltó de carrerilla y yo me quedé de piedra. Hablaba regularmente con él y no me había dicho nada.

—¿Hablas a menudo con él? Es la primera vez que me cuentas algo desde que se fue.

—Él me pidió que no lo hiciera.

—Pero, bueno, ¿quién es él para decirte que no hables conmigo?

—Yo le dije lo mismo, pero me aseguró que no quería hacerte daño.

—Qué considerado por su parte. ¿Y por qué me lo cuentas ahora si has estado en contacto con él desde el principio?

—Sofía, llevo mucho tiempo pensando en lo que me acabas de preguntar. Y he llegado a la conclusión de que tendríais que veros y hablar. Así que, si está en mi mano ponerlos en contacto, lo haré.

—No, gracias. Mi vida está bien sin él.

—Dices eso, pero no lo sientes.

—Da igual como lo diga, tú hazme caso y ya está, por favor.

—Bueno, lo haré mientras me parezca razonable.

Mira que era testaruda. Qué pretendía Lena, ¿que nos encontráramos en una cita a ciegas? ¿Como si fuéramos desconocidos en busca del amor? Mi amiga siempre me sorprendía.

Tenía que dejarle bien claro que yo no quería encontrarme con él.

Me levanté y la señalé con el dedo.

—Bueno, espero que te haya quedado claro que no quiero que confabuléis a mis espaldas, espero que seas sincera conmigo y que me avises siempre que hables con él. Si James desea verme, debería dar el primer paso. De todas formas, ya le dije que, si decidía volver, tendría que ser para quedarse y con todas las consecuencias. No le permitiré idas y venidas. Creo que se lo dejé bien claro. Y ahora me voy antes de que me eches *delicadamente*.

Lena asintió, pero no la vi convencida. En fin, estaba claro que yo no podía dirigir su vida, así que esperaba que respetara mi petición.

—¿Tú te has visto la pinta que tienes señalándome con el dedo y con esa barriga que parece un pepino?

Como la miré con extrañeza, se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Sofía, sabes que te quiero mucho, ¿verdad? Ya sé que hace muy poco tiempo que hemos retomado nuestra amistad, pero te tengo mucho cariño, de verdad. Y esa palabra se queda corta con lo que siento aquí en mi corazoncito —dijo, señalándose el pecho—. Pero debes entender que lo que he visto cuando estabais juntos no sucede todos los días. Y, por cierto, yo no confabulo a tus espaldas, yo solo llamo a mi primo para preguntarle cómo está. Hablamos y punto.

Me quedé más tranquila, pero no del todo, así que me despedí.

Antes de irme me hizo asegurarme que si me encontraba mal la llamaría inmediatamente. Y con el frescor de la mañana regresé a mi casa y me acosté en el sofá hasta que llegó Olivia para ayudar a mi padre con sus ejercicios matutinos.

CAPÍTULO CATORCE

MIA

7 de septiembre de 2020

El siete de septiembre continuaba haciendo un calor insoportable. Corría por el pueblo la voz de que, aquel verano, había sido uno de los más calurosos que se recordaban. ¡Qué casualidad! Y yo, gorda como un botijo, lo había padecido. La mañana, la había pasado regular, sentía un peso especialmente molesto en la pelvis. Me costaba caminar erguida. No era dolor, simplemente, sentía que algo tiraba de mí hacia abajo. Era extraño, pero no dije nada, supuse que aquello era normal en los últimos días del embarazo. Pasé la mañana ordenando la habitación de Mía. Lo tenía todo preparado. Doblé su ropita varias veces, ordenándola según los colores. La ilusión que sentía al pensar que la vestiría con aquellas prendas hacía que no quisiera salir de aquel paraíso que había construido para ella.

Había decorado las paredes con papel de color gris claro. Los muebles blancos hacían que el dormitorio pareciera más amplio. Decoré la habitación en rosa, a pesar de las protestas de Lena, que me repetía constantemente que aquel color hacía que las niñas parecieran ñoñas y mimadas. Yo no le hice caso. Me hacía ilusión vestirla así, aunque en su armario hubiera monadas de todos los colores para alivio de su tía.

Justo después de comer, noté un fuerte pinchazo en el bajo vientre. Intenté no alarmarme, pues llevaba días sintiendo alguna que otra contracción, aunque mucho menos intensa que esta última que sufrí. Acabé de recoger la mesa y, justo antes de encender el lavavajillas, noté otro dolor intenso. Encendí el lavaplatos y, algo asustada, me senté en el sofá. Intenté recordar lo que la matrona me había dicho sobre las contracciones del parto. Me había explicado que hasta que no se repitieran durante dos horas, a intervalos de cinco a diez minutos, no había que acudir al hospital. Así que decidí que, cuando llegara la siguiente, miraría el reloj. No quería pecar de primeriza, palabra que odiaba (y que había oído demasiadas veces en mis citas con la matrona), porque me parecía que era la peor manera de llamar a una mujer que va a ser madre por primera vez y que está lógicamente asustada, porque todo es nuevo para ella.

Mientras analizaba si debía de llamar o no a Lena, volvió el dolor. Miré el reloj mientras aguantaba la respiración (cosa que me desaconsejaron en las tres clases de preparación al parto a las que había asistido), pero en aquellos momentos no pude evitarlo. Lo único que deseaba era que aquel dolor del demonio remitiera.

Comprobé que eran las dos y cuarto y, como no podía estarme quieta, decidí ducharme otra vez por si tenía que salir corriendo. Mientras subía las escaleras que llevaban a mi habitación, me reí de mí misma. ¿Cómo iba a salir corriendo en aquellas condiciones? Lo tenía difícil.

Abrí el grifo del agua caliente, me desnudé trabajosamente y, justo antes de entrar en la ducha, el dolor regresó.

Me agarré al lavabo intentando resistirlo. Miré el reloj, ¡las dos y diecinueve! ¡Cinco minutos!

Había llegado el momento de llamar a Lena.

Entré en mi habitación en busca del teléfono completamente desnuda.

—¡Lena!

—¡Qué pasa!

—¿Por qué gritas?

—¡Porque me has gritado tú! Menudo susto me has dado, ¿estás bien?

—Sí, bueno, no. Esto duele demasiado.

—¿Estás de parto? —gritó de nuevo.

—Creo que sí. Solo han sido cuatro contracciones, pero entre una y otra solo pasan cinco minutos. ¿Crees que debo ir al hospital? Lena, ¡Lena!

De pronto escuché un portazo. Alguien había abierto la puerta de la entrada y, a continuación, escuché algo que parecía un caballo subiendo a trote por la escalera.

Lena entró como un tsunami en la habitación.

—Pero ¡por favor! ¡Vístete! ¿Tú te has visto desnuda?

No pude contestarle, pues otra contracción me dejó fulminada entre la puerta de mi habitación y el cuarto de baño. Cada contracción me obligaba a sujetarme a cualquier cosa susceptible de ser apretada con todas mis fuerzas. En aquella ocasión fue el marco de la puerta. Cuando pasó el dolor entré en la ducha tan rápido como pude.

Escuché a Lena gritándole a su marido. Le daba instrucciones para que dejara a sus hijos con sus padres; le decía que sacara el coche del garaje, que nos íbamos al hospital. Menos mal que el trayecto duraba solo quince minutos.

El dolor regresó mientras me enjuagaba. Acabé tan pronto como pude. Como me había duchado por la mañana no hizo falta que me lavara el pelo.

Me vestí en un momento y agradecí que fuera verano, ya que con un vestidito sencillo y una chaqueta de punto estaba lista. Como tenía la bolsa preparada encima del cambiador, Lena la cogió y caminamos hasta el coche. Le dije que tenía que despedirme de mi padre y le pedí que llamara a Olivia. No sabía cuándo regresaría.

—Papá... —Le toqué el brazo suavemente—. Estaba completamente dormido. Abrió los ojos y noté que le estaba costando volver a la realidad.

—Papá, me voy.

—¿Adónde, cariño?

—Creo que tu nieta está a punto de venir al mundo.

—¿De verdad? —Se incorporó trabajosamente—. Hija mía, quisiera acompañarte.

—Papá, Lena y Austin están esperándome en el coche. No te preocupes, por favor, ellos te mantendrán informados de todo, te lo prometo.

Lo abracé. Sentí una felicidad inimaginable. Iba a conocer a mi bebé. Y él a su nieta.

—De acuerdo, hija mía. Te deseo toda la suerte del mundo. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Antes de irme, me cogió de la mano.

—Te quiero, hija.

—Yo también, papá.

Salí todo lo rápido que pude, porque otra contracción me doblo de dolor como si me hubiera atravesado un rayo. El claxon dejó de sonar en cuanto Lena me vio aparecer por la puerta. Entré en el coche más despacio de lo que pretendía.

—¿Es preciso este escándalo?

—Es que la espera se me ha hecho eterna, joder. ¡Arranca! —Lena gritó a su marido.

Como no se tranquilice, se me va a hacer muy largo el viajecito, pensé con humor.

Tres contracciones más tarde llegamos al hospital. Cada vez eran más intensas y dolorosas, pero la alegría de saber que muy pronto conocería a mi hija las hacía más soportables. Lógicamente, también tenía miedo, pero la ansiedad de conocerla era más poderosa que el temor que me producía la idea de que algo saliera mal.

En cuanto entramos en el hospital me llevaron a la sala de dilatación. Al declarar que era madre soltera dejaron entrar a Lena. Cuando me preguntaron por el padre, la contestación me salió de carrerilla, sin haberlo planeado. Es curioso, cómo salió de mi boca aquella afirmación. Lena se me quedó mirando, pero no dijo nada al respecto.

Las contracciones se sucedían prácticamente unas detrás de otras, así que empecé a ponerme nerviosa, pues el dolor no me estaba dando tregua.

Una vez con la vía puesta y los monitores sobre mi barriga, me tranquilicé un poco. Ya estaba en buenas manos. Ahora se trataba de cooperar para que todo saliera bien. No pudieron administrarme la epidural, pues cuando comprobaron que había dilatado más de ocho centímetros, decidieron que ya era demasiado tarde, así que desee que todo terminara cuanto antes.

Lena estuvo dándome ánimos durante todo aquel tiempo. Nunca olvidaré sus palabras y la impotencia que sentía sabiendo que no me podía ayudar.

Pero el tiempo pasó rápido entre contracción y contracción, y cuando sentí que ya no podía más, me dijeron que Mía estaba a punto de llegar.

Mi hija nació el siete de septiembre a las nueve menos cuarto. En cuanto su pequeña cabecita asomó, el cuerpo se escurrió detrás sin problema alguno. Enseguida me la pusieron encima, toda pringosa, sin limpiar... fue la sensación más increíble que había experimentado jamás. Le limpiaron la carita con una gasa para liberar las vías respiratorias de las secreciones propias de un recién nacido. Su llanto me sonó a música celestial. En un momento, cortaron el cordón umbilical, la envolvieron en una mantita y le pusieron un gorro para que su cabecita no se enfriase.

Si me preguntaran qué sentí cuando la tuve en mis brazos, no sabría decirlo, porque fueron varios sentimientos contradictorios. Experimenté una felicidad inmensa, miedo, satisfacción, inseguridad, tristeza, amor, desamparo... podría seguir enumerando sensaciones, pero ganó la plenitud.

Por fin me sentía plena.

No pude reprimir el llanto, no quería alterar la tranquilidad de mi hija con el vaivén de mi pecho, pero los sollozos salían de mi garganta sin poder evitarlo. A lo lejos, escuché llorar también a Lena. Por un instante, me había olvidado de que estaba allí.

Cuando conseguí serenarme, bajé la mirada intentando no despegar su cuerpecito del mío, para memorizar cada rasgo de su carita. No pude verla bien, pero sentí que era el bebé más bello del mundo. Había parado de llorar y sus ojos, sorprendentemente abiertos, me miraban o eso creía yo, de una manera que nunca olvidaré.

Alargué la mano hacia Lena; quería que sintiera mi agradecimiento por estar ahí. Cuando nos miramos ambas supimos que estábamos pensando en él. El nombre de James no se pronunció, pero estaba en nuestras mentes y no lo podíamos evitar.

La comadrona le pidió a Lena que se marchara y le indicó el número de la habitación donde podría reencontrarse con nosotras.

«Nosotras». Ya éramos dos. Para siempre. Ella y yo.

Ya era media noche cuando por fin nos llevaron a la habitación. Me sentía agotada, pero el cansancio no era nada comparado con la felicidad que me proporcionaba poder observarla cada segundo, cada respiración, cada pequeño movimiento de Mía.

Una vez en la intimidad y a solas, pude contemplarla detenidamente. Investigué cada rincón de

su cuerpecito. Me maravillaba ante aquel milagro de la naturaleza. Contaba los deditos que tenía en cada pie como si fueran algo exquisito, inusual, una obra de arte que yo misma había esculpido. Había creado una persona y la había llevado dentro de mí durante nueve meses. Y en ella todo estaba bien.

Desde aquel momento, el tiempo se me pasó volando, no tardamos en regresar a casa. Entre dar de mamar, cambiar pañales e intentar tranquilizar a Mía, las horas pasaban volando.

Cuando llegamos, mi padre estaba en la puerta de casa como si no pudiera esperar ni un minuto más para conocer a su nieta.

Salió con la ayuda de Olivia, a pesar de mis protestas. Logró llegar milagrosamente al coche antes de que yo saliera con la niña envuelta en la mantita que Lena me había regalado el día en que salí del hospital. Me dijo que había pertenecido a sus hijos y me emocioné.

—Papá, te presento a tu nieta, mira qué preciosa es...

Acercó su cabeza a la de Mía, que dormía plácidamente. Nada más verla, se irguió y me miró.

—Sofía, es igualita a su padre.

—Papá, eso ya lo sé desde que nació. ¿Es lo primero que te viene a la mente?

—Sí y que me has hecho el abuelo más feliz del mundo. Pero ¿has visto cómo se parece a James?

Lena y yo nos miramos; mi padre tenía razón. Mía era el bebé más hermoso del universo, era igualita que James.

—Venga, entremos, papá.

En aquel momento me giré en dirección a Olivia.

—Olivia, gracias por todo. De verdad, has sido mi salvación estos días...

—Ha sido un placer, Sofía. Además, es mi trabajo...

Entramos y Mía abrió los ojos como esperando a que le mostraran su nuevo hogar.

—Mía, te presento el lugar donde vivirás a partir de ahora. Aquí serás feliz y te brindaremos todo el cariño que te mereces.

Ella miraba hacia arriba como entendiendo lo que le decía. Empezó a gimotear, todo indicaba que tenía hambre así que decidí despedirme de todos, agradecer a Lena y a Austin la ayuda que me habían brindado y subir a mi habitación para darle la toma que le correspondía.

Me senté con ella en brazos en la mecedora que había comprado en la tienda de Isabella y descubrí mi pecho para alimentar a mi hija. Aquel era el lugar donde quería estar, me sentí dichosa por un momento.

CAPÍTULO QUINCE

APRENDIENDO

25 de septiembre de 2020

Mía demostró que iba a ser una niña con carácter desde el tercer día de vida. Parecía que, durante los tres primeros días de su vida, había intentado averiguar si ya estaba en el mundo o continuaba en mi vientre.

Si había pensado que tener una niña significaba que la vestiría de volantes y que ambas pasearíamos con música celestial de fondo, Mía se encargó de hacer añicos mi fantasía cuando gritó, furiosa, buscando ávidamente la teta. Tenía hambre a todas horas, por lo que me pasaba la mayor parte del día con el pecho fuera.

Al poco tiempo, empezó a sufrir los cólicos del lactante, un trastorno que comenzaba al anochecer y que no la dejaba tranquila hasta que amanecía, momento en que yo aprovechaba para lavar, tender, ordenar y demás tareas del hogar.

Pero, bueno, aquel esfuerzo me parecía insignificante comparado con lo que sentía cuando veía a mi padre con la niña en brazos. Comprobar cada avance, cada nuevo gesto de Mía, era un espectáculo para mí. Y verlos juntos hacía que me sintiera muy feliz.

Una mañana me acerqué a casa de Lena. Era su día libre y no había nadie, los niños estaban en el colegio y Austin en el trabajo. Llevaba a Mía colgada del fular porta bebés. Cuando entré, Lena se abalanzó sobre ella y, haciéndole carantoñas, le habló al oído.

—Dile a tu madre que te compre un carro, que vas a ser la niña más consentida del pueblo.

—Sabes que tengo el carro aparcado detrás de la puerta de casa. Pero ¿para qué quiero un cochecito si cuando la acuesto en él se echa a llorar?

—Es culpa tuya, no dejas que lllore lo suficiente...

—Venga, Lena, sabes que es insufrible, ella puede más que yo. No me niegues que la has oído llorar alguna vez desde aquí...

—La verdad es que esta niña va a ser tenor, ¡por lo menos!

Dijo aquello alzándola y besándola con amor.

—Anda, prepara un par de cafés, que yo tengo que cuidar de esta niña consentida.

—Mía, no le hagas caso a tu tía. No vas a ser una niña mimada, ya me encargaré yo... y espero que tampoco seas tan mandona... —dije, poniendo los ojos en blanco.

Pasé a la zona de la cocina y preparé un café rápido para ella y, para mí, una manzanilla.

Lo puse todo en una bandeja, la dejé con cuidado en la mesa baja y me senté junto a ellas en el gran sofá que presidía la estancia.

—Bueno, cuéntame. Hace días que no te veo... —me dijo Lena sin dejar de mirar a Mía.

—¿Qué quieres que te cuente? Rutina. Teta, pañal, dormir cuando puedo, disfrutar de mi padre y Mía juntos...

—Y, Sir Jones, ¿cómo está?

—Bien... bueno, ayer tuvimos una conversación un tanto extraña. No quise darle más vueltas, pero no me gustó nada lo que dijo. Supongo que serán tonterías de la edad.

—¿Y se puede saber qué dijo?

—Suenan un poco raro expresado en voz alta, pero a ver qué opinas tú. Estábamos hablando de la ley de vida, de que ya éramos tres generaciones en la familia y de todas esas cosas de las que a los mayores les encanta conversar tan a menudo. También salió a colación el nombre de mi madre. Me dijo que le hubiera encantado que ella hubiera conocido a Mía. Es lógico.

—Sí, a veces se ponen muy pesados hablando del pasado y de aquellos tiempos mejores.

—El tono de la conversación se volvió triste. La sola mención de mi madre lo perturba de una forma que no resulta normal. No te exagero si te digo que le cambió hasta el tono de la piel. Lo cierto es que, de repente, acariciando a Mía, dejó caer que ya podía morir tranquilo. Por supuesto, le respondí que se dejara de tonterías, que aún le quedaban muchos años por vivir y que tenía que ver crecer a su nieta. Él me contestó que sentía que su misión ya había terminado, que me veía feliz y que él ya se podía ir tranquilo con mi madre, que era lo que más deseaba en el mundo.

—Joder, qué fuerte —soltó Lena, mirándome con la boca abierta.

—Por supuesto, le dije que no quería volver a oír semejante tontería. Que a mí me hacía falta todavía y que no se le ocurriera volver a pensar algo así, que diciendo aquellas cosas me hacía daño...

—Hubo tanto amor entre tus padres...

Me la quedé mirando. No había contemplado esa posibilidad. ¿Sería eso? ¿Sería que ella ejercía tan poderosa influencia incluso después de muerta? Me quedé de piedra.

¿Todavía existen amores así?

—¿Sabes algo de James?

Ahora, ella fue la sorprendida. Dejó a Mía, que se había quedado profundamente dormida en el sofá, con los bracitos abiertos y boca arriba. Entonces, se esmeró en arreglarle la ropita para desviar la cuestión, ya que no se esperaba la pregunta.

—Lena...

De repente, me miró. Parecía que mi insistencia la sorprendía.

—Ah, pero ¿te acuerdas de James? —preguntó con cara inocente.

—Esa pregunta es muy cruel —contesté algo enfadada.

—Sofía, no me hagas hablar. No quiero enfadarme contigo ni con él.

—Di lo que tengas que decir. Eso significa que habéis hablado...

—¿En serio quieres que te diga lo que pienso? Y que conste que te quiero, ¿eh?

—Suéltalo —insistí, a pesar de que temía su sinceridad.

—Pues mira. Creo que estáis siendo, los dos, unos testarudos inconscientes.

—Mírala ella. La mujer más dócil del mundo... —Crucé los brazos sobre el pecho—. Y eso, ¿por qué?

—¿Por qué? Cuando dos personas se quieren hacen lo posible para estar juntas, ¿no? Y en vuestro caso sucede justamente lo contrario.

—Sabes que yo no lo eché. Se fue él solito.

—Sí. Pero también sé que le dijiste que no volviera.

—¿Es que acaso quiere volver? —Abrí mucho los ojos. No me lo podía creer.

—No. De regresar no dijo nada. Pero en mi opinión deberíais intentarlo.

—Te recuerdo que fue él quien huyó de puro terror.

—Sofía, está intentando superar una situación muy dura.

—Sí, lo sé. Y te prometo que lo comprendo. Por esa razón no puedo obligarlo a nada. Soy

perfectamente capaz de ocuparme de Mía, como habrás podido comprobar. Y te aseguro que no permitiré que entre y salga de mi vida como quien pide permiso de vacaciones en el trabajo. Por mucho que lo quiera, no dejaré que nos haga algo así.

—Eso mismo le dije ayer.

—¿Ayer hablaste con él?

—Sí. Está al tanto de todo. Sabe que tiene una hija preciosa, sana y que es igualita que él.

Me quedé mirándola sin poder asimilar que, durante todo aquel tiempo, había estado en contacto con el padre de mi hija y no me había dicho nada. Aquello era demasiado.

—Dame a la niña. Nos vamos —dije, levantándome sin ningún convencimiento.

—Vamos, Sofia, no te lo tomes así. Sabes que James es como un hermano para mí. No me puedes pedir que no me relacione con él.

—No, no puedo pedirte algo así. Pero, por lo menos, podrías informarme, ¿no? Tengo derecho, creo yo.

—Cariño, no te enfades, por favor. Yo solo quiero que seáis felices...

—Eres incorregible, de verdad —le dije, dejándome caer de nuevo en el sofá.

Me puse las manos sobre la cara. Era inaudito, aquellos dos hablando de nosotras como si nada y yo ignorando semejante complot. No podía hablar, me era imposible asimilar que James sabía de Mía y no se hubiera dignado a preguntarme directamente.

—Me cuesta muchísimo aceptar que James no quiera saber nada de la niña —reconocí con lágrimas en los ojos.

—Sí que quiere saber, Sofia. Claro que quiere, pero tú le dijiste que no se acercara si no estaba seguro de que lo haría para quedarse.

—Pero ¿cómo puede dudar que yo le permitiría verla? Es que no lo entiendo. Y más él, que sabe lo que significa ser padre.

Lena me cogió de las manos intentando infundirme un ánimo que en aquellos momentos no sentía. Giré mi cara hacia Mía; era preciosa... y su padre era incapaz de acercarse a conocerla. Qué dolor más grande sentí. Y no era por mí. Sin duda superaría aquel disgusto, pero saber que no quería conocer a un ser tan especial, tan inofensivo, tan dulce...

Los sollozos por fin aparecieron. No era normal que aquel sentimiento no se hubiera manifestado desde el nacimiento de mi hija. Hasta aquel momento no me había permitido pensar en ello. No quería que nada enturbiara la felicidad que sentía al ser madre.

—Sofia, dale tiempo. Me dijo que el trabajo lo estaba ayudando mucho. Ya no tiene pesadillas, está avanzando, Sofia. Se está esforzando, pero le aterroriza haceros daño.

—¡Terror! ¡Terror es negar a su hija!

Me levanté presa de la cólera. Recorrí el salón de punta a punta para no salir corriendo y gritar. Lena me dejó hacer sin decir nada. Mía se sobresaltó al escucharme y empezó a hacer pucheros al haberse interrumpido el sueño profundo en el que estaba sumida. Lena la cogió en brazos y la meció para calmarla.

Cuando vi lo que había conseguido, me detuve. Suspiré e intenté tranquilizarme.

—Lo siento, Lena. Eso ha estado fuera de lugar.

—No te disculpes. Demasiado bien llevas esta situación, te admiro por ello. Yo, en tu lugar, habría ido en busca de mi primo y le habría cortado los huevos, te lo aseguro.

Como siempre, Lena consiguió hacerme sonreír.

—Venga, si hace un momento lo estabas defendiendo...

Suspiré, no estaba dispuesta a seguir con lo mismo.

—Tengo que irme, ya es hora. Seguro que tienes cosas mejores que hacer, que aguantar mis

pataletas. Tendí los brazos a Lena y me pasó a Mía, que se había espabilado. Regresé a casa. Me había alterado tanto que me sentía agotada.

Encontré a mi padre frente a la chimenea con la mirada perdida. Me senté a su lado para darle el pecho a Mía y así tranquilizarnos las dos. Amamantarla se estaba convirtiendo en una especie de terapia para ambas. Mientras succionaba mi pezón con su boquita solía levantar la mirada en señal de agradecimiento. Su manita agarraba mi dedo meñique con fuerza. Aquel gesto me resultaba entrañable.

Mi padre nos miró y sonrió.

—Parece que la pequeña tiene hambre.

Contemplamos a Mía. La serenidad que transmitía nos deleitaba.

—Papá ¿puedo hacerte una pregunta sobre mamá?

—Claro, cariño.

—¿Nunca te habló de mí durante su convalecencia? ¿En ningún momento deseó volver a verme?

—Tu madre era muy orgullosa, ya lo sabes.

—Eso es que no.

—Sofía, no te martirices. Seguro que deseaba verte más que otra cosa en el mundo, pero su soberbia le impedía confesarlo abiertamente.

—¿Y a ti no se te ocurrió llamarme antes de su muerte?

Volvió su cara hacia el fuego. Su mente viajó hacia la habitación donde pasaron los últimos días juntos.

—Sí, lo pensé, pero no llegué a tiempo. Sofía, tú estabas en mi pensamiento cada día. Quiero que lo sepas antes de que me vaya.

—Pero ¿qué dices? Por favor, no hables así. Aún falta mucho para eso...

—Bueno, pero, en cualquier caso, quiero que lo tengas claro. Lo que ocurre es que entre tú y tu madre existía una barrera que yo no podía derribar. No me sentía con ánimos, quizá fui un cobarde.

—Madre mía, ¿a cuantos cobardes tendré que conocer en esta vida...? —susurré, esperando que mi padre no me hubiera escuchado.

—Sofía, James volverá.

—Así que me has oído.

—Cariño, tengo la circulación de las piernas peor que la A217 de Londres, pero oigo cien veces mejor que tú —me respondió, guiñándome un ojo.

Su sentido del humor, tan especial, me hizo sonreír de nuevo.

—Yo no espero que James regrese, papá. Además, puedo vivir sin él perfectamente. ¿No ves lo bien que estamos tú y yo aquí juntitos?

Apoyé mi cabeza en su hombro. Él la acarició como hacía cuando era pequeña.

Después de un largo silencio, me dijo:

—La vida pasa demasiado rápido, ¿sabes? No dejes que se te escape de las manos.

Aquella reflexión que parecía tan inocente, de inocente no tenía nada. Permanecimos callados, cada uno sumergido en sus pensamientos. Más que un favor, me había dejado hecha un mar de dudas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LEY DE VIDA

9 de noviembre de 2020

Noviembre llegó silencioso, tranquilo. Mía cumplía dos meses. Una plácida rutina se había instaurado en nuestro día a día, pero la sensación de incertidumbre que experimentaba cuando pensaba en James nublaba nuestra felicidad. Lena no había vuelto a hablarme de él, aunque yo daba por hecho que seguían en contacto.

Al abrir la contraventana de mi habitación, comprobé que aquella mañana había amanecido nublada y húmeda. Una espesa niebla me impedía distinguir con claridad la fachada del hotel. Sentí frío y pensé que ya era hora de sacar el batín de terciopelo, el que todavía no había usado desde el invierno anterior.

Me lo crucé y lo até con el cinturón mientras me acercaba a comprobar si Mía seguía durmiendo. Me arrodillé sobre la cama y, al acercar mi cabeza a la suya, me sorprendió verla con los ojos abiertos de par en par, moviendo los bracitos y las piernecitas, dispuesta a reclamar su alimento y a punto de romper a llorar.

Me eché a reír, ¡no perdonaba ni una! No hacía ni tres horas que había ingerido la última toma. Mientras la cogía en brazos, me pregunté cuándo dormiría toda la noche de un tirón. «Todavía queda mucho tiempo», pensé con resignación.

Por supuesto, tomó su desayuno completo, plena y satisfecha. Le quité el pelele que había llevado durante la noche y le puse uno de día. Le cambié el pañal y, con ella en brazos, me dispuse a desayunar algo que calmara mis ruidosas tripas.

Mientras disfrutaba de unas tostadas con mantequilla, llegó Olivia. Comentamos que resultaba extraño que mi padre no se hubiese levantado ya. A aquellas horas acostumbraba a deambular por la casa, aseándose y preparándose.

Le pedí a la joven que cogiera a la niña en brazos y entré en su habitación. Como estaba a oscuras abrí la contraventana para que entrase luz natural que, al estar la mañana tan nublada, sería menos dañina para sus ojos.

—Buenos días, dormilón. Hoy se te han pegado las sábanas, ¿eh?

—Papá —susurré de nuevo.

La luz opaca de aquel nueve de noviembre iluminó la habitación. En aquel momento fui consciente de que mi padre no se había movido al escuchar su nombre.

Lo toqué en el hombro con delicadeza. No se movía, no reaccionaba. Le agarré la cara para comprobar si se había desmayado o dormía profundamente, pero tampoco reaccionó. Me puse nerviosa y sentí terror al apoyar mi oreja en su corazón. Al no escuchar nada, puse mi cara junto a su boca: esperaba sentir su cálido aliento.

No respiraba.

—¡Papá! —grité.

Intenté incorporarlo en vano.

—¡Papá! ¿Qué te ocurre?

Al escuchar mis gritos, Olivia entró decidida en la habitación.

—Olivia, ¡no reacciona! ¿Qué hago, Olivia? ¡por favor!, ¿qué hago?

Mi padre había fallecido. Estaba claro, pero yo no estaba dispuesta a aceptarlo.

Le dije a Olivia que, por favor, se quedara al cuidado de Mía, llamé a emergencias y corrí a buscar a Lena.

—¡Lena!

—Querida, ¿qué pasa?

Estaba claro que algo grave ocurría cuando había irrumpido en el hotel en batín y zapatillas.

—¡Mi padre!

La abracé en busca de consuelo. La angustia que sentía hacía que me faltara el aire. El corazón me latía tan deprisa que tenía la impresión de que iba a desmayarme en cualquier momento.

—¿Dónde está?

—En casa... no se mueve. ¡Creo que no respira, Lena!

Los sollozos no me permitían expresarme con claridad.

—He llamado a emergencias. Estarán a punto de llegar... no puedo, no puedo afrontar esto sola, Lena. No puedo...

Me cogió de la mano y salimos a la calle. Entramos en casa y Lena se dirigió a la habitación de mi padre. Yo no quise entrar, algo me lo impedía.

En aquel momento, el médico y el enfermero de emergencias llamaron al timbre. Llevaban el equipo de reanimación, pero no tuvieron la ocasión de utilizarlo. Solo pudieron certificar su muerte.

A partir de aquel momento, todo sucedió muy deprisa. A menudo me pregunto de dónde saqué las fuerzas para preparar un funeral con todo lo que aquello conllevaba, cuando lo único que me apetecía era quedarme en la cama y llorar su ausencia; experimentar la desgarradora certeza de que ya no me haría reír como solo él sabía hacerlo.

Lena y Austin estuvieron a mi lado y me brindaron su apoyo incondicional. Los padres de Lena también pusieron su granito de arena, ayudándome con Mía. Por supuesto, Mía, ajena a todo lo que estaba sucediendo, protestaba y exigía su toma como un reloj. Aquello me dejaba exhausta, pero al mismo tiempo me ayudaba a desconectar y a evadirme de aquella situación tan triste.

Enterramos a mi padre donde él quería. Lo había dejado escrito en su testamento. Lo tenía bien planeado.

Al funeral, acudió mucha gente del pueblo, además de compañeros de la residencia en la que vivió sus últimos años. Hubiera preferido permanecer más tiempo sola, pero ¿quién era yo para impedir que toda aquella gente ofreciera su último adiós al señor Jones? Yo no había compartido con él sus últimos veinte años, pero aquella gente sí que lo había hecho. Aquello me oprimió el corazón. Cuánto tiempo perdido por no haber solucionado nuestras diferencias mi madre y yo. Y él se había llevado la peor parte. Aquello me dolería siempre. Mientras el cura bendecía sus restos mortales, Lena me susurró unas palabras. Como no entendía lo que me estaba diciendo, me acerqué a ella y le pedí que me lo repitiera. Muy importante tenía que ser para murmurar mientras el cura nos llamaba a la oración.

—Sofía, no te sofoques, James está aquí. Ha conseguido un permiso para despedirse...

—¡Como! ¿Está aquí?

—Sí. Tuve que llamarlo como comprenderás.

Delante del ataúd de mi padre, lo último que me apetecía era discutir con él. Así que me giré,

asentí con la mirada y volví a mi posición. No podía enfrentarme a él en aquel momento. Ya había tenido suficiente. Cuando todo acabó, volví a girar la cabeza y James ya no estaba. Mejor, no era el momento adecuado para un reencuentro. No era un momento adecuado para nada.

—Ya está donde hacía tiempo que quería estar...—le susurré a Lena.

Estábamos delante de su tumba. Abrazadas, las dos, contemplando la tierra removida sobre la que habían depositado su ataúd junto al de mi madre. Todos se habían marchado, así que le dije a Lena que me quedaría un rato allí para despedirme de él. Ella me respondió que se quedaba conmigo y no me opuse. A aquellas alturas, la complicidad entre nosotras era tal, que me daba igual lo que hiciera. Sabía casi tanto de mi vida como yo misma, aunque aquellos tres años en los que vendí mi cuerpo para pagarme los estudios, quedaron enterrados y esperaba que nunca salieran a relucir.

—Sofía, tienes que saber que tu padre se ha ido feliz. Estoy segura de que él hubiera preferido seguir a tu madre nada más morir ella. Pero ha querido esperarte y asegurarse de que estabas bien. Has tenido la suerte de ver juntos a tu padre y a su nieta.

—Sí, he tenido suerte. Agradezco tus palabras, pero me hubiera gustado disfrutar de su compañía durante más tiempo...

Lena me abrazó, comprendía la pena que estaba experimentando, la sentía en su propia piel. Permanecimos en silencio hasta que un ligero cosquilleo en mis pechos me recordó que Mía estaría berreando, reclamando su alimento, así que le dije a Lena que teníamos que regresar. Me giré y me despedí.

—Adiós, papá. He tenido la suerte de ser tu hija. Te perdí y después te recuperé. La conexión que experimentamos permanecerá para siempre en mi corazón. Gracias por quererme tanto.

Nos encaminamos a la salida del cementerio. Me vino a la cabeza la imagen de James apartado de todos, solitario.

—Lena, tenías que haberme avisado de que habías hablado con James.

—Pensé que no querías hablar con él, pero tenía que decírselo. Ha convivido con tu padre y quería despedirse. Sé que le tenía un gran aprecio. Sofía, no es por disculparlo, pero se ha escapado del trabajo para venir. Supongo que por eso no se ha quedado más tiempo.

—Sí, eso será.

No quise discutir.

No sé si era a causa de la pastilla que me había estado tomando para los nervios, pero no me apetecía darle más vueltas al asunto, ya llegaría el momento si el destino así lo indicaba.

En aquellos momentos, lo único que me apetecía era abrazar a mi hija. Acurrucarme junto a ella, impregnarme de su olor a vida y dejar que me consolara con su inocente compañía. Ya habría tiempo para analizar la breve aparición de James.

Tuve que prescindir de Olivia. Le agradecí las atenciones que había tenido para con mi padre. Se había portado como una gran profesional y le dije que, si algún día necesitaba una carta de recomendación, me la pidiera. Le transmití que tenía la certeza de que le esperaba un futuro profesional prometedor. En los tiempos que corrían no era fácil encontrar a una persona que estuviera disponible a cualquier hora del día.

Transcurrieron tres semanas desde la muerte de mi padre. La rutina me ayudaba a no sentir la soledad, pero esta empezaba a hacer mella en mi estado de ánimo. Por mucho que yo me repitiera que era feliz junto a mi hija, sentía que alguna cosa me faltaba. Lena debió notar mi desgana, porque no se le ocurrió otra cosa que proponerme una escapada de chicas. Estábamos en el salón de su casa, el lugar donde nos solíamos reunir cuando tenía algo de tiempo libre. Mía estaba profundamente dormida en su cochecito.

Era un lunes por la tarde y los niños estaban entretenidos en sus cosas. Cuando entré en su casa se acercaron a observar a Mía, la saludaron cariñosamente y, acto seguido, desaparecieron cada uno en su habitación.

—Lena, sabes que eso es imposible. Tendría que llevarme a Mía y no lo veo, la verdad.

La imagen de la niña en un antro lleno de borrachos me horrorizó.

—Bueno, siempre puedes usar el sacaleches que te regalé y dejar preparado algún biberón. Mi madre estaría encantada de cuidarla. Sabes que tiene mono de bebé, dice que sus nietos ya son mayores y que ya no la necesitan.

—No sé, Lena... hace poco tiempo de la muerte de papá...

No estaba convencida. Dejar a Mía, aunque en buenas manos, no me ilusionaba demasiado.

—Creo que sería una compañía nefasta. En un minuto te habrías arrepentido de haberme animado a salir.

—Venga, Sofía. No seas plasta. Entiendo que tengas reparos en ir de fiesta, por lo de tu padre, pero por dejar a Mía, no. La pequeña no se va a enterar de que te has ido unas horas. Además, a mí también me hace falta salir, ¿sabes?

Me la quedé mirando.

—¿Va todo bien entre tú y Austin?

—Sí, sí, no te preocupes.

—Joder, Lena, qué egoísta he sido. Seguro que te ocurre algo y yo, aquí estoy, mirándome el ombligo. No puede ser que estés a todas horas pendiente de mí y que yo no me haya dado cuenta de que no estás bien. Por favor, déjame compensarte lo egoísta que he sido, además de una mala amiga.

—No seas tonta. Tú tienes motivos suficientes para centrarte en ti misma. He discutido con mi marido por una tontería. No te preocupes, solo es que necesito salir de estas cuatro paredes.

Bajamos la voz, no queríamos que los niños nos oyeran.

—Venga, cuéntame. Te aseguro que tengo experiencia en matrimonios con problemas.

Las carcajadas sonaron algo estridentes. Me acerqué a ella y la abracé.

—Déjame abrazarte, siempre eres tú la que me estruja para darme ánimos. Ahora te toca a ti, aunque no quieras decirme qué es lo que te pasa.

Se dejó abrazar, aunque no me devolvió el abrazo. Lena era especialista en consolar a los demás, pero a ella le costaba muchísimo dejarse animar.

—No es nada importante, de verdad. Solo que, a veces, siento que me ahogo. Austin trabaja fuera de casa, pero yo no salgo de aquí para nada. Si necesito algo, él va a buscarlo porque es él quien sale del pueblo. Mi compañía son mis padres, los clientes y, de vez en cuando, tú. Y no te sientas ofendida, agradezco muchísimo tus visitas, pero me gustaría que de vez en cuando nuestros encuentros se produjeran en otro escenario que no fuera el salón de mi casa.

—Perdona que haga de judas, pero Austin no es responsable de lo que te ocurre, ¿no? Tú elegiste este trabajo y él siguió con el suyo. A mi parecer, no tiene la culpa de nada...

—Sí, tienes razón, pero cuando le planteo salir, siempre me pone excusas diciendo que está muy cansado. De verdad, a veces creo que me he casado con una morsa. No sé si está pasando por la crisis de los cuarenta o qué, pero está más desganado que nunca. O es la crisis o es que tiene una aventura y, cuando llega a casa, está hecho polvo.

—Venga ya, Lena. Tu marido está demasiado enamorado de ti como para mirar a otra mujer...

Austin y Lena eran de esos matrimonios que destilan amor. Se comunicaban con una mirada. Era imposible que Austin tuviera un romance.

Sopesé la proposición de Lena. Por mucho que me doliera separarme de Mía tenía que pensar

en mi amiga. Se lo debía.

—Venga, ¿qué quieres que hagamos? ¿Dónde quieres que vayamos?

Abrió mucho los ojos, parecía un niño con zapatos nuevos.

—No quiero obligarte a nada que no quieras hacer. Y te agradezco de corazón tu oferta, de verdad.

—No, lo digo en serio. Venga, ¿dónde vamos?

—Ostras, pues déjame que lo piense... me has pillado desprevenida.

Mía empezó a removerse inquieta en el cochecito. Como no quería cogerla en brazos, le dije a Lena que teníamos que marcharnos. Prefería darle de mamar en casa y prepararme algo para cenar y cumplir con la rutina del baño y demás. Nos despedimos, pero no antes de arrancarle a Lena la promesa de que prepararía un plan de fiesta.

Al día siguiente, Lena me llamó ilusionada para contarme lo que había pensado. Su proposición no era descabellada; había tenido en cuenta las necesidades de Mía. El problema era que pasaría muchas horas lejos de mi hija, y aquello me resultaba difícil de asimilar.

Me propuso viajar hasta la capital, cenar en un restaurante que le gustaba especialmente y regresar. Cuando me mencionó el nombre del establecimiento, me picó el gusanillo. Hacía tiempo que me apetecía ir y el plan me gustó, pero no me parecía viable.

—Lena, ¿no crees que volver después de cenar es arriesgado?

—Podemos quedarnos a dormir en la capital. Seamos malas...

Me puse el teléfono cerca del corazón y sonreí. ¿Qué hacía? Me tentaba la idea de sucumbir a su propuesta. Tenía tanto que agradecerle... y tampoco podía negar que a mí me apetecía, también, portarme mal, pero estaba Mía...

—Lena, no sé qué hacer, dejar toda la noche a Mía con tus padres no me parece bien.

—Tienes razón, me he emocionado con el plan. Dejemos lo de dormir por ahí para cuando Mía sea capaz de comer sólido. Con lo comilona que es, ¡no creo que tarde mucho!

—¡Hecho! Nos vamos, cenamos y, sin prisa, nos volvemos. Tampoco hace falta beber tanto.

—Vale. Ahora solo queda saber qué día salimos.

—Salgamos el sábado. Para qué dejarlo para más adelante, ¿no?

—¡No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy! ¿Eh? Si que estás necesitada...

Colgamos con la promesa de seguir hablando y planeando los pormenores de la salida. Bueno, era miércoles. Tenía tres días para hacerme a la idea de dejar a Mía. También tenía que decidirme a utilizar el sacaleches que me había regalado días antes del parto. Lo tenía guardado en algún armario. El día que lo vi pensé que no lo usaría en la vida, pero ahí estaba la ocasión.

Bajé a la cocina y fui abriendo armarios hasta que di con la caja de colores suaves y atractivos.

En cuanto saqué el aparato, pensé que parecía más bien un instrumento de tortura. Solo de pensar que tendría que introducir mi pezón en aquel embudo y dejar que un motor se encargara de succionarlo, me daban escalofríos. Al menos tenía que intentarlo, así que con más pereza que alegría me dispuse a esterilizar todos sus componentes. Le di el pecho a mi hija y dejé que transcurriera alrededor de una hora. Entonces, lo monté y leí las instrucciones para usarlo en condiciones.

Introduje mi teta en el embudo, le di al botoncito y el aparato realizó debidamente su función. Bueno, al final no había sido para tanto, aunque la experiencia de dar de mamar a un aparato que funciona con pilas no resultó demasiado gratificante.

Durante los días previos a nuestra salida, me encargué de congelar varios frasquitos. Hice la prueba con algún que otro biberón y Mía lo aceptó sin ningún problema. Era tan glotona que, con tal de comer, lo mismo le daba. Cada día me sentía más orgullosa de mi hija. Cada vez dormía

durante más tiempo por la noche, aunque de día no perdonaba ni una toma.

El día anterior a nuestra salida, me lo pasé con Mía en brazos. Separarme de ella me resultaba doloroso. Sería la primera vez que lo hiciera sin contar el día que enterramos a mi padre.

—Cariño, quiero que sepas que mamá estará fuera unas horas, pero solo unas horas, así que no te preocupes, que volveré. Y también quiero que te portes bien con Emily. Es la mamá de Lena. Te cuidará y mimará tanto que luego no querrás volver conmigo.

Mientras le daba el pecho y le hablaba en susurros me miraba fijamente como si me entendiera. Qué preciosidad de hijita tenía. Qué milagro de la vida. Nunca había vivido una experiencia igual.

Pensé en James, aunque intentaba no hacerlo. Cada vez que mi hija me contemplaba de aquella manera descubría a James a través de su mirada. Era increíble.

—Mi querida hijita, tu papá no sabe lo que se está perdiendo. Está renunciando a lo más bonito que tendrá jamás.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y me la limpié de un manotazo. No valía la pena llorar por él. Sabía que estaba sufriendo, pero mi hija no se merecía crecer lejos de su padre. Por lo menos podía haber venido a conocerla. Por lo menos, eso.

Deseché aquellos pensamientos tristes; estaba dando de mamar a mi niña y no quería contagiarle mi angustia. En aquel momento, sonó el móvil.

—¿Estás preparada?

Una Lena nerviosa me habló a gritos desde el otro lado de la línea. Tuve que alejarme un poco del aparato. Había roto la tranquilidad y el sosiego en el que Mía y yo estábamos sumergidas. No obstante, sonreí. Mi amiga era la única persona que conseguía alegrarme el día. Me contagiaba su entusiasmo con solo escuchar su voz.

—¡Claro que estoy preparada! —mentí.

—¿Ya sabes lo que te vas a poner?

—Sí, ¿y tú? —Mentí de nuevo. Ignoraba lo que iba a ponerme, ni siquiera lo había pensado. Tenía preparados biberones para una semana, ropa para un mes y pañales para dos. Pero no tenía ni idea de cómo me vestiría aquella primera noche que saldría después del parto.

—Tengo varias opciones sobre la cama, me las probaré y decidiré.

—Sí, yo igual —dije, sopesando con rapidez algunas posibilidades—. Pero tampoco es preciso ir de etiqueta, ¿no?

—Bueno, el restaurante es un poco pijo. Pero con algo así... arreglado, pero informal, no desentonaremos. Vamos, que no sería buena idea ir en vaqueros.

Acababa de echar por tierra mi primera opción, así que tendría que pensar en la siguiente.

—Podríamos salir sobre las seis, ¿qué te parece?

—De acuerdo. Si quieres me acerco a tu casa a las cinco y se lo explico todo a tu madre...

—Sofía, ¿quieres tranquilizarte? Te conozco y sé que la preocupación no te habrá dejado dormir. Piensa que me ha criado a mí y a mis hijos, y te aseguro que nunca les ha pasado nada. Es una excelente madre, te lo aseguro.

—Lo sé, Lena, pero entiéndeme...

—Sí, te entiendo, pero quiero que estés tranquila.

Quedamos para el día siguiente y, después, me quedé mirando a Mía. Me dieron ganas de llorar. En aquellos primeros meses no me había separado de ella ni un instante. Pensar que estaba a punto de hacerlo me entristecía. No tenía remedio, pensé.

CAPÍTULO DIECISIETE

LENA

30 de noviembre de 2020

Había llegado el momento en que me separaría de Mía por primera vez, durante más de dos horas seguidas.

A las cinco en punto estaba en casa de Lena. Era el 30 de noviembre. Aquella fecha se me quedaría grabada para siempre. Seguramente, a causa de los nervios, la incertidumbre, la inseguridad que experimentaba al dejar a mi hija por primera vez.

Era temporada baja en el hotel, así que solo había una familia alojada. El camarero y los padres de Lena atenderían a los huéspedes sin problemas.

Entré en casa de Lena y, esta, al ver mi cara de pena, me dijo sin titubeos:

—Sofía, si vas a estar así toda la noche nos quedamos en casa, ¿eh? Te lo digo en serio. No quiero ser la causante de una depresión posparto tardía.

—Qué bestia eres... —le dije riendo—. Claro que me da lástima, pero tengo ganas de cenar contigo. Venga, vámonos.

—¿Así vas? Parece que vayamos a misa. ¿Por qué te has vestido de negro?

—Porque, cuando no sé qué ponerme, siempre recorro al negro.

Me había puesto unos chinos con camisa semitransparente, ambos negros. Había pensado que el juego de transparencias hacía menos opaco el conjunto. Además, los zapatos y el cinturón eran de color *nude*. En mi opinión, aquello rompía el efecto funeral.

—No me hagas caso, estás espectacular y me muero de envidia. Tienes el pelo más bonito que he visto en mi vida. Y los chinos te quedan de cine, hija, ¡quién diría que hace tres meses que has dado a luz!

—Tú también estás muy guapa, Lena.

Ella se había vestido con los colores que normalmente le gustaban. Siempre andaba con tonos turquesa, morados e, incluso, se atrevía con el amarillo. Colores que contrastaban con el tono rojizo de sus rizos. Para la ocasión había elegido un vestido ajustado color turquesa oscuro, que le quedaba de maravilla.

Lena entró en su habitación en busca del bolso y de la chaqueta.

Me giré hacia Emily y la cogí de las manos.

—Emily, mil gracias por cuidar de mi hija.

—Sofía, cariño, no tienes que dárme las, tendría que dártelas yo a ti. No hay nada que me guste más que tener en brazos a un bebé y más a esta preciosidad, que seguro que es un ángel y se va a portar como una bendita.

—Sí, es buena, la verdad. Salvo excepciones, se limita a comer, dormir y a ensuciar cada dos por tres el pañal.

Le di algunas instrucciones sobre los horarios y demás. Emily me abrazó al ver que estaba a

punto de llorar.

—Querida, quiero que tengas clara una cosa: dejarme a Mía con casi tres meses es mejor que dejármela con un añito o más. La dependencia de la madre es mucho mayor a esas edades. Seguramente no notaré nada y, a la que quieras darte cuenta, la tendrás otra vez en tus brazos.

—Sí, tienes razón. Perdona mi actitud, es la primera vez que nos separamos.

—No tienes que pedir perdón, iros y pasadlo bien.

Lena y Austin salieron de la habitación entre risas. Daba gusto ver tanta complicidad entre ellos.

—Sofía, no le dejes que beba mucho. Tú eres más responsable que esta cabeza de chorlito.

—¡Oye!

Mi amiga le dio un toque en el hombro a su marido.

—Yo beberé lo que me dé la gana. Y no tienes que decirle a nadie que cuide de mí, ¿no te digo?

—Tranquilo, Austin. Nos portaremos bien. Solo es una escapadita, aunque quiero que sepas, que ensayamos para el futuro...

Le dije aquello mientras le guiñaba un ojo a Lena.

Le eché un último vistazo a Mía, la besé en la frente, agarré de la cintura a mi amiga y, entre risas, nos dirigimos a la entrada.

Salimos y nos dejamos envolver por el frío de la tarde. Por un instante, me arrepentí de haber tomado la decisión de salir. ¡Con lo bien que estábamos Mía y yo en casa, al calor de la lumbre! Pero tendría todo el invierno para hacerlo. Acurrucarme junto a Mía se había convertido en mi afición favorita.

Durante el viaje hasta Londres no paramos de hablar. Nunca se nos acababan los temas. Lena era una gran conversadora y siempre animaba la tertulia, se hallase donde se hallase. En varias ocasiones tuve que amonestarla, porque cada vez que echaba un vistazo al cuentakilómetros, marcaba más de lo permitido.

Cuando entramos en la capital, como siempre, me entró vértigo al sumergirnos en aquel tráfico tan denso. Entre que venía de Alcoy, una ciudad relativamente tranquila, y que, en Castle Combe, cuando pasaba algún coche era tema de conversación... adentrarnos en aquel galimatías de carriles y coches, por mucho que hubiera viajado me ponía muy nerviosa. Pero gracias a la pericia de Lena al volante y a la seguridad que demostraba, me fui tranquilizando.

Por fin, enfilamos la calle West Street y llegamos al restaurante, que afortunadamente tenía aparcamiento privado. Aquello, desde mi punto de vista, constituía una gran ventaja.

El restaurante, situado en el corazón del West End londinense, cerca de Covent Garden, había adquirido fama en la década de los sesenta, cuando acudían actores, cantantes y otros famosos de la época.

Entramos en el local. La luz tenue mostraba el salón en penumbra, cosa que hacía que el ambiente resultara íntimo y acogedor.

Un camarero nos preguntó si habíamos realizado la reserva, le dimos el nombre y, servicial, nos acompañó a nuestra mesa. Nos preguntó qué queríamos beber y le pedimos un vino blanco afrutado que a las dos nos gustaba y que ya habíamos probado. No nos apetecía improvisar y correr el riesgo de errar en la elección. Cuando el camarero se marchó después de llenar nuestras copas, comenté:

—Por fin estamos en este mítico restaurante. Gracias por insistir, Lena, hacía mucho tiempo que deseaba venir a cenar aquí.

Había leído algún que otro artículo sobre él, pero no había tenido la oportunidad de visitarlo.

Ahora se me presentaba la ocasión de empaparme de cada uno de sus detalles. Tecleé *Google* en el buscador del móvil para consultar un artículo sobre el local, que hacía tiempo que había leído. Lena me escuchó con atención.

—Según este artículo, la decoración de interiores del mítico *The Ivy* estuvo a cargo del *Martin Brudnizki Design Studio*. Conservó los colores originales del local, los paneles de madera y los vitrales, pero revitalizó el interior para que entrara mucha más luz natural. Se diseñó una nueva disposición para las mesas y, lo más sorprendente, se dispuso la incorporación de un nuevo y reluciente bar. Los reservados, el parqué de roble y los taburetes de la barra se tapizaron en cuero rosa y mohair. Las paredes se vistieron de obras de artistas como Daien Hirst y Maggi Hambling. Estos detalles le daban un aire británico clásico.

—Tengo que reconocer que ese tal Daien hizo un buen trabajo. Sobre todo, con los taburetes de color rosa... ¡son ideales!

Me hizo gracia que, a Lena, lo que más le llamara la atención fueran los taburetes. A mí, la barra del centro en forma de *u* y con todas aquellas copas colgando del techo, como si de murciélagos se tratara, me dejó boquiabierta. Había cientos de ellas...

El camarero se acercó y nos aconsejó el menú de degustación. Decidimos arriesgar. Fuera como fuera, disfrutaríamos de aquella comida. El local tenía fama de buena cocina.

En cuanto se fue, otro camarero se acercó y nos llenó la copa de nuevo. Habíamos engullido la primera como si fuera agua en lugar de un delicioso licor: empezábamos bien.

Cuando me llevaba la segunda copa a los labios, casi me atraganté. En aquel momento, James entró en el local con un hombre mayor que él.

—¡Lena! Mira con disimulo hacia la puerta...

Mi amiga giró la cabeza sin disimular en absoluto. Al momento se volvió hacia mí con los ojos abiertos como platos.

—Joder, no me lo puedo creer. Te aseguro que no tengo nada que ver con esto, Sofia.

—Eso espero, si no es así caerán cabezas, te lo aseguro.

Cuando fui consciente del dolor, dejé de mordirme el labio. Tenía que quitarme aquella manía como fuera, pensé mientras lo seguía con la mirada. Antes de que se percatara de nuestra presencia me dio tiempo a observarlo; tenía ventaja, porque estábamos justo al otro lado de la barra y de la puerta de entrada. Su gesto adusto me conmocionó. Estaba más guapo si es que aquello era posible. Llevaba un abrigo tipo levita, que le sentaba de maravilla.

El desconocido acompañante dio su nombre al camarero y recé para que los instalara lejos de nosotras, pero, cuando se nos acercó, comprendí que no había tenido suerte.

Me volví hacia Lena con brusquedad. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Londres era lo bastante grande como para no coincidir y el destino había obrado para que lo hiciéramos.

Sentía que se acercaba, pero no levanté la mirada y fingí que manteníamos una conversación.

Lena me siguió la corriente y fingió una carcajada de lo más realista. Aquello me hizo sonreír sin necesidad de actuar, ya que fue una reacción espontánea. Lena era especial y por aquello la quería más si cabe. Cualquiera persona en aquella situación se hubiera bloqueado, pero ella rio como si le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.

Como seguía mirándola, no me di cuenta de que estaban a un paso de nosotras hasta que, de soslayo, los vi frente a la mesa. Nos miramos a los ojos.

Nos miramos en silencio y Lena intervino.

—¡James! ¡Qué casualidad! ¡Cómo estás, primito?

Antes de que se le presentara la ocasión de contestar, respondió.

—Robert, ¡qué alegría verte! ¡Cómo estás? ¡Y Chloe?, tengo ganas de verla. A ver si algún día

hacéis una escapadita y venís por allí, mis padres se alegrarán mucho de veros...

Yo también tuve que levantarme, pues no tenía sentido continuar sentada.

La verborrea de Lena no tenía límites. Se notaba que estaba nerviosa, la pobrecilla...

El tal Robert y Lena se enzarzaron en una conversación cuyo significado solo intuía, ya que mis ojos estaban fijos en los de James, así que oía sus voces sin entender nada de lo que estaban diciendo. Él también tenía la vista fija en mí. Aquello estaba a punto de explotar, pero no llegó la sangre al fuego. No era el lugar ni el momento. Y como personas adultas que éramos teníamos que comportarnos.

Como seguíamos en silencio, Lena se vio obligada a intervenir por enésima vez.

—Sofía, querida, te presento a Robert, el comisario Grant.

—Por favor, más que comisario soy amigo de James... —dijo aquel hombre de voz cálida y gesto amable, tendiéndome la mano. Se la estreché, pasando por delante de James.

Aquel apretón, lo sentí cálido.

—James, qué mujer tan hermosa...

—Sí, es muy bella. Por dentro y por fuera.

No supe cómo tomarme aquel cumplido, así que seguí en silencio. Finalmente, me habló.

—¿Cómo estás, Sofía? ¿Y nuestra hija?

—Estoy bien y mi hija, también, gracias.

Cambié el adjetivo posesivo intencionadamente. No pretendía ser mala, pero me salió así. Por mucho que lo comprendiera, no podía compartir su manera de actuar. Tenía una hija preciosa cuya infancia se estaba perdiendo por cobarde. Sabía que James albergaba buenos sentimientos, pero el miedo no le permitía avanzar. Y dolía, vaya si dolía.

—¿Queréis que compartamos mesa?

Pero ¿de dónde había sacado Lena aquella nefasta idea? ¿No era una noche de chicas? La fulminé con la mirada. James debió percatarse, porque declinó la oferta.

—No, gracias, Lena. Cenad tranquilas, ya tendremos tiempo de estar juntos en otra ocasión.

Robert se adelantó para hablar conmigo.

—Sofía, me alegro mucho de haberte conocido. Ahora puedo ponerle un rostro a la mujer de la que James tanto habla.

Me tendió la mano de nuevo. Aquel comentario me había dejado sin palabras. Asentí como un autómatas.

—Ya nos despediremos más tarde. No tiene sentido hacerlo ahora, cuando vamos a cenar prácticamente juntos.

Dijo aquello mirándome directamente. Yo asentí como no podía ser de otra manera.

En el momento en que se marcharon el camarero llegó con varios platos, que fue dejando con delicadeza sobre la mesa. Como no podíamos retomar la conversación delante de él, Lena y yo nos hablamos con la mirada. Cuando nos quedamos a solas, pudimos desahogarnos. Como estaba de espaldas a James y Robert no pude ver dónde se habían sentado.

—Están dos mesas más allá, me dijo respondiendo a la pregunta que no había formulado.

Menos mal que estaban detrás de mí. Suspiré. Casi me ahogué, de tanto contener el aliento.

—Sofía, es irreal. Cariño, os comíais con la mirada. Por favor, tenéis una conversación pendiente. No puede ser que echéis al traste tanto amor.

—Pero, Lena, ¿sabes lo que estás diciendo? ¿Eres consciente de que yo no lo eché de casa? Él decidió marcharse...

—Sí, lo sé. Lo sé perfectamente. Pero tenéis que veros, hablar. Yo tengo una pregunta en la punta de la lengua y no sé si formulártela, porque no quiero herirte.

—Suéltala.

Mejor dejarnos de tapujos.

—¿Tú estarías dispuesta a perdonarlo y empezar de nuevo?

—No tengo nada que perdonar... no es capaz de afrontar sus miedos. Eso no es algo que pueda tenerle en cuenta...

—Por ejemplo.

—Esta situación le perjudica más a él. Yo comparto mi vida con una personita alucinante, pero él, no.

—Sabes que hay un pelín de rencor en ese comentario, ¿verdad? —me preguntó mientras me guiñaba un ojo.

—Mira —dije suspirando—. Te seré sincera. No puedo negar que lo quiero y lo deseo como el primer día. Cuando lo he visto...—Cerré los ojos—. Pero no sé cómo manejar esta situación.

—Es la verdad —seguí—. Mi corazón me dice que luche por él, pero mi orgullo me grita que le dé una patada en el culo y lo olvide para siempre.

Hice una larga pausa.

—Por otro lado, soy realista. La culpa o la bendición de que Mía viva es de los dos, tanto mía como suya. Yo podría perfectamente haber decidido no tenerla... —Al ver el gesto de horror de Lena, aclaré—. Sí, hay que ser realistas, Lena. Podría haber decidido no tenerla, pero yo deseaba más que nada en el mundo ser madre. Era mi sueño y la oportunidad se presentó. Ni siquiera le pedí opinión a James, yo decidí seguir adelante con el embarazo. Y, por lo tanto, asumí la responsabilidad de criar a mi niña. No puedo pedirle explicaciones. Él no estaba preparado y yo no lo tuve en cuenta, dejé que la naturaleza siguiera su camino.

—Cariño, dicho así creo que no podemos decir que James es un cobarde. Te admiro por lo fuerte y auténtica que eres, de verdad. Mira —dijo cogiéndome la mano sobre la mesa—. Cenemos y disfrutemos de la noche tal como habíamos planeado. Después, ya veremos, ¿vale?

—Claro que sí, Lena. No mereces que te involucremos en esta situación —dije, negando con la cabeza.

Haber expresado en voz alta aquello que me rondaba por la cabeza desde hacía varios días, me había dejado exhausta, así que suspiré y levanté mi copa para brindar con la persona que me había prestado su ayuda incondicional.

—Brindo por ti, Lena. Por ser mi almohada.

—¿Cómo? —Su expresión me hizo reír, a pesar de la tensión del momento.

—Por escucharme, por aconsejarme. Por aguantarme.

Enfaticé la última palabra. Soportarme durante aquellos días había tenido que resultar difícil. Y Lena lo había hecho como una campeona.

—Gracias por ser como eres. —Levanté mi copa por segunda vez y las dos apuramos hasta la última gota. El camarero la llenó de nuevo.

—No me des las gracias. Yo me alegro muchísimo de tenerte cerca de mí. Tú no sabes lo aburrido que era todo antes de que llegaras.

Siempre poniendo el toque de humor tan característico de ella.

Intentamos por todos los medios que la cena transcurriera con normalidad y lo conseguimos, pero no sin esfuerzo. Le propuse a Lena que habláramos de cualquier cosa que no fuera James y lo hicimos. La conversación se centró en el matrimonio de Lena y, al final, llegamos a la conclusión de que sus problemas no tenían importancia. El matrimonio suele formarse por etapas, le dije. Y ellos estaban en la etapa de transformación. Ya habían pasado por la primera, que equivalía a la adaptación. La segunda era la de la llegada de los hijos. La tercera, por la que estaban pasando,

que era la de transformación, los cónyuges tenían que ser creativos, porque la rutina puede llegar a convertirse en una trampa mortal.

—Y tú, ¿cómo sabes tanto de matrimonios?

—Yo no sé nada de matrimonios, como habrás podido comprobar. Simplemente te estoy describiendo un artículo de una revista que leí durante un viaje en tren. Aquello se me quedó grabado en la memoria, pues pensé que nosotros éramos la excepción que confirma la regla: habíamos llegado a la tercera etapa sin haber tenido hijos.

La última frase me salió con un tono amargo. Recordar aquellos tiempos me lastimaba, así que apuré de un trago lo que quedaba de mi tercera copa.

Cuando acabamos de cenar, estábamos más que contentas. El camarero se acercó para preguntarnos si necesitábamos algo más y le dijimos que nos trajera la cuenta. Él nos comentó que los dos caballeros de allí, y señaló la mesa de James, la habían abonado. Nos miramos y sonreímos. En otra situación seguramente nos habríamos indignado, pero el estado de embriaguez en el que nos encontrábamos nos produjo risa.

Las sonrisas se repetían casi en cada frase. Nos levantamos y, al hacerlo, nos dimos cuenta de que apenas podíamos mantenernos en pie sin tambalearnos como una rama de junco a merced del viento.

James y Robert se levantaron a la vez que nosotras y nos observaron con expresión divertida y preocupada a la vez. Se acercaron y se ofrecieron a acompañarnos al coche. Les dimos *permiso* y los cuatro nos dirigimos a la salida.

Una vez ante el coche de Lena, James le pidió las llaves.

—James, agradezco tu interés, pero Sofía y yo nos vamos a casa. No te preocupes, no pisaré el acelerador más de lo necesario.

Dijo aquello, me miró y las dos reímos como niñas, sabiendo que, a Lena, le gustaba correr más que al mejor piloto de carreras.

—Venga, Lena, no queremos discutir, ¿verdad?

James estaba serio, así que recuperamos la serenidad de un plumazo.

—Además, pensad que podemos denunciaros por conducir bajo los efectos del alcohol.

—Venga ya, primito. ¿No podrías hacer la vista gorda solo por un día? No podemos quedarnos a dormir aquí. Mía nos espera para tomarse su último biberón.

La expresión de James cambió de repente.

—Lena, déjate de tonterías. No te estoy diciendo que os quedéis aquí a dormir. Yo os llevaré.

—Lena, creo que tiene razón. Será mejor que no conduzcamos ni tú ni yo. Venga, vámonos. Agradezco tu ofrecimiento, James.

Al ver mi expresión, Lena aceptó. Pero, aun así, tuvo que ser la última en hablar, como siempre.

—Bueno, pero acepto tu ofrecimiento porque estamos ante un comisario, ¿eh?, dijo guiñándole un ojo al amigo de James.

James la cogió del brazo y la condujo al asiento del copiloto. Al darme cuenta de que iba a realizar la misma operación conmigo, me metí yo solita en la parte trasera del coche.

Escuché cómo se despedía del comisario y murmuraron algo que no llegué a comprender. Hice un gesto con la mano y me despedí de él, diciéndole que le debía una comida y le prometí que le invitaría a cenar en mi casa. Él me sonrió y echó a andar hacia su coche.

CAPÍTULO DIECIOCHO

VUELTA DE TUERCA

10 de diciembre de 2020

Nos encaminamos hacia el pueblo. Durante el recorrido no quise preguntar cómo demonios regresaría a la capital sin coche; no tenía ganas de hablar, así que me concentré para que el mundo dejara de dar vueltas a mi alrededor. No podía cerrar los ojos, tuve que mantenerlos abiertos. Si los cerraba la sensación de mareo se agudizaba. Lena permanecía en silencio. Quizá se había dormido, qué suerte la suya. Teníamos por delante un largo recorrido, así que intenté relajarme y abrí un poco la ventanilla para ver si se me pasaba el mareo y surtió efecto. Me sentó bien que el aire helado me diera en la cara.

A los pocos minutos, me dejé llevar y caí en un sueño alterado con idas y venidas, sobresaltos y remordimientos. Por fin llegamos a casa. Noté que el motor del coche se detenía y abrí los ojos.

Me sentí como una niña que sale a escondidas de marcha y sus padres la pillan borracha.

James se quitó el cinturón y le tocó el hombro a Lena. Esta abrió los ojos lentamente y lo miró.

—¿Ya hemos llegado? Madre mía, ¿qué clase de vino hemos bebido?

Dijo aquello frotándose las sienes.

—Esto no es normal —volvió a decir. Giró su cabeza hacia al asiento de atrás y me miró. Salió del coche; yo hice lo mismo.

—James, te agradezco que nos hayas traído a casa. Ahora me siento fatal. Nos hemos comportado peor que dos crías de quince años. Hacía tanto que no bebía, que el vino se me ha subido demasiado rápido a la cabeza.

Necesitaba disculparme, me sentía tan mal que hubiera querido que la tierra se me tragara.

—Sofía, no tienes que disculparte, esto le puede pasar a cualquiera.

Nos miramos sin decir nada, pero nos lo dijimos todo.

Lena rompió el silencio.

—Sofía, voy a entrar a ver cómo están mi madre y Mía, ¿vale? Ahora salgo.

Volvimos a quedarnos en silencio. Por fin, James lo rompió.

—Sofía, necesito hablar contigo. ¿Te encuentras bien para hacerlo ahora? O prefieres que esperemos a mañana... Durante el viaje he decidido que no puedo marcharme sin que aclaremos algunas cosas.

Antes de que contestara, salió Lena con voz somnolienta.

—Sofía, mi madre me ha dicho que te vayas a tu casa tranquila, que la niña está perfectamente dormida y que sacarla ahora, con el frío que hace esta noche, no es buena idea.

—Pero, Lena...

—Venga, Sofía. Sabes que tiene razón. Ahora que ya estamos aquí, si surge algún problema, no te preocupes, estamos enfrente.

—Está bien. Pero si pasa algo, llámame, ¿vale?

—Claro que sí, tonta. Que descanses.

—James, ten cuidado en el camino de vuelta, por favor. ¿Por qué no te quedas a dormir aquí? Tu antigua habitación está libre. Vamos, casi todas están libres menos una.

—Está bien, Lena. Te agradezco el ofrecimiento. Mañana tengo el día libre, así que no tengo por qué regresar ahora. Pero le he preguntado a Sofía si podíamos hablar y aún no me ha contestado. Si acepta, volveré después.

Esto último lo dijo mirándome con intención.

—Vale, James, hablemos. Yo también creo que tenemos muchas cosas que aclarar.

Lena se giró hacia mí, su cara lo decía todo, pero se abstuvo de decir nada.

—Bueno, pues cuando quieras entrar en tu habitación solo tienes que coger la llave donde tú ya sabes. Yo me voy a la cama, estoy muerta.

Se giró hacia mí y me abrazó.

—Que sepas que esto no ha terminado como yo tenía planeado, tenemos que repetirlo a menudo para que al final salga bien. Pero quizá con un poco menos de vino —dijo, guiñándome un ojo.

—Descansa, amiga mía. La siguiente será mejor.

Lena desapareció en el hotel.

—Tengo que aparcar bien el coche —dijo James.

—Sí, ves. Yo iré encendiendo el fuego, el salón estará frío como un témpano.

Entré en casa. Las manos heladas me temblaban de puro nervio, pero conseguí encender el fuego sin apenas esfuerzo. Mi padre se había encargado de enseñarme con su característico buen hacer. Aquel pensamiento me llenó de tristeza.

Mientras esperaba a James, encendí la lámpara de pie que había entre los dos sofás. Con la luz que desprendía el fuego y la que emitía la lámpara podíamos vernos las caras y hablar en un ambiente íntimo y acogedor.

Él llamó a la puerta y le abrí. Entramos al salón y nos sentamos en ambos sofás.

Se quitó el abrigo y me quedé mirándolo como una adolescente mira a su amor platónico. Llevaba un suéter de lana azul marino y le asomaba el cuello de la camisa, tan blanca que relucía a la luz tenue de la estancia. El pantalón, bastante ajustado, acentuaba la musculatura de sus piernas. Intuí que aquella temporada había pasado más horas de lo normal en el gimnasio o, simplemente, corriendo por Hyde Park. Me había perdido tantas rutinas de su vida...

Lo miré y empezamos a charlar.

—Ante todo, siento muchísimo la muerte de tu padre. Y, en segundo lugar, necesito conocer a Mía.

—Te estás precipitando, James.

Bajó la mirada, entrelazando sus manos. Me quedé mirándolas y recordé que habían acariciado mi cuerpo con deleite. Grandes, fuertes, duras. Un escalofrío recorrió mi espalda y me estremecí.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para desnudar su corazón. Parecía que no encontraba la manera de hacer aquello. Al fin se dejó llevar.

—Sofía, te pido perdón por todo lo que te he hecho pasar. Te pido perdón por ser tan cobarde, por huir, por no enfrentarme. Sé que no tengo excusa, pero me resultaba más sencillo marcharme que intentar ser feliz aquí, junto a ti. Me he castigado tanto, tantas veces me he dicho a mí mismo que no tengo derecho a ser feliz, que, cuando vi la oportunidad, me sentí obligado a dejarla escapar.

Le cogí la mano. Necesitaba sentir su textura. Lo insté a continuar.

—Estos siete meses que he estado apartado de ti, he vivido sin vivir y he sido feliz.

Al ver que no lo había entendido, aclaró.

—Quiero decir que he sido feliz al sentir que me faltaba el aire, que no podía dormir, que solo quería morir. Sentí que era lo correcto.

—No has sido justo contigo mismo.

—Mi psicoanalista me dijo que mi inconsciente necesitaba castigarme y que no importaba cómo lo hiciera. Así, por un momento, recupero la calma sin sentirme culpable por no haber podido salvar a Oliver.

—Pero esta noche, al verte —siguió—. Bueno, esta noche, no. Fue en el funeral de tu padre. Allí decidí que tenía que volver a por ti y a por Mía. Te vi tan bella, tan indefensa, tan inaccesible... Pero tenía que terminar mi terapia y explicárselo todo a mi médico y amigo para que me confirmara que estaba preparado para volver a buscarte. Esta noche, Robert y yo hemos salido para celebrar que iba a dar el paso y pedirte permiso para volver a tu vida. A vuestra vida.

—Ni me siento indefensa ni soy inaccesible. Yo solo te pedí una cosa cuando te fuiste, ¿recuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo. ¿Por qué te crees que he tardado tanto en volver? He necesitado tiempo, Sofía, no ha resultado fácil. He luchado arduamente contra mi mente enferma.

—Entonces, ¿lo tienes claro? —Quise asegurarme.

—Tus palabras me han acompañado como un mantra durante todo este tiempo. Me dijiste que no aceptarías una relación de quita y pon, eso no se me ha olvidado, porque yo tampoco aceptaría algo así para ti y para mi hija. Si tú me lo permites, quiero vivir contigo, quiero ver crecer a nuestra hija. Quiero formar una familia normal, con sus problemas y sus alegrías. Pero, todo contigo.

Suspiré sopesando toda la información que acababa de recibir.

Solté su mano y me incorporé. Todo estaba sucediendo a gran velocidad. Tuve que preguntarme si estaba lúcida como para tomar semejante decisión. Así que decidí expresar en voz alta lo que albergaba en mi corazón.

—James, ante todo quiero que sepas que mis sentimientos no han cambiado. Sigo amándote.

Su cara se relajó en cuestión de un segundo. Estaba tan guapo...

—Me estás pidiendo que recuperemos lo que teníamos. Mis sentimientos son los mismos y, por lo que veo, los tuyos también, pero hay un problema. Y es que necesito volver a creer en ti. No desconfío de tu amor, pero necesito recuperar la confianza que he perdido.

—Puedes hacerlo, te lo aseguro.

—Ya, pero el corazón no manda en las emociones que uno siente. El miedo es más dañino que el amor.

—Sofía, no tengo miedo. Y no estoy de acuerdo contigo. Yo creo que la desconfianza es más dañina. Y te aseguro que puedes confiar en mí. He vuelto para quedarme. He conseguido hablar de Oliver sin sentir que una estaca me atraviesa el corazón. He aceptado que no pude hacer nada para evitar su muerte. Sí, me duele y mucho. Pero tengo que aprender a vivir con ello. Ahora, quiero conocer a nuestra hija. Estoy preparado.

—Ven aquí, mi vida...

Aquellas cuatro palabras me salieron del alma.

Se levantó de un salto y se sentó a mi lado. Nos abrazamos estrechando nuestras espaldas con los brazos, como si pudiéramos impregnarnos el uno del otro hasta recuperar el tiempo perdido. Nos besamos con ansia. El ansia acumulada durante aquellos siete meses.

Mis manos recorrían cada rincón de su cara y de su cuerpo comprobando que era él quien estaba a mi lado.

Él hacía lo mismo conmigo. Por fin dejamos de besarnos como si no hubiera un mañana. Intentamos calmarnos, nuestras respiraciones agitadas resonaban ruidosas. Sostuve su cara con ambas manos intentando volver a la normalidad y afirmé:

—Vamos a intentarlo, James. Vamos a ser felices, se lo debemos a Mía y nos lo debemos a nosotros mismos.

Volvió a abrazarme, esta vez con más calma, más lento. Así nos quedamos un rato hasta que el abrazo se tornó más íntimo. Su mano subió hasta mi pecho, su lengua salió de su boca lamiéndome los labios, invitándome a abrir la mía. Lo acepté de buen grado, mordí su lengua juguetona e iniciamos el juego de la seducción.

Me senté a horcajadas sobre él. Mientras maniobraba para desabrocharse la bragueta, lo cubrí de besos a la vez que me quitaba la camisa. Le quité el suéter con un rápido movimiento y, sentada sobre él, empecé a desabrocharle la camisa. Posé mis manos sobre sus pectorales duros y bien formados, mientras él se encargaba del corchete del sujetador, dejando mis pechos libres y excitados. Al contemplar la expresión de su rostro advertí que la naturaleza había hecho su trabajo. Unas gotitas salían de mis pezones libres de la presión del sujetador. Nos quedamos mirando; la ternura inundó su cara y lo deseé todavía más. Recuperé el sostén y lo volví a colocar sobre mis pechos rebosantes de leche materna.

Como no había llegado a quitarme el pantalón, entre risas me acostó sobre el sofá y, elevando mis caderas, me lo quitó de un tirón; yo hice lo mismo con el suyo. Ahora solo quedaba la ropa interior entre nosotros.

Hicimos el amor con dulzura, con pasión, con prisa, con calma.

Al final, quedamos apretujados en el sofá, deleitándonos cara a cara con el reencuentro y con miradas llenas de promesas, que deseábamos en silencio que se cumplieran.

Empezamos a sentirnos incómodos, así que decidimos subir a la habitación. Una vez allí, le dije a James que nunca había estado tanto tiempo lejos de Mía y que necesitaba vaciar mis pechos con urgencia. Le pedí que se pusiera cómodo y le aseguré que enseguida estaría con él. Entré en el cuarto de baño y busqué el sacaleches para calmar la quemazón que sentía en mis pechos hinchados como globos.

Mientras el aparato hacía su trabajo, oí unos toquécitos en la puerta.

—Ni se te ocurra entrar, James —amenacé.

—Sofía, me sabe mal que estés ahí sola, me siento responsable de tu situación. Déjame entrar, comencemos a convivir.

—Venga, hombre —le dije desde el cuarto de aseo—. No es preciso empezar así. Prefiero que recordemos lo que acaba de ocurrir. No quieras retener en la memoria semejante aberración.

—Bueno, como quieras, pero me gustaría estar ahí contigo.

—James, ahora mismo soy una especie de vaca lechera enganchada a un ordeñador eléctrico. Salgo enseguida.

En cuanto acabé, bajé para rellenar todos los botecitos que tenía preparados con este fin.

James me esperaba sentado en la cama sin saber qué hacer.

—James, ahora me vas a decir que te avergüenza acostarte en la cama sin mí. Venga, vamos a taparnos, que he cogido frío al alejarme de la chimenea.

Nos acostamos, frente a frente, dejando la luz de la mesita de noche encendida. Queríamos ver nuestras caras, deleitarnos en la cercanía. Nos quedamos dormidos sin quererlo. Habíamos experimentado tantas emociones durante aquel día, que estábamos exhaustos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ALGO INESPERADO

20 de diciembre de 2020

Cuando James se levantó me encontró en la cocina preparando el primer café de la mañana.

Se había vestido con la ropa del día anterior, que contrastaba con mi atuendo de estar por casa: una bata afelpada gris con estrellas azul marino.

—Buenos días, princesa. Qué bien me siento al verte por la mañana. Tenías que haberme despertado.

—Estabas tan a gusto...

—¿Has hablado con Lena? —preguntó, apoyándose en la barra de la cocina.

—Sí, la acabo de llamar, Mía está bien. En cuanto me vista, voy a por ella.

Se acercó para abrazarme. Su olor característico mezclado con mi jabón fue como una caricia en el corazón.

—¿Le gustará su papá? ¿Me extrañará?

—James, tiene tres meses. Es demasiado pequeña como para extrañar. No obstante, iremos poco a poco.

Nos tomamos el café y quedamos en que él se quedaría en casa para que el reencuentro no se convirtiera en un espectáculo. Le pedí que encendiera el fuego aunque la calefacción estuviera encendida, porque con el calor de la chimenea la estancia se caldearía antes.

Entré en el hotel. Lena y su madre estaban en la recepción con Mía en brazos, despierta y como una rosa.

—Mi vida, cómo te he echado de menos...

—Huy, sí, un montón... —La burla de Lena hizo que me sonrojara—. Mi primito no ha dormido aquí. ¿Será que le has dejado un hueco en tu cama?

—Lena —le susurré mirando a la señora Smith.

—Querida, nada nos haría más felices, así que no te avergüences.

Cogí a Mía en brazos y la senté en el carro mientras les decía que por la tarde hablaríamos con la familia al completo, así no tendríamos que repetir la misma historia cuatro veces.

Caminé hacia la salida con la mirada de Lena clavada en el cogote, pero contenta de volver a estar junto a mi hija.

Antes de salir, abrigué bien a Mía; la calidez del hotel contrastaba con el frío que hacía en el exterior. Había, cuanto menos, una diferencia de veinte grados. Coloqué el plástico protector sobre el carro para asegurarme de que el frío invernal no se colara en el interior.

Encontré a James sentado en el sofá más tieso que un palo. Expectante, esperó a que me quitara el abrigo y a que retirase el plástico protector del cochecito, antes de envolvernos en un fuerte abrazo con el carro incluido.

Le dije que se sentara en el sofá y le entregué a su hija.

Jamás olvidaré aquel momento. Yo no había vivido antes lo que siente un padre cuando ve nacer a su hijo. Pero la expresión de James al tener a Mía en sus brazos fue indescriptible. Los ojos se le llenaron de lágrimas al instante. No pronunció palabra alguna, se limitó a mirarla fijamente para grabar en su mente cada arruguita, cada rasgo de su carita para no olvidar aquel instante jamás.

Cuando se empapó de ella, me miró a los ojos llenos de lágrimas también.

—Gracias, Sofia. Gracias por dejarme vivir cerca de vosotras. Gracias por crear semejante obra de arte —dijo, mirando con deleite a Mía.

—Pues esta obra de arte se parece muchísimo a ti.

—Sí, veo algo de mí en ella. Quizá su boca.

Le pasé un pañuelo de papel de la caja que había en la mesa auxiliar y que yo había colocado entre los sofás. Se sonó ruidosamente. Aquel gesto me llenó de ternura, así que tuve que sonarme yo también. Me senté a su lado y Mía empezó a protestar y a gruñir exigiendo su alimento. James me miró y, entonces, los abracé repleta de felicidad. Mía abrió los ojos; con aquel gesto conquistó a su padre.

Me desabroché la camisa con lentitud y, a continuación, el botón frontal del sujetador de lactancia. Él me pasó a Mía con delicadeza y dejé que se despertara totalmente antes de acercarla a mi pecho, deseoso de ser vaciado. Mía se agarró con firmeza al pezón. Sus grandes ojos azules, fijos en mí, hacían que olvidara lo que ocurría a mi alrededor. Era nuestro momento. Me había acostumbrado a que su manita sujetara alguno de mis dedos. Era un juego al que jugábamos las dos y que a mí me encantaba.

James, en silencio, nos observaba. Lo miré y sonreímos. Se había creado un ambiente de paz, que solo Mía quebraba con algún que otro suspiro y con los chupetones de su boquita en mi pezón.

Continuamos en silencio; no queríamos romper la magia que se había creado entre nosotras. Cuando se sintió saciada, con los bracitos en cruz y sobre mis piernas, Mía nos regaló una risilla de puro placer. En aquel momento decidió expulsar lo sobrante para permitir la entrada de lo nuevo.

—Nunca imaginé que esta princesita pudiera realizar semejante ruido bochornoso —dijo James sonriendo.

—Siempre es lo mismo. A veces lo hace mientras mama, que es más desagradable todavía.

Subimos a cambiarle el pañal y le pregunté si quería hacerlo él.

—No, hazlo tú. He perdido la práctica, así que probaré con el siguiente. Ahora necesito ver cómo se hace.

Pasamos la mañana en una especie de nube. Él haciéndole carantoñas a su hija y yo deleitándome al verlos juntos.

Por la tarde decidimos visitar a Lena y a sus padres para contarles que habíamos decidido retomar nuestra relación.

Como a mediodía había llamado a Lena para decirle que nos acercaríamos por la tarde, todos nos esperaban en la cocina, expectantes, para escuchar lo que teníamos que decir.

Nos hizo mucha gracia verlos a todos allí apretujados en torno a la mesa.

Emily, nada más entrar James por la puerta, se arrojó a sus brazos.

—Querido, qué contentos estamos de que hayas decidido volver.

James envolvió en un abrazo el cuerpo rechoncho de aquella mujer. En aquel gesto había mucho cariño. La mirada de James así lo demostraba.

Nos sentamos en torno a la mesa y Lena sirvió té para todos con unas pastas que había horneado la tía de James, a juzgar por lo deliciosas que estaban.

—Tía, te agradezco que hayas sido tan comprensiva con mi escapada. Sois mi familia y siempre lo seréis. Debo aclararos que voy a volver a Londres, no puedo dejar mi trabajo, pero hablaré con Robert para que me permita trabajar dos días allí y me vuelva cuatro. Así podré disfrutar de mi familia sin interrupciones.

Pasamos una tarde deliciosa en familia. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

El 20 de diciembre nos trajo una sorpresa desagradable. A James le habían aprobado el horario que había solicitado y todo iba sobre ruedas. Habíamos establecido una deliciosa rutina, a pesar de lo cerca que estaba la Navidad.

Aquella tarde le pedí a Lena que vinieran a mi casa en lugar de estar nosotros siempre metidos en la suya. No me parecía oportuno salir con Mía con la que estaba cayendo. Había amanecido un día de esos en los que a uno le apetece quedarse en casa si te lo puedes permitir. Hablamos de lo sorprendida que estaba yo por lo bien que James estaba aceptando la nueva situación. En aquel momento sonó el timbre.

Lena se levantó para abrir, ya que estaba cerca de la puerta. Como el visitante y ella no entraban, estiré el cuello para ver de quién se trataba. No podía distinguir la silueta, pues estaba tan oscuro que no podía ver nada. Solo oía el murmullo de unas voces apagadas que parecían discutir.

Miré a James y, sin decir nada, se levantó y se acercó a la puerta. Como él tampoco volvía y tampoco lo despedían, decidí acercarme. Menuda sorpresa me llevó.

Era Catherine, su exmujer. ¿Por qué se había presentado en mi casa?

—Pero, James, ¿por qué no la hacéis pasar? Hace un frío insoportable. No os quedéis en la puerta...

—Entra, Catherine.

La hice pasar. Estaba empapada y tiritando. Las expresiones de Lena y de James no me gustaron. ¿De qué habrían hablado antes de que yo les interrumpiera? Un escalofrío me recorrió la columna.

—Catherine, como no hacen falta presentaciones, dime, ¿por qué has venido?

Se quedó callada mirando a James con odio. Él se dirigió a ella con tal severidad que me produjo lástima.

—Puedes hablar, Catherine, entre Sofía y yo no hay secretos. ¿Qué te trae por aquí?

—Solo he venido a comprobar si es cierto lo que dice la gente. Se comenta que tienes un hijo.

Dijo esto mirando directamente hacia la cunita en la que Mía dormía plácidamente.

—Sí, Sofía y yo tenemos una hija.

La cara de Catherine se encendió de odio.

—¿Cómo has podido, James?

—¿Cómo dices?

—Cómo has podido sustituir a nuestro hijo por otro?

—Catherine, no sabes lo que dices. ¿Para eso has venido?

—Sí, quería ver con mis propios ojos si eras capaz de mirar a otro niño que no fuera el tuyo. Ya veo que te ha sido fácil.

Tenía la mirada inyectada en sangre. Me dio pena y al mismo tiempo miedo. Así que me dirigí a la cunita en la que descansaba mi hija y la abracé para protegerla. Decidí subir a mi habitación. No me fiaba de Catherine. Parecía desquiciada.

—James, creo que es mejor que aclaréis vuestras diferencias en privado. Yo me subo a dar de mamar a Mía.

—Catherine...

Me despedí fríamente. Di media vuelta y escapé de aquel ambiente opresivo y cargado de rencor.

Mientras subía, los gritos entre ellos se hicieron más audibles. Yo no quería que mi hija estuviera en medio de aquella reyerta, donde saldrían a flote sentimientos llenos de resentimiento. En cuanto me senté en la mecedora para dar de mamar a la niña sonaron unos toquitos en la puerta. Me asusté por si a Catherine se le había ocurrido subir a mi cuarto con mala intención, a causa de aquel dolor que no conseguía superar. Pero al momento asomó la cabeza de Lena por la puerta, que yo había dejado entreabierta.

—Pasa, Lena.

La habitación estaba en penumbra, así que no pude distinguir su expresión.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, bueno, no. Para qué te voy a mentir. ¿Y Austin? ¿Lo has dejado a solas con ellos?

—No, ha huido como un gato escaldado.

—Y bien que ha hecho. Para qué presenciar semejante espectáculo...

No quería alterarme y menos sosteniendo en brazos a Mía.

—Sofía, no te preocupes, Catherine se irá enseguida. No sé cómo se le ha ocurrido venir. Cada vez está peor.

—Lena, esta no es mi guerra. No quiero entrar ahí. Yo solo quiero que lo arreglen entre ellos y que sus problemas no nos afecten.

—Catherine no supera lo de Oliver. Pero el problema es que no supera tampoco la idea de que James rehaga su vida. No puede soportarlo.

—Sinceramente, su situación me da lástima. Su vida no debe ser nada fácil ahora mismo.

—Yo no soy quién para contarte, pero no te dejes engañar por su aspecto de niña buena. De buena, no tiene nada.

—Bueno, dejémoslo. James y yo tenemos una conversación pendiente. Hay un tema prohibido que no hemos tratado. Y creo que, antes de avanzar en nuestra relación, deberíamos aclarar ciertas cosas.

—Sofía, no te rindas, no te dejes influir por esto. James ha vuelto y, si lo ha hecho, ha sido para quedarse, te lo aseguro.

—Lena, no hace falta que me intentes convencer. Esa no es la cuestión. No sé, estoy hecha un lío.

Acaricié la carita de Mía intentado impregnarme de su ingenuidad para dejar de lado lo que sucedía en el salón. El problema es que resultaba imposible. Los gritos, que no conseguía traducir en palabras, llegaban hasta el primer piso, poniéndome cada vez más nerviosa. Mía debió notar un cambio en mi estado de ánimo, pues empezó a jugar con el pezón, moviéndose, nerviosa, de un lado a otro, hasta que decidí dejarlo estar. Le pasé la niña a Lena, que se encargó de cambiarle el pañal y de ponerle el pijama. Entre tanto, ellos seguían con su reyerta particular.

—Sofía, deja de dar vueltas por la habitación, me estás mareando.

Me quedé parada en el centro del dormitorio sin saber qué hacer. El repiqueteo de la lluvia me distrajo un momento, pero, al instante, aquel sonido relajante se diluyó en el cruce de palabras entre James y Catherine.

La situación era inaudita.

CAPÍTULO VEINTE

NOCHE ESPECIAL

22 de diciembre de 2020

De pronto, se hizo el silencio. Ella se había ido. Seguramente James la habría invitado a salir de mi casa. Me acerqué a la ventana, tras los cristales empapados por la lluvia distinguí el anorak rojo de Catherine. Parecía una prófuga que huía de sus captores. Caminaba a paso ligero y algo encorvada, sentí lástima por ella.

Escuché los pasos de James, que subían cansados las escaleras. Se quedó en la puerta de mi habitación sin entrar. Lena, con Mía en brazos, nos miró a los dos. Volvió a coger en brazos a nuestra hija y, susurrando algo que no entendí, bajó al salón.

—Sofía.

El pelo revuelto y su aspecto desolado demostraban el cansancio que sentía. Cansancio en el cuerpo y en el alma.

—¿Ya se ha ido? —le pregunté.

—Sí —suspiró.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? Eso es lo único que importa.

—No lo sé, James.

Me senté derrotada en la mecedora y él lo hizo en la cama, junto a mí. Cogió mis manos y me levantó el mentón para que lo mirara directamente a los ojos.

—No puedes imaginarte cuánto lamento este episodio bochornoso que acabas de presenciar. Lo siento mucho, Sofía.

—Tú no tienes la culpa, ¿no? —Arrugué la nariz—. O sí, ya no sé qué creer. He sentido verdadera compasión por Catherine, James.

—Si supieras lo que me ha dicho no opinarías igual.

Dijo aquello bajando la mirada.

—James, ¿tú qué sientes? ¿Crees que tu pasado quedará atrás algún día? ¿Estás seguro de que estás preparado para empezar una nueva vida con nosotras?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Quieres que me vaya?

—No quiero que te vayas, pero tengo miedo de que a Mía le suceda algo malo, James.

No contestó, me miró de una forma que no sabría calificar.

—¿Estás diciendo que mi hija puede correr el mismo destino que Oliver?

—No, por favor, no malinterpretes mis palabras. La mirada de Catherine me ha asustado. No sé lo que habéis hablado, no conozco las intenciones de esa mujer.

—No te preocupes, es a mí hacia quien dirige su rencor. Ella sería incapaz de hacerle daño a un bebé indefenso.

Solo pensar que algo podría sucederle a mi niña me puso la piel de gallina.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué sientes, James?

—Siento que necesito estar con vosotras. Siento que te necesito en mi vida y que me niego a perderte. Siento que te amo más que a nadie en el mundo... ¿Y tú? ¿Qué sientes tú?

Me devolvió la pregunta.

Lo miré y sentí la necesidad de desnudar mi alma. Tenía que hacerlo porque deseaba empezar una nueva etapa sin mentiras de por medio.

—Siento que la vida me ha presentado, sin pedírselo, a un hombre que, a pesar de ser algo complicado, me ha robado el alma. Siento que tal vez no debería haber claudicado a su amor, pero la vida es muy corta como para plantearse si resulta sensato dejarse llevar por el corazón. Cuando mi matrimonio acabó pensé que nunca volvería a sentirme como una loca enamorada. Sin embargo, cuando estoy contigo y te miro, siento que no necesito nada más, que estoy en mi hogar. Yo no sé qué nos deparará el futuro. Quizá nuestro amor vuele tan alto que se pierda de vista, tal vez se quede a ras de suelo y se entierre de puro aburrimiento. Pero ¿por qué no comprobarlo?

En su cara se dibujó una sonrisa agradecida, tranquila, sosegada.

—Dios, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Me abrazó fuerte. Su respiración acelerada se mezclaba con la mía.

—¿Sabes que nunca hemos hablado en términos tan sinceros y románticos?

—James, tenemos tanto que descubrir el uno del otro...

—Pues empecemos ahora mismo, mi amor...

EPÍLOGO

24 de diciembre de 2020

La Navidad regresó a Castle Combe y sus lucecitas adornaron las ventanas y las coronas de Navidad, confeccionadas con una mezcla de hierbas entrelazadas típicas del país.

Volvimos a celebrar la Nochebuena con la familia de Lena. Decidimos festejar un día tan señalado en mi casa. Mi familia contaba con un miembro más.

Cuando entraron todos en tropel, lo primero que apreciaron fue el gran árbol de Navidad que lucía majestuoso y elegante en la esquina del comedor.

—Sofía, ¿no te has pasado con el tamaño del árbol?

—Pregúntale a tu primo, yo no he tenido nada que ver.

Lena se giró hacia James. Este puso cara de inocente. Y, abrazándome, dijo:

—El año pasado no pudo tener árbol, así que este tenía que valer por dos.

Lena se acercó y abrazándonos susurró lo buena pareja que hacíamos y lo feliz que se sentía al vernos juntos.

—Está claro que el espíritu de la Navidad te ha envuelto como a un caramelo.

—Para una vez que me pongo romántica, vas tú y, de un plumazo, borras todo el encanto de mis palabras —dijo, riendo.

—Sabes de sobra que las agradezco.

La abracé intentando no emocionarme.

Nos giramos para admirar el gran árbol que James había traído de un vivero cercano a la capital. El día anterior nos habíamos encargado de decorarlo con cientos de lucecitas de colores, bolas y un gran lazo rojo y blanco que lo envolvía.

AGRADECIMIENTOS

Feli, primera lectora. Gracias por tu entusiasmo, por tu corazón, por tu generosidad, por tu disponibilidad... En fin, podría seguir, pero pecaría de empalagosa. Mil gracias, eres especial.

Gracias a Aranza, que, como segunda lectora, y aunque tenemos menos confianza, me has ayudado más de lo que te puedes imaginar. Ha resultado una satisfacción confiar en ti.

Gracias a David Delhom, mi fotógrafo preferido, por tu disponibilidad.

También quiero agradecer su trabajo y buen hacer a Marien, la creadora de la portada. Vuelvo a decir, que me alegro mucho de haberte conocido. Eres un encanto. Espero poder seguir contando contigo para próximos proyectos.

Y como siempre, mi más sincero agradecimiento a todos y cada uno de los lectores que me han dicho que están esperando la segunda historia. De verdad, de todo corazón, GRACIAS.

Ahora mismo estoy de lleno en la tercera novela, que esta vez girará en torno a Sandra. Espero que disfrutéis de ella tanto como yo lo estoy haciendo escribiéndola.

Sandra era especial, intrépida, atrevida, curiosa...Pero algo se rompe en su interior y entra en un círculo vicioso, que la aleja de las personas que más la quieren, entre ellas Lucía, que vuelve como personaje secundario.

III *Azoospermia. Carencia considerable de espermatozoides en el semen.*